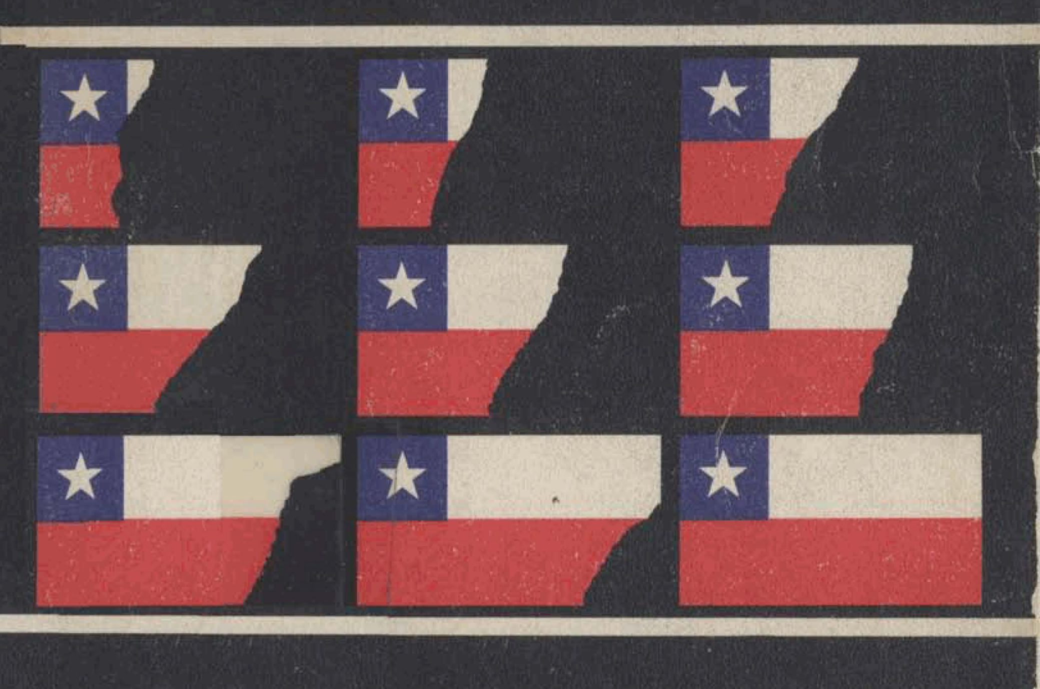
una propuesta socialista para Chile



Carlos Altamirano
Secretario General del Partido Socialista de Chile

INDICE

CARLOS ALTAMIRANO
Secretario General del
Partido Socialista de Chile

**MENSAJE
A LOS
SOCIALISTAS
EN EL INTERIOR
DE CHILE DEL
CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO
SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA CHILENO**

Berlín 12 de junio de 1977

Queridos compañeros de la Dirección
Interior del Partido:

Este documento está dirigido especialmente a vosotros y, por vuestro intermedio, a los militantes del Partido que luchan en Chile. El contiene proposiciones que a nuestro juicio deben estar en el centro de la respuesta específica que el Partido Socialista debe entregar al pueblo de Chile en estas horas sembrías del acontecer nacional. Resumo, pues, en estas páginas, un período prolongado de experiencias y reflexiones. Ellas recogen una legítima inquietud frente al derrotismo injustificado de unos y al triunfalismo fácil de otros. Constituyen también nuestros criterios frente a desviaciones que amenazan la singular identidad histórico-política del socialismo chileno. Expresan, finalmente, mi íntima convicción en orden a que nunca fue tan necesaria la presencia de un Partido Socialista vigoroso, sólidamente unido y concepturalmente autónomo, cuyo pensamiento y acción sean percibidos por nuestro pueblo como el camino de su liberación nacional y social.

Han transcurrido cuarente y cinco meses desde el golpe militar fascista. Han sido cuarenta y cinco meses de heroica lucha contra un aparato represivo monstruosos, contra las mil nuevas dificultades surgidas de la lucha clandestina, contra la desesperanza y el desconcierto que, por momentos, han aflorado en el seno de nuestro propio pueblo.

En este acontecer durísimo, el Partido Socialista de Chile ha estado en la primera fila entregando, con el fervor y entusiasmo de siempre, su aporte indispensable a la organización de la lucha antifascista. Ese aporte no ha sido sólo en acciones concretas, en ideas y orientaciones para enfrentar la difícil coyuntura, sino también en dolor y sufrimiento humano, en sangre de socialistas, en vidas de nuestros mejores cuadros. Es en nombre de ellos, del valor que exhibieron y exhiben, de la tradición combativa a la que no renunciaron, de su ejemplo que jamás morirá, que deseo dirijirme a Uds., militantes socialistas que luchan en el interior del país. Han sido Uds. los que en cuarenta y cinco meses de ininterrumpido quehacer han preservado la llama vital, el patrimonio heroico del socialismo chileno, lo han sostenido y vivificado, garanti-

zando la continuidad histórica de nuestros ideales, semilla de las victorias del mañana. La huella imborrable del valor y consecuencia legada por Salvador Allende, nombre-símbolo para los revolucionarios de todo el mundo, pertenece a los trabajadores de todas las latitudes. Nosotros no olvidaremos nunca que marchó en nuestras columnas, militó en nuestros núcleos y seccionales, cantó nuestra Marsellesa y durante veinte años fue leal abanderado del Partido, de la clase y del pueblo. Su ejemplo fue seguido por hombres como Exequiel Ponce, máximo exponente del espíritu de lucha de nuestra clase obrera, jefe del Partido por cerca de dos años en el interior del país, cuya vida y libertad es hoy nuestra demanda fundamental. Como Carlos Lorca, expresión superior de la combatividad y entrega de nuestra juventud. Junto a ellos, miles de socialistas pagaron con la vida su compromiso revolucionario o la arriesgan hoy en la clandestinidad tensa y difícil. Miles de los nuestros estuvieron en el dramático combate de las horas iniciales y están hoy en la construcción anónima y sacrificada de la Resistencia. Nuestra organización permanece viva, se rehace y combate. Es este uno de los grandes fracasos de la dictadura y una de nuestras mayores victorias.

Dirigirme a Uds., compañeros, no obedece a un simple imperativo moral. Lo que ocurra con nuestro Partido en el interior del país, lo que nuestro Partido sea capaz de hacer o de no hacer, será el factor decisivo en nuestra lucha. El desarrollo de una poderosa organización partidaria en Chile constituye nuestro objetivo principal, tanto porque deberá ser nuestro propio pueblo y sus vanguardias quienes cumplan la tarea de derrocar la dictadura, como porque la acción que podamos desarrollar en el exterior está directamente ligada a lo que seamos capaces de hacer en el interior.

Son las victorias logradas en Chile las realmente importantes. El aislamiento internacional no derrocará por sí solo a la Junta. Asimismo, los propósitos unitarios impulsados desde fuera sólo tendrán sentido si son concretizados en el país. En el pasado reciente, algunas de las más importantes divergencias aparecidas en el exterior han encontrado su raíz y justificación en tendencias generadas en el interior.

Por todas estas razones, las ideas que expongo a continuación están especialmente orientadas hacia los socialistas en Chile. Si no son recogidas o impulsadas por ustedes, el valor que ellas pudieran tener será muy escaso.

La realización del Pleno del interior nos ha llenado de alegría.

Todo indica que este evento no constituye una simple sobrevivencia partidaria. El Partido Socialista de Chile existe, lucha y aspira a transformarse en la fuerza dirigente de un enorme Movimiento Nacional Democrático Antifascista.

El documento aprobado en el Pleno de Septiembre es una sólida confir-

mación de esta voluntad. Revela un notable proceso de maduración política e ideológica de nuestros nuevos cuadros en el interior.

Compañeros:

En otros documentos, aprobados por el Secretariado Exterior, hemos planteado cuál ha sido nuestra línea central de conducta fuera de Chile. Baste ahora con reiterar dos ideas principales: la primera, nuestra acción permanente destinada a preservar y fortalecer la unidad del Partido Socialista, base esencial de la unidad de toda la Izquierda y del empuje y amplitud del movimiento de solidaridad internacional. No ha sido, por cierto, una tarea fácil. Las derrotas, más aún una como la nuestra, han constituido siempre fuentes inagotables de reproches y recriminaciones mutuas. La historia prueba este aserto. Innumerables han sido los partidos y organizaciones que tras un fracaso de envergadura se han despedazado en querellas intestinas. No ha sido éste nuestro caso, aunque el evitarlo haya significado, en ciertos momentos, aceptar actitudes mezquinas de viejo caudillismo, alimentadas en un rencor que el tiempo pareciera no curar. Otros han intepretado como debilidad de la dirección que presido, el que ésta haya agotado todos los medios de persuación antes de aplicar medidas disciplinarias, por justificadas que fueren. En cierta forma, el Partido ha ido superando en el exterior la crisis que amenazó seriamente su unidad hace algún tiempo. Sin embargo, no todos lo problemas están resueltos. A decir verdad, algunos persisten, en tanto otros recién emergen, concitando nuestra preocupación, más por el daño que causan a la imagen del Partido, que por su consistencia ideológica o su real arraigo en las bases.

Un segundo elemento central de nuestra acción ha sido promover la toma de conciencia de los militantes en el exterior acerca de nuestro verdadero papel, el de servir de retaguardia de la lucha que se libra en Chile. Ello ha implicado intensificar la acción partidaria hacia tareas de estudio y elaboración teórica y política, de desarrollo de la solidaridad y aislamiento de la dictadura, y de provisión de recursos materiales y cuadros aptos para satisfacer los requerimientos de la lucha. Sobre esta base el Partido ha generado una amplia red orgánica, de extensión casi universal: simple, pero de relativa eficacia. Este esfuerzo se ha hecho sin distraer los recursos captados para la lucha en el interior, de tal modo que los limitados fondos percibidos graciasl al movimiento de solidaridad, han sido destinados íntegramente a la actividad del Partido en Chile.

Su monto, aunque insuficiente para cubrir las necesidades de una organización clandestina y las pérdidas materiales que acompañan a la intensa acción represiva, no ha sido despreciable. A los fondos estrictamente partidarios, es preciso agregar aquellos canalizados a través de instituciones humanitarias. Por último, otros recursos han sido aportados al movimiento sindical, a fin de sostener la actividad del que es hoy el principal frente de masas en Chile.

Es innegable que el Partido no ha contado con recursos económicos holgados entre otras razones, por el hecho de no pertecer a ninguna de las grandes organizaciones internacionales. Por otra parte, no hemos querido vincularnos con los grupos extraparlamentarios europeos o norteamericanos que, aunque pequeño, constituyen una fuente considerable de ayuda material.

Nuestra reiterada autonomía e independencia en el terreno internacional no ha sido obstáculo, sin embargo, para que sobre la base de un diálogo franco y honesto, claro en cuanto a nuestra naturaleza y principios, hayamos podido construir una red importantísima de relaciones internacionales, como jamás tuvimos. Hoy día poseemos contactos, a nivel de direcciones locales, con un número superior a cien organizaciones políticas, sindicales, gremiales y humanitarias; disponemos de acceso a autoridades de gobierno de no menos de 20 países; y mantenemos como dirección central, vínculos muy estrechos y fraternales con más de treinta movimientos de liberación, organizaciones revolucionarias y partidos progresistas del Tercer Mundo; partidos comunistas de países socialistas y capitalistas, y partidos socialistas y socialdemócratas de Europa y Japón. Ello nos ha permitido participar activamente en el movimiento de solidaridad con Chile y ha garantizado nuestra presencia, como Partido, en miles de actos de masas en favor de la causa chilena, en todo tipo de acontecimientos culturales, artísticos y políticos orientados a apoyar al pueblo chileno, en innumerables conferencias de resonancia mundial, a las que hemos concurrido junto a numerosas personalidades de gran significación nacional e internacional. Este gran movimiento de masas, partidos, organizaciones sociales y humanitarias y personalidades de todo orden, ha hecho posible el aislamiento diplomático y político de la dictadura. Sobre la base de persistentes campañas hemos logrado salvar la vida de nuestros compatriotas, obtener su libertad y exigir que su existencia fuese reconocida. El movimiento de solidaridad con Chile ha permitido, además, generar por los canales unitarios de la Unidad Popular, la parte más importante de los recursos materiales con que el Partido ha contado para sostener la lucha que ustedes encabezan.

Estimo indispensable señalar que, junto a muchas otras colaboraciones, la prestada por el Partido Socialista Unificado de la RDA y por el Partido Comunista de Cuba, han revestido singular importancia. Sin ellas no habría sido posible cumplir las tareas mencionadas con la eficacia con que se han realizado. Esta ayuda ha sido entregada respetando irrestrictamente nuestra autonomía partidaria y con absoluta prescindencia de las posiciones políticas adoptadas frente a cada situación.

Queridos compañeros:

Tal vez los estimule aún más saber que lo ocurrido en Chile ha conmovido dramáticamente al mundo y comprometido a toda la comunidad internacional. Jamás imaginamos la trascendencia que tuvo y tiene nuestra causa. Ella no guarda relación con la importancia de nuestro pequeño país. Sí la

guarda en cambio, con los grandes objetivos de transformación social y de liberación nacional postulados durante el gobierno revolucionario de la Unidad Popular.

Las fuerzas del progreso y de la paz; gobiernos, organizaciones políticas y sociales, instituciones del más diverso tipo, pueblos enteros, pusieron en tensión toda su enorme fuerza solidaria sólo después de consumado el golpe militar. El carácter único, singular, de la experiencia protagonizada por la Unidad Popular, basado en un programa de hondas transformaciones democráticas y de construcción socialistas, había impactado muy profundamente a todos los sectores de pensamiento avanzado. Para los pueblos del Tercer Mundo, Chile fue y es una bandera de liberación; para los partidos y gobiernos de inspiración marxista, fue o es un emblema revolucionario y transformador; para las fuerzas del movimiento obrero de todas las tendencias, fue y es una llama de libertad encendida en un continente marcado por el signo trágico del despotismo y la opresión. La originalidad del camino seguido y el alto contenido político y moral de nuestra propuesta, concitaron la atención del mundo entero.

Asestado el golpe, dos hechos contribuyeron a que el movimiento de solidaridad con Chile brotara con inigualado empuje y generosidad en todos los rincones del planeta. Uno, fue la brutalidad de los cuatro generales traidores, la barbarie que exhibieron y exhiben con impudicia ante los ojos del mundo. Miles de chilenos indefensos fueron asesinados, cientos de miles encarcelados y torturados. La dictadura ha destruido ciento cincuenta años de singular evolución política y social, ha arrasado con la cultura y tradiciones del país, ha hecho caso omiso del clamor de la comunidad internacional, cada día más comprometida con la causa de la paz, de la democracia y del respeto a los derechos esenciales del hombre.

Otro, el más significativo en cuanto constituyó el gran impacto emocional que golpeó a cientos de millones de seres humanos, fue la lucha y muerte heróica de Salvador Allende. El combate de La Moneda se convirtió en símbolo, no sólo de un pueblo, sino de un continente oprimido y humillado, que alcanzó en el gesto inolvidable de Allende su máxima expresión de rebeldía, decisión y consecuencia revolucionaria. Para siempre quedará grabado, en el corazón de Chile y en la memoria de las grandes masas oprimidas de América, el recuerdo de un gobierno, presidido por Salvador Allende, que aspiró a realizar una profunda renovación política o moral de la Nación, que respetó escrupulosamente las libertades democráticas, que defendió con pasión la dignidad y los derechos fundamentales de las grandes mayorías nacionales, haciendo de éstas el sujeto histórico de un apasionante proceso de liberación nacional y social.

La instauración de la dictadura obligó a miles de chilenos a buscar refugio fuera de las fronteras del país. Su acción en el exterior no debe ser menos-

preciada. Expulsados de su tierra, separados de sus familiares y compatriotas, enfrentando medios diversos, desconocidos y, a veces, hasta hostiles, han sabido conservar y acrecentar la fe en Chile y en su porvenir. El exilio chileno ha honrado nuestras mejores tradiciones políticas. En cada rincón del mundo, por lejano que sea, los chilenos se han agrupado en torno a sus partidos, a la Unidad Popular, constituyendo una amplia red de información, agitación y propaganda, de estudio y discusión, cuya presencia ha sido factor de primer orden con la coordinación y organización de la solidaridad. Muchos han desplegado una gran actividad en este terreno, prestigiando al Partido y a la Unidad Popular en el exterior y realizando un meritorio aporte a la lucha en Chile. De todos ellos, quien más se ha destacado por su extraordinaria sobriedad, tenacidad y fe, por el brillo con que ha representado a nuestro pueblo, y por la excelencia de su tarea, ha sido la compañera Hortensia Bussi de Allende, a quien deseo expresar nuestro más sincero y fraternal reconocimiento.

Tan decisiva ha sido la acción de los exiliados, que la dictadura los ha puesto bajo su mira llegando, en algunos casos, como el de nuestro querido compañero Orlando Letelier, a consumar sus criminales propósitos.

Los factores anteriormente mencionados no bastan, sin embargo, para explicar la magnitud inmensa de la solidaridad. Hay un último elemento, ajeno a nuestro quehacer: la existencia de una poderosa conciencia antifascista que abarca y compromete a grandes masas humanas. Es una de las herencias más positivas de la victoria sobre el nazi-fascismo y la culminación de tres decenios de lucha por asegurar la paz y coexistencia entre pueblos y Estados diversos. El drama de Chile se produjo en un instante de la historia en que el clamor por más libertad, más justicia y más progreso adquiere una dimensión universal. Esta gran fuerza moral y política, encuentra su apoyo en la existencia y poderío de la comunidad socialista, en la clase obrera y la intelectualidad progresista de los países capitalistas y en el vasto movimiento de liberación del Tercer Mundo. Esa fuerza está siempre presente en el mundo de hoy, es imposible prescindir de ella. Ha producido una profunda revolución en las conciencias, asentando en toda la Tierra la firme convicción de que no podrá haber paz sin libertad para los pueblos oprimidos, que no podrá haber desarrollo sin justicia en la relaciones económicas y políticas entre los Estados, que no podrá haber un hombre nuevo sin que se respeten los derechos del hombre de hoy.

Estimados compañeros de la Dirección Interior:

Nuestro deseo es proponer un esquema general de ideas que, junto con los documentos aprobados por Uds., puedan servir de base para la elaboración de un proyecto político, explicitado tanto en un programa concreto como en una conducta colectiva, y que constituya una propuesta socialista para Chile. Mucho de lo que aquí he de plantear no tendrá seguramente aplicación para la presente coyuntura. La intención que me anima es contribuir a establecer

las grandes líneas de una política estratégica y normas de trabajo a regir, durante un tiempo prolongado, nuestra vida partidaria. Estamos conscientes de que, una Alternativa Socialista no se expresa sólo en documentos, ni siquiera en un programa. Se construye en un largo batallar; en la praxis cotidiana, en la actitud moral de los militantes; en la respuesta diaria frente a cada problema pequeño o grande; en el lenguaje utilizado, ajeno a frases consignistas, dogmáticas o estereotipadas; en la capacidad de configurar un esquema sugerente de vida futura, mejor y más plena.

No nos mueve un prurito de teorización abstracta, separada de las necesidades de la lucha; sólo aspiramos a reafirmar y precisar lo que ustedes representan en el interior de Chile, heróicamente avalado con vuestras vidas y con vuestras acciones.

PREMISAS PARA EL DISEÑO DE UNA LINEA POLITICA REVOLUCIONARIA

El asalto fascista de Septiembre de 1973 fracturó radicalmente la evolución social y política de Chile, en cuyo transcurso se había modelado una de las democracias liberales más avanzadas del mundo y surgido el más poderoso movimiento popular del continente.

El derrumbe de la democracia chilena inaugura un nuevo período que enfrenta al Partido Socialista a la exigencia de reformular la táctica y estrategia para el logro del objetivo histórico del proletariado —la conquista del poder y la edificación del socialismo— de acuerdo a las nuevas condiciones generadas por el fascismo y a las que previsiblemente sobrevendrán a su destrucción.

Tanto para la burguesía triunfante como para el movimiento popular transitoriamente derrotado, la destrucción de la institucionalidad cancela las formas tradicionales de lucha política y social y sepulta un viejo estilo de "hacer política" que, en el pasado, singularizó el acontecer nacional.

Para el Partido Socialista la derrota popular implica no sólo la necesidad de sobreponerse a las crueles condiciones creadas por la dictadura, sino también la de asumir desde estas nuevas perspectivas y en circunstancias radicalmente diferentes, el cumplimiento de su misión.

Para hacerlo, es preciso situarnos con realismo en la actual coyuntura internacional y en la nueva realidad chilena.

America Latina y la Coyuntura Internacional
Los Avances del Socialismo

El primer y fundamental supuesto sobre el que debemos construir nuestra estrategia, es la tendencia mundial al mejoramiento de la correlación de

fuerzas en favor del socialismo. Este ha llegado a ser el principal protagonista de la época actual. La consolidación y progreso de la comunidad socialista; el flujo ascendente del movimiento obrero en las sociedades capitalistas desarrolladas y la lucha liberadora de los pueblos oprimidos determinan, cada vez con mayor fuerza, el curso de la historia universal. El papel solidario de la comunidad socialista se ha expresado decisivamente, entre otros casos, en Cuba, Vietnam y Angola. El es hoy día un factor esencia, que todo movimiento revolucionario debe considerar.

Por su parte, el imperialismo, que aún conserva una fuerza poderosísima, no ha sido capaz de superar su crisis estructural y ha perdido importantes posiciones estratégicas en Asia y Africa. Especialmente elocuente ha sido para nosotros su derrota frente a Cuba.

En este cuadro, la política de coexistencia pacífica entre Estados con regímenes políticos y sociales diversos, ha constituido un factor de indudable convergencia con las perspectivas revolucionarias de los pueblos. Quienes no lo reconocen así cometen un serio error. Los hechos han demostrado, contrariamente a lo que sostienen algunos, que la política de coexistencia pacífica no sólo permite evitar la destrucción de gran parte de la humanidad sino que, además, crea condiciones propicias para el tránsito a formas superiores de vida.

No compartimos, por tanto, el criterio de quienes sostienen que la coexistencia importa una suerte de distribución del mundo en zonas de influencia, en cuyo interior se establece un statu quo inviolable y contrario a las gestas independentistas de los pueblos sojuzgados.

El Imperialismo se hace fuerte en América Latina

Es precisamente la magnitud de esta crisis del imperialismo la que lo obliga a volcarse sobre América Latina, donde su despliegue se traduce en una aguda ofensiva contrarrevolucionaria. Es éste un segundo factor que no podemos ignorar. América Latina es cada vez menos para el imperio lo que fue hasta ayer: una simple despensa de materias primas. Se refuerza en cambio su rol de área económica de apoyo en el proceso de reproducción y circulación del capital trasnacional y por sus características geopolíticas, en una insustituible zona operacional de carácter estratégico militar.

En el plano político este fenómeno se expresa en que el imperialismo mantiene aún en América Latina formas de "guerra fría", destinadas a evitar se manifieste allí el cambio de la correlación mundial de fuerzas y a que se hagan realidad los principios de la coexistencia pacífica, de la distención y autodeterminación de los pueblos. Mientras mayores sean los avances del socialismo en escala global, tanto mayor será el empeño puesto por el imperialismo para conservar intacto su "patio trasero".

Si bien esta situación no podrá mantenerse indefinidamente, todo lleva a suponer que, por un período relativamente prolongado, la dominación imperialista reforzada continuará siendo el rasgo principal de la realidad latinoamericana. Más de 100 bases militares, más de un millón de hombres, que integran los ejércitos latinoamericanos, adiestrados militar y psicológicamente para la llamada "guerra antisubversiva", y un poderoso y complejo sistema de penetración ideológica, cautelan hoy dicha dominación. Ello, por supuesto, no eximirá al gobierno de los Estados Unidos de la necesidad de mantener, en forma abierta o mediatizada, crueles estructuras represivas que garanticen sus intereses y contengan las ansias liberadoras de los pueblos del continente.

Las dos premisas señaladas constituyen una importante contradicción que marcará por todo un largo período histórico la vida continental: mientras el socialismo se impone a escala mundial, a nivel continental sus perspectivas enfrentan un serio obstáculo, derivado de la enorme influencia y poderío de los Estados Unidos.

Premisas para el Socialismo y Premisas para la Revolución Socialista

En este marco donde se manifiesta un tercer elemento, parte indispensable del análisis: a despecho del transitorio reflujo revolucionario continental, las condiciones objetivas para el socialismo existen y continúan desarrollándose. En ningún otro lugar del mundo se registran desniveles tan colosales y odiosos. La brecha sideral entre riqueza y miseria continuará ahondándose. A fines del siglo, América Latina tendrá una población no inferior a 500 millones de habitantes. Doscientos millones más de seres humanos se agregarán a los que hoy demandan alimento, habitación, vestuario, educación, salud, consumo y trabajo.

En muchas de las sociedades latinoamericanas existen las condiciones objetivas para iniciar la construcción del socialismo. En el cuadro de riqueza y miseria extremas recién mencionado, existe un grado no desdeñable de desarrollo industrial y las relaciones capitalistas de producción se difunden en el campo. Las contradicciones en el seno de las sociedades latinoamericanas y de éstas con los Estados Unidos se profundizan y demuestran ser insolubles en el marco del esquema de dominación imperante.

Pero, la historia ha dejado en evidencia que a un alto grado de desarrollo del capitalismo, esto es de las "premisas para el socialismo", no corresponde necesariamente igual grado de maduración de las "premisas para la Revolución Socialista". Incluso, llega a producirse la paradoja de que mientras mayor es el grado de expansión de las fuerzas productivas, como es el caso de las grandes sociedades industrializadas, europeas, tanto mayor tiende a ser el desfase entre aquél y las premisas para la Revolución, las que continúan notoriamente a la zaga.

Este fonómeno puede también apreciarse en países capitalistas semi-industrializados, como son los de mayor desarrollo relativo en América Latina, en los que, no obstante observarse una considerable expansión de las relaciones capitalistas, puede también constatarse la presencia de factores que tienden a retardar la maduración de condiciones para la Revolución. En este sentido contrastan agudamente los casos de Africa y América Latina. En el primero de ellos, si bien las premisas para el socialismo no existen, esto no ha sido un obstáculo insuperable para que numerosos países hayan emprendido el camino de la transformación socialista. Por el contrario, en América Latina las condiciones para el socialismo están dadas en la mayoría de los casos y no así las de la Revolución Socialista. La dominación imperialista es en Africa menos poderosa que en nuestro continente. Aquí las burguesías latinoamericans dominan la vida económica y política, ejerciendo una influencia dicisiva en el mundo de las ideologías.

Este hecho confiere un papel cada vez más relevante a los elementos que influyen en la maduración de las condiciones subjetivas de la Revolución. Tales elementos —como es sabido— dicen en lo fundamental relación con la actividad organizativa e ideológica de las clases revolucionarias y sus vanguardias.

Indudablemente sin la maduración de los requisitos objetivos de la revolución, expresados en una "crisis revolucionaria", aquélla no puede llevarse a término. La existencia de dicha cirsis no depende de la exclusiva voluntad de los revolucionarios, toda vez que ella es resultado del desarrollo de agudas contradicciones en el seno de la formación social. Pero por otra parte, la existencia de una crisis revolucionaria tampoco es sinónimo de victoria revolucionaria, la que en dichas circunstancias pasa a ser función principal del factor subjetivo por excelencia, esto es, la capacidad y voluntad de las clases revolucionarias y sus vanguardias para llevar a cabo enérgicas acciones destinadas a dirimir la pugna por el poder político del Estado.

Esta es la gran tarea de los revolucionarios del continente: elevar, a un grado proporcional a la complejidad de esta encrucijada histórica, la capacidad y voluntad de las vanguardias para intensificar así la maduración de las premisas subjetivas de la revolución socialista.

América Latina: un esfuerzo continental de liberación

La situación de América Latina plantea, por otra parte, un cuarto factor esencial: como respuesta a las luchas por la liberación nacional y el socialismo y en prevención de su auge, el imperialismo ha puesto en práctica una estrategia de contención preventiva, de carácter continental y contrarrevolucionario. América Latina ha sido vertida en un inmenso laboratorio represivo. Los cuadros progresistas y revolucionarios son perseguidos y exterminados, dentro o

fuera de las fronteras nacionales. Los gendarmes del sistema intercambian prisioneros o cadáveres, reciben y transfieren tecnología para el terror y la tortura y se homogeneizan bajo la dirección de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos.

En las nuevas condiciones impuestas por la estrategia imperialista, las posibilidades de impulsar procesos de liberación en completo aislamiento se hacen cada vez más limitadas. Independientemente de nuestras intenciones ellos están objetivamente interrelacionados. Habrá ritmos y respuestas concretas diferentes que se irán mutuamente condicionando, determinados por tradiciones históricas propias, por desiguales niveles de desarrollo económico y por grados distintos de evolución política, social y cultural. Es esta realidad la que impone a las vanguardias revolucionarias, la necesidad de coordinar el esfuerzo nacional-liberador y escala continental, a fin de sumar fuerzas y experiencias, sin desconsideración de las especificidades locales.

La sociedad chilena de ayer y de hoy

Para establecer una correcta línea política debemos valorar científica y rigurosamente el Chile de ayer, así como el que heredaremos.

La singularidad de Chile

No obstante sus errores, el Partido Socialista se ha distinguido por su empeño en captar las singularidades de nuestra situación nacional y extraer de allí la inspiración para determinar su línea política.

La sociedad chilena, como el mitológico Centauro, mitad hombre y mitad caballo, se caracteriza por un desfase entre su estructura y su superestructura. A nivel de estructura somos relativamente subdesarrollados, a nivel de superestructura éramos una sociedad relativamente avanzada. Nos caracterizábamos por la complejidad de nuestras tradiciones institucionales y por un universo cultural e ideológico diversificado, más similar, reconociendo las diferencias, al de ciertas sociedades europeas que de otros países latinoamericanos. Poseíamos una población prácticamente alfabetizada y con hábitos difundidos de lectura; medios de comunicación sofisticados; un sistema educacional extenso; instituciones universitarias de reconocido prestigio, innumerables organizaciones científicas, culturales y sociales de la más diversa especie, productoras y difusoras de ideología.

Por otra parte, nuestro sistema institucional se caracterizaba por antiguos hábitos parlamentarios, más aptos para la negociación y el compromiso, que para la ruptura frontal; nuestros partidos políticos eran colectividades sólidas, y en algunos casos, de vida centenaria, reproduciendo el tipo de partido europeo; nuestros sindicatos poseían una elevada audiencia entre los trabajadores y habían alcanzado un nivel superior de organización; la burguesía se

encontraba nucleada en múltiples asociaciones de carácter empresarial y patronal. Existía una clase media amplia y evolucionada, reflejo de un desarrollo capitalista nada despreciable o de un universo ideológico de alguna sofisticación. Nuestra estructura social, en fin, constituía un espectro diversificado, imposible de comprender sin instrumentos refinados de análisis.

Esta superestructura relativamente "europeizada" estaba sostenida, sin embargo, sobre una precaria estructura, propia de un país de capitalismo medio simi-industrializado.

Lo contradictorio del sistema de dominación de clase existente en Chile residía, pues, por una parte, en la gravitación destacada de los elementos superestructurales ideológico-políticos y, por otra, en la dependencia, rasgo, este último, común al resto de las formaciones económico-sociales de América Latina.

El serio resquebrajamiento de la superestructura jurídico-ideológica y el inicio de la ruptura de la dependencia por la acción del movimiento popular, obligaron al bloque dominante a recurrir a la dictadura abierta, extrema terrorista.

El fascismo, si bien ha conseguido demoler el edificio institucional que formó parte de la vieja tradición republicana, no logrará borrar una "cultura nacional" que creció y maduró en el transcurso de siglo y medio de una singular evolución política y social. En naciones donde el fascismo se ha asentado por largas décadas, la experiencia histórica ha comprobado que es incapaz de suprimir las tradiciones nacionales más esenciales y de erradicar las principales tendencias del pensamiento político revolucionario. Destruido el fascismo, ellas emergieron, casi siempre fortalecidas, en el nuevo espectro político. Tal ha sido el caso de países como Italia, Francia, España y Portugal donde los partidos socialistas y comunistas renacieron más poderosos que antes.

Este importante desfase entre estructura y superestructura, que sigue caracterizando la sociedad chilena, impone la elaboración de un diseño estratégico específico, y nos enfrenta a una tarea de creación revolucionaria, que no podrá resolverse con el recurso a la imitación de otros modelos o a la traslación mecánica de otras experiencias.

La complejidad superestructural de la sociedad chilena nos aproxima, en cierto modo, a las sociedades capitalistas europeas mediterráneas. Pero, al mismo tiempo, nuestra naturaleza dependiente en grado extremo, la debilidad de nuestra estructura sub-desarrollada —expresada en un retraso considerable del capitalismo monopolista de Estados— nos obliga a establecer las distancias pertinentes.

El deficiente análisis del fenómeno señalado —Chile país centauro— fue uno de los elementos que contribuyó a generar las grandes insuficiencias que estuvieron en la raíz de nuestros errores como movimiento popular y como Partido.

Una de ellas fue nuestra equivocada política hacia las Fuerzas Armadas que, por una parte, tendió a ignorar el universo específico que constituían y, por otra, a confiar exageradamente en las posibilidades de incorporarlas al proceso transformador, desconociendo su carácter de clase y, sobre todo, el del Estado burgués en que se encontraban insertas. Otra, fue nuestra incapacidad para responder correctamente al inmenso desafío que planteaba la ruptura del bloquel ideológico de dominación.

La primera insuficiencia —la que dice relación con el Estado y el poder— dio origen a una clara desviación de carácter reformista. La segunda, en cambio, permitió el surgimiento de una desviación izquierdista que, entre otros errores, nos llevó a subestimar la enorme gravitación de las clases medias en la sociedad chilena y a ignorar la complejidad de sus mecanismos ideológicos.

Este fenómeno se manifestó en todos los sectores. En unos, porque no supieron apreciar correctamente la importancia que tenía la búsqueda de formas ideológico-políticas para neutralizar a una parte de las capas medias y ganar a otras fracciones de las mismas. En otros, porque aunque conscientes de este aspecto, cayeron en el error economicista de pensar que las clases medias podían ser atraídas, fundamentalmente, otorgándoles privilegios materiales o atendiendo sus intereses corporativos. Este último elemento tenía indudable importancia pero, más allá de él y por sobre él, permanecía intocado, como factor decisivo, su subordinación al sistema ideológico-burgués. En otras palabras, enfrentados a la lucha ideológica, no supimos valorar la influencia que sobre sus pautas de comportamiento tenía su peculiar aunque falso "interés histórico" en la preservación de la sociedad capitalista.

Simultáneamente, otros incurrieron en una sobrevaloración de nuestras singularidades nacionales, al costo de olvidar los principios generales de la lucha de clases y de ignorar la naturaleza, en última instancia burguesa, del Estado que buscábamos sustituir. De esta manera, no profundizamos lo suficiente en ciertos aspectos decisivos de nuestra singularidad nacional llegando, en otros casos, a considerar que dicha singularidad nos eximía de reconocer las leyes generales del marxismo en materias tan básicas como las del Estado y el poder.

El fascismo y la sociedad chilena

Indudablemente el fascismo ha introducido elementos radicalmente nuevos en el cuadro político y social de Chile, de gran trascendencia para quien quiera, desde una perspectiva realista, modificar la situación actual.

Sus efectos dependerán —en último término— del tiempo durante el cual prolongue su acción y de la energía del pueblo para resistirlo.

En todo caso, cualquiera sea la interacción específica que alcancen estos elementos, y cualquiera sea la forma de resolución de la crisis del fascismo está claro que dos instituciones, las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica, han pasado a desempeñar un papel de primera magnitud en la vida política y social del país.

El factor militar

Hoy día, la presencia desembozada de los militares constituye el factor central de la vida chilena. Salvo que el desenlace de la lucha antifascista fuera la destrucción del aparato armado de la dictadura, las Fuerzas Armadas condicionarán por un largo periodo histórico la vida política del país. El imperialismo intentará mantenerlas como su recurso de última instancia, como el gendarme de una "democracia restringida". Por su parte, la burguesía chilena tratará de preservar a los institutos castrenses como su principal "partido político".

En consecuencia, toda estrategia de poder deberá considerar este factor y elaborar una doctrina militar destinada a eliminar su acción retardataria y opresiva, a desvirtuar su rol de agente activo de la gran burguesía, del latifundio y de las empresas transnacionales norteamericanas y a generar las condiciones para su real democratización e incorporación a un proyecto auténticamente nacional, popular y democrático.

El papel de la Iglesia Católica

Un segundo elemento a considerar en nuestra vida política es la presencia cualitativamente distinta de la Iglesia Católica en la sociedad chilena. Nunca ella estuvo, es cierto, al margen del acontecer político y social y nunca dejaron de expresarse en su interior opiniones y tendencias contrapuestas, tal como ocurre hoy. El hecho nuevo reside en que, tanto en Chile, como en otros países de América Latina, la Iglesia ha asumido institucionalmente una actitud de resuelta defensa de los derechos humanos y ha ido expresando su abierta crítica y condena al régimen fascista. Esta conducta de la Iglesia se ha visto realizada, tanto en virtud del vacío creado por la represión ejercitada en contra de los partidos populares, como por el silencio masivo y cobarde de los partidos burgueses. Esta conducta concede a la Iglesia una inmensa autoridad

ante las masas, muy superior a la que antes tenía, y un prestigio moral incuestionable.

Por lo demás, la Iglesia ha exhibido, en los últimos años, una conducta coherente. Mantuvo excelentes relaciones con el gobierno de la Unidad Popular, mérito que corresponde, en parte a la Unidad Popular y en parte a la Iglesia. Hoy, una vez más, esas relaciones se expresan positivamente cuando la Iglesia y el Movimiento Popular convergen en la defensa de los derechos de la persona humana y cuando ambos se constituyen, hasta el momento, en las únicas dos fuerzas que, con verdadera decisión, se han enfrentado a la dictadura.

El papel que juega hoy la Iglesia abre un interrogante sobre el que desempeñará mañana. Está claro —imposible más claro— su valerosa acción en defensa de los derechos humanos y de las masas empobrecidas, pero ello no significa que comparta nuestro proyecto de transformación social. En consecuencia, nuestra acción debe contribuir a que sus preocupaciones humanitarias y sus valiosas posiciones del presente, la lleven a definirse mañana, como factor de progreso y no de simple conservación del orden tradicional.

La sociedad chilena bajo el fascismo

La lucha en Chile se realiza en condiciones absolutamente nuevas. Tomar conciencia de ello constituye un imperativo ineludible. El combate por la democracia y el socialismo, que aspiramos a encabezar, se da en un escenario innegablemente adverso. El drástico reflujo del movimiento popular no sólo afecta a sus organizaciones sociales y políticas, sino que se expresa también en el plano de las formulaciones ideológicas. Ayer, en pleno ascenso revolucionario, la aspiración socialista constituía el eje en torno al cual se aglutinaba la izquierda chilena y aun sectores de otras fuerzas políticas. Hoy la factura brutal del golpe fascista y su acción posterior, ha producido un desplazamiento de todo el espectro político. La vieja derecha chilena, aparentemente orgullosa de sus tradiciones democráticas y liberales, se hizo fascista; la Democracia Cristiana sumerge su pasado reformista para resurgir en la idealización de una democracia ascéptica, en cuyo seno se desvanece el conflicto social y los efectos del retraso y la dependencia. Ni siquiera la Unidad Popular ha escapado a los efectos de un fenómeno.

La dictadura fascista ha introducido un quiebre drástico en la historia de Chile. Los cambios emprendidos por la Unidad Popular tenían un contenido revolucionario y abrían la perspectiva de transformar las bases de la sociedad. Con todo, en lo esencial, correspondía a las grandes líneas del desarrollo histórico de la sociedad chilena, a casi un siglo de luchas obreras, a las modificaciones que, en la estructura de las clases y en el aparato productivo, se habían registrado en las últimas décadas. La acción de la dictadura en cambio, significa todo lo contrario: la ruptura violenta con todas las tradiciones nacio-

nales y una regresión económica, política y social sin precedentes. La junta fascista ha introducido una cuña de trascendencia incalculable en la evolución del país; constituye un freno a su desarrollo, niega a Chile, a su pueblo, a su acervo cultural, moral y político. En una palabra, lo margina de su propia historia.

El régimen fascista persigue la restauración reforzada de la dominación burguesa-imperialista sobre la sociedad chilena. Para ello debió destruir las instituciones del Estado de derecho, que en el país se habían dado. En el plano económico desarticula el aparato estatal intervencionista, liquida la protección a la industria nacional, intensificando su desnacionalización; reconstituye el latifundio. Se trata, en suma, de un proyecto animado por una filosofía extraordinariamente regresiva, clasista y autoritaria, que aspira a instaurar un modo de vida totalmente diverso, basado en la superexplotación de las clases trabajadoras, en la concesión de privilegios inauditos a las minorías plutocráticas y en la transformación de Chile en simple apéndice de los grandes intereses transnacionales. Por otra parte, el fascismo ha programado un proceso de regresión consciente en el ámbito de la educación y la cultura; desmantelando las Universidades; persiguiendo a los intelectuales; reduciendo la difusión de libros o prohibiendo otros; haciendo del sistema educacional un privilegio sólo al alcance de una élite de muy altos ingresos. Al mismo tiempo ha establecido el monopolio absoluto de los medios de comunicación de masas. Intenta, con ello, no sólo influir en el estado de ánimo de las mayorías nacionales, sino ganar la conciencia y la voluntad de la juventud, a fin de perpetuar su dominación. Un porcentaje extraordinariamente alto de profesionales e intelectuales ha abandonado el país, incluso sin tener un compromiso revolucionario, autoexpulsados por la mediocridad y sordidez del clima espiritual y moral creado por la dictadura. Su objetivo último es violentar de tal modo la sociedad chilena, hasta el punto de hacer imposible toda esperanza de liberación y justicia.

Este proyecto ha contado con la solidaridad de los imperialistas y, gracias a ella, la dictadura ha recibido tres mil millones de dólares en créditos. No es éste un hecho casual: las finanzas del mundo están controladas por los gigantescos intereses que la dictadura se ha encargado de proteger y salvaguardar.

Por otra parte, la burguesía no ha agotado sus cartas en Chile. No faltan quienes sostienen la necesidad de continuar apoyando a Pinochet, puesto que tras él vendría "el Diluvio". Pero esto se hace cada vez menos viable. El régimen ha ido sufriendo un grave deterioro, una descomposición perceptible; su proyecto económico no logra depegar; sus contradicciones internas aumentan. Lo más probable es que ello determine la caída de Pinochet y su remplazo por otra variante de gobierno militar. No es imposible tampoco que en esa situación surjan iniciativas encaminadas a realizar una mascarada electoral que "legitime" sucesivos regímenes de facto.

Por último, las circunstancias podrían impulsar, en el futuro, a la gran burguesía y al imperialismo, a ceder el liderazgo a los sectores moderados de la propia burguesía, ajenos al fascismo.

Cualquiera de estas alternativas representa un régimen político profundamente diverso del que conocimos hasta antes del fascismo. El Partido debe prepararse para las circunstancias más adversas y para un largo periodo de lucha en el que, de una u otra forma, con mayor o menor intensidad, estaremos siempre amenazados por la violencia represiva oficial o de bandas terroristas, reaccionarios semejantes a las que existen en varios otros países de América. En consecuencia, las formas clandestinas y semiclandestinas de lucha constituirán una necesidad ineludible de la acción partidaria en los años por venir.

El cuadro que surge de las páginas anteriores no es, ciertamente, alentador. Ofrecer ilusiones o crear optimismos artificiales mediante afirmaciones demagógicas no es mi propósito. El Partido Socialista y sus militantes tienen la obligación de despojarse de todo subjetivismo para juzgar la realidad. Sólo enfrentándola tal cual es, será posible construir una línea revolucionaria correcta, que abra perspectivas de victoria.

UNA PROPUESTA SOCIALISTA PARA CHILE

Estimados compañeros:

Como hemos expresado, vivimos una fase de transitorio pero agudo reflujo revolucionario. En nuestro caso, él sobreviene a una derrota de trascendencia innegable. La Unidad Popular fue el fruto de un lento y laborioso proceso de maduración del movimiento obrero, del difícil y accidentado desarrollo de sus organizaciones políticas y de clase. Su victoria, en 1970, fue el momento más brillante en el historial de los trabajadores chilenos. Su derrota, el más amargo, el más duro.

Cuarenta y cinco meses de dictadura han demostrado que el enemigo no es invencible y que su fuerza se desgasta aceleradamente; pero han demostrado también que su considerable poder militar y represivo impone al movimiento popular muy duras condiciones de vida y lucha, limita su capacidad de acción, lo resiente enormemente en sus estructuras, exterminando capas completas de cuadros superiores e intermedios. La historia nos enseña por lo demás, cómo regímenes similares, aunque no necesariamente equivalentes, hicieron del ejercicio sistemático del terror el fundamento de su larga supervivencia.

Postulamos que la vida del régimen militar en nuestro país no será exageradamente prolongada y que su derrocamiento se gestará en el seno del propio pueblo. Pero ello no está garantizado por circunstancias ajenas a nosotros mismos. Por el contrario, dependerá en gran medida de nuestra acción, de

nuestra capacidad para absorver las lecciones de la derrota y para generar una óptica política correcta. Ella debe permitirnos elaborar nuestras líneas futuras conservando siempre la iniciativa, movilizando organizadamente las energías del pueblo, en un trazado que considere la situación concreta en que luchamos y los objetivos que definen nuestra esencia, sin los cuales dejaríamos de ser lo que somos.

Las revoluciones triunfantes han poseído siempre esa óptica, esa visión lúcida de las circunstancias concretas, que cuando existe potencia el análisis teórico y la praxis política, convirtiéndolos en fuerza real.

Dos fenómenos suelen oscurecer esa visión, haciéndola imposible o castrando su potencialidad creadora. Por una parte, la impaciencia, el voluntarismo que, saltándose la realidad a través de la elaboración puramente abastracta, cae en la aventura. Por otra, el conformismo derrotista, la ilusión en la simple espera, concebida como el remedio para un mal que se cura solo o lo curan otros.

Las formas que asumen estas dos actitudes son diversas. Páginas enteras de la historia del movimiento revolucionario relatan el difícil camino de partidos y organizaciones que en diversas etapas de su vida, debieron enfrentar la exasperación maximalista o el conformismo derrotista; que avanzaron demasiado en relación a la realidad concreta, estrellándose con nuevas derrotas o que, abrumadas por las dificultades, resolvieron conformarse tan sólo con lo menos.

Contra el derrotismo

El Partido Socialista debe rechazar el fatalismo de las alternativas maximalista y conformista. Debe expresar la vocación de superarlas en la búsqueda de una justa perspectiva revolucionaria que, como hemos dicho, nos entregue la iniciativa, nos convierta en vanguardia real, nos permita usar nuestra fuerza de la manera más eficaz.

El tinte derrotista que ha llegado a impregnar algunos documentos emitidos por partidos de la Unidad Popular, debe ser superado. Ello nos conduce a eludir nuestra responsabilidad de fuerza dirigente autónoma, a renunciar a nuestra propia alternativa política y, con ello, a debilitar el Movimiento Popular. Nos lleva a deformar el análisis de la coyuntura y, más específicamente, el de la correlación de fuerzas; a olvidar que el problema básico, es desarrollar la fuerza del bloque popular en todos los planos y que una acertada política de alianzas exige la correcta aplicación del principio de unidad y lucha.

El régimen fascista no es tan poderoso como para generar un espíritu de desaliento tal, que nos haga pensar que el movimiento popular está impedido de jugar un papel protagónico en la vida nacional durante las próximas décadas

No lo es tampoco como para hacernos sentir en una suerte de interdicción, que nos obligue a buscar, casi con desesperación, convergencias precipitadas y artificiales con nuestros adversarios de ayer.

Lo que hoy día somos y tenemos no es ciertamente bastante para provocar la derrota de la dictadura. Nadie ha sostenido lo contrario. Pero en casi cuatro años de fascismo, hemos asumido el mayor peso de la lucha. Nuestro Partido, es cierto que con enormes dificultades, ha mantenido sin interrupción un centro interno de dirección que ha soportado victorioso los golpes de la dictadura, algunos de extrema dureza. La persistencia en la represión constituye una clara muestra de que las fuerzas de la democracia y del progreso constituyen una realidad viva en el interior de Chile. Hay represión porque hay resistencia. No nos han aniquilado. No en vano nuestra clase obrera tiene una larga historia de lucha y de organización. No en vano fuimos capaces de crear un multitudinario movimiento de masas expresado por la Unidad Popular. El existe y opera, herido y con dificultades, pero activo y presente. Por ello, nuestra clase trabajadora no está hoy en remate, esperando la oferta del postor más generoso para que la inscriba en un proyecto que no le pertenece ni la interpreta. Ha sido y sigue siendo una clase con vocación dirigente, con sentido de poder, con conciencia de su propio valor y de la legitimidad de sus aspiraciones.

De modo que, si bien hoy no poseemos suficiente fuerza para que nuestra lucha exclusiva derrote al fascismo, nadie tampoco la tiene, ni nadie está en condiciones de prescindir de los trabajadores de sus organizaciones, tanto en la lucha contra la dictadura como en la recuperación postfascista. No es ésta una dádiva o un regalo: es el resultado de haber crecido como partidos y movimientos con perfiles propios, con fuerza propia, con un propio proyecto para Chile. Los socialistas sostenemos que es preciso privilegiar en nuestra acción práctica, la defensa, conservación y desarrollo de esta fuerza, cuya existencia hará posible la más amplia unidad para derrotar a la dictadura.

Construir nuestra alternativa

Hemos sido siempre un partido creador. Hemos nacido y crecido aplicando las grandes ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, que inspiran nuestro quehacer teórico, a la realidad chilena, marco principal de nuestra lucha. Hemos enfrentado este esfuerzo indispensable a partir de una formación crítica y no dogmática, abierta no sectaria, que nos ha permitido apreciar con independencia los acontecimientos más relevantes de la lucha de clases o ejercer con autonomía nuestra inspiración doctrinaria.

Tenemos el deber de proseguir en nuestra tarea de creación revolucionaria, de búsqueda ardorosa de un camino de transformación para Chile. No hay textos que apliquen cómo ella se ejecuta, ni existen recetas ni laboratorios que permitan fabricar líneas revolucionarias. Disponemos sólo de nuestras

herramientas teóricas, de nuestra práctica política de casi medio siglo y de la rica experiencia de los trabajadores del mundo. Es bastante, pero no suficiente. Y no lo es, porque cada proceso de cambios profundos y radicales –como al que los socialistas aspiramos– no constituye un acto de imitación, sino un acto de creación. Cada revolución recorre su propio camino, diverso al de otras, aunque siempre inserto en el marco general de la lucha de clases y de las leyes generales de la historia. Cada revolución abre, pues, nuevos senderos utilizables para el futuro, y al mismo tiempo, niega otros caminos ya recorridos. El acto revolucionario es una síntesis dialéctica, creativa y novedosa, que hereda y deja herencia. Recojerla, reconstruirla, usarla para crear el propio legado es la gran función de toda vanguardia.

Construir un camino revolucionario es tarea de cada instante, de cada día de lucha, de años de duro batallar.

Para nuestro Partido, el Chile proyectado no se resume en un programa o conjunto de criterios, ni corresponde a una elaboración académica, por fina y sutil que ella sea. Es una obra de creación constante, cuyo gran artífice es el pueblo entero.

Ello no nos exime de la responsabilidad de entregar nuestra palabra sobre el Chile que anhelamos. Precisamente porque somos parte del pueblo y aspiramos a dirigirlo, no podemos eludir el imperativo de expresarnos sobre este punto esencial.

La propuesta del Partido Socialista

El primer elemento que el Partido debe enfatizar al definir los parámetros de su proyecto político es que su destinatario es el Pueblo de Chile. Como lo hemos dicho, es él quien tendrá que construirlo con su propia experiencia y lucha. Nuestro Partido, indisolublemente comprometido con el destino del pueblo, debe entregar a toda la Nación su propuesta para Chile, para su salvación y su engrandecimiento.

Es sobre esta base que debemos definir nuestro proyecto histórico, e invitar a las grandes masas oprimidas a impulsarlo junto a los socialistas. El nuestro es ***un proyecto nacional y revolucionario, democrático y popular, liberador y de construcción socialista.***

Es un proyecto nacional porque tiende a lograr la unidad de la Nación. Porque, siendo la expresión de la clase obrera, recoje en una perspectiva histórica, no sólo los intereses del proletariado como clase, sino los de la gran mayoría de chilenos. El debe expresar las aspiraciones de las diversas clases y estratos de la población que, libre y conscientemente, resuelvan aliarse a la clase obrera y reconozcan en ella la clase dirigente. Es nacional, porque recoge las más fecundas tradiciones de Chile y las proyecta hacia el futuro. Y porque

hace suya la problemática de cada sector explotado y dominado, buscando su superación al margen de criterios puramente corporativos, en el marco de una respuesta global a los problemas de Chile.

Nuestro proyecto es revolucionario. Lo es, porque contempla la renovación de la sociedad chilena desde sus raíces, su estructura económica, su sistema institucional, sus fuerzas armadas, su sistema educacional, su atmósfera moral. La opción socialista constituye una propuesta de quiebre, de ruptura con el orden social capitalista; surge en contraproposición a él y postula reemplazo por un sistema social más justo que permita la plenitud del desarrollo de las energías espirituales, morales y materiales de Chile. El proyecto que aspiramos a desarrollar convierte a nuestra clase obrera, de clase subordinada y explotada, en clase conductora que hegemoniza a las demás clases sociales y sectores sanos de la población, agrupándolos tras un destino común de liberación. De este modo, su carácter revolucionario se traduce, más precisamente, en la voluntad de arrebatar el poder al bloque dominante y en reivindicarlo *para el pueblo todo, dirigido por sus destacamentos más conscientes.*

Es, por otra parte, un proyecto democrático, porque concibe el poder como esencialmente radicado en el pueblo y busca, por lo tanto, apoyarse en un amplio consenso nacional, capaz de generar una institucionalidad apropiada a los objetivos fundamentales del desarrollo nacional. Esa institucionalidad nueva y original, deberá garantizar la presencia viva del pueblo en todos los niveles de la vida social, la posibilidad de expresar libremente sus opiniones y deberá no sólo establecer sino, además, garantizar de modo práctico, la real y absoluta vigencia de los derechos políticos y económicos de la persona humana.

Los socialistas nos hemos propuesto instaurar en Chile una nueva forma de convivencia social. Ello implica un proceso de creación popular en la construcción de una democracia participativa y ramificada, en la que el poder se genere desde la base y *garantice a todos los habitantes la real oportunidad* de ejercer una amplia gama de derechos cívicos.

El proyecto del socialismo chileno es popular. Es el pueblo quien lo desarrolla con su propia lucha y es su protagonista central. En tal carácter, recoge en su elaboración las distintas matrices de pensamiento político y filosófico enraizadas en el pueblo chileno, reconociéndoles el derecho de expresarse y de aportar al proceso de construcción de la nueva sociedad. No consideramos al pueblo un patrimonio exclusivo de los chilenos de inspiración marxista. Valoramos la presencia, en él, del pensamiento cristiano, el que debe hacer su propia e insustituible contribución a la edificación del socialismo.

Es un proyecto liberador porque se basa en la defensa intransigente de la independencia y la soberana política, económica, cultural y territorial de Chile. Debe proponerse hacer de la ruptura de la dependencia y del someti-

miento al imperialismo, uno de los objetivos principales de su quehacer. Debemos aspirar a un Chile independiente que adopte sus decisiones sin interferencias ajenas, ni otro fundamento que el interés nacional y el legítimo de los demás pueblos del mundo.

Es, finalmente, un proyecto de construcción socialista, porque aspira a establecer una sociedad donde no sea posible la apropiación privada del producto social, donde la economía del país se planifique, regule y gestione democráticamente, y donde los frutos del esfuerzo colectivo redunden en beneficio de toda la nación y no de pequeños grupos privilegiados.

Nuestra propuesta nacional y revolucionaria, democrática y popular, liberadora y de construcción socialista, es profundamente patriótica. Lo es, por el carácter unitario del camino planteado y por la naturaleza integradora de la sociedad que de él surge. Sólo aquellos grupos que se han subordinado a intereses foráneos o que defienden odiosos privilegios, no encontrarán un lugar en el amplio espectro de fuerzas sociales que pueden y deben movilizarse tras los objetivos de la Revolución Nacional.

Hacia una convergencia con el Pueblo Cristiano

Este proyecto de transformación histórica deberá ser el fruto de un amplio debate, en el que participen todos los sectores sanos de la población. Su materialización supone una vigorosa lucha ideológica, una confrontación permanente de ideas y propuestos. Sólo así será posible ir acumulando fuerzas en torno a él. Constituiría un gravísimo error eludir la lucha ideológica, pensando que así se hace más fácil la unidad con otras fuerzas no coincidentes en la actualidad. Esta actitud, aparentemente unitaria, divide más de lo que une; deja interrogantes esenciales sin respuesta; no destruye el trasfondo de desconfianza que existe respecto a cuestiones fundamentales de la perspectiva estratégica: el tipo de socialismo que postulamos; los márgenes reales de pluralismo; la amplitud democrática; éstos son algunos de los tópicos cruciales que aguardan respuesta.

Se hace imperioso identificar puntos de convergencia con las masas cristianas. En el pasado, la Unidad Popular, no obstante practicar un pluralismo objetivo, no logró sellar una confluencia entre las fuerzas marxistas y cristianas. Es efectivo que en la cúpula y en la base de la Unidad Popular existe presencia cristiana, pero tal circunstancia no ha incidido en el urgente rescate de dichas masas de sujeción a la ideología dominante.

Durante su última década, la sociedad chilena presenció un choque entre el proyecto político de la coalición popular y aquél que interpretaba a los cristianos. Tenemos que superar esta dicotomía, esta polarización ideológico-política, cuyo efecto principal es permitir la instrumentalización de los senti-

mientos religiosos con fines de clase y de establecer una separación artificial entre chilenos de distinta inspiración filosófica hermanados, sin embargo, en su común aspiración a una sociedad más humana.

La culminación de tan ambicioso objetivo sólo puede surgir de una confrontación de posiciones que el Partido Socialista, lejos de rehuir tiene la obligación de promover.

Dos proyectos para Chile

Impulsar nuestra propuesta es una tarea prolongada, difícil, que demandará un gran esfuerzo colectivo y que requerirá de un Partido Socialista cohesionado, fuerte y unitario. Lo más probable es que al derrocamiento del régimen dictatorial, no suceda una sociedad socialista. Sin embargo, la caída de la dictadura permitirá la reiniciación de nuestro camino histórico, haciendo posible un avance decisivo hacia la materialización del proyecto socialista. Por ello, la lucha democrático-antifascista es la tarea más importante del momento, el principal objetivo de esta hora, el más unitario.

El Partido está dispuesto a hacer lo que esté a su alcance por contribuir a este logro. Nuestra lucha contra la tiranía se ha prolongado durante ya casi cuatro años. Miles de militantes y dirigentes asesinados o presos son el testimonio que entregamos a Chile y al Mundo, como demostración indesmentible de nuestra fe y espíritu de combate.

Asumir desde ya, con todo nuestro empeño esta tarea, equivale a estar, desde este momento, impulsando nuestra propuesta. Tomar esa bandera, hacerla nuestra, no es un problema simplemente táctico o un rasgo de "habilidad política". Obedece a la profunda convicción de que los derechos del pueblo no pueden ser pisoteados, que los derechos cívicos y económicos del ser humano no pueden ser negados u olvidados.

Postulamos que nuestra propuesta, nacional, democrática y revolucionaria es un objetivo que puede y debe ser cumplido en la presente generación, en lo que resta de este siglo.

Esta perspectiva nos coloca en contradicción con la sustentada por otras fuerzas políticas chilenas, que levantan frente a la dictadura un proyecto alternativo. Nos referimos específicamente a la Democracia Cristiana.

En diversos documentos emitidos por sus dirigentes, dicho partido ha expuesto su proyecto. El supone la "restauración pactada" de una democracia formal bajo la hegemonía política de la Democracia Cristiana. Este se reserva el rol de mediador entre los intereses de la burguesía, el imperialismo y las masas trabajadoras.

Los socialistas chilenos no compartimos esta perspectiva. No estamos en disposición de aceptar una democracia restringida, con limitaciones arbitrarias, con la amenaza permanente de la coerción militar que, al parecer, no existe la voluntad de eliminar como factor de la vida política. Más adelante nos referiremos con mayor detalle al proyecto demócratacristiano. Por el momento diremos solamente que, difiriendo del mismo constatamos, sin embargo, una importante coincidencia en su decisión de oponerse al régimen dictatorial. Pensamos que ello constituye una base para desarrollar acciones comunes destinadas a derrocar la dictadura.

ETAPA ACTUAL, POLITICA DE ALIANZAS Y OPCIONES ANTIFASCISTAS

Estimados compañeros:

Como fuerza política representativa de importantes contingentes populares, estamos obligados a exponer nuestras concepciones frente al complejo problema de las alianzas. Pero, para una mejor comprensión del mismo, es previo dilucidar la vinculación estrecha que vemos entre el carácter de la lucha en la actual etapa, con el objetivo estratégico que perseguimos.

Etapa democrático-antifascista y carácter de la Revolución Nacional

Para nosotros, como es sabido, la Revolución Nacional tiene un contenido estratégico socialista. Ello no constituye una expresión voluntarista, derivada de una concepción meramente doctrinaria, divorciada de la realidad histórica. Muy por el contrario. Tal enunciado surge como coronación de un rico proceso de análisis de nuestro desarrollo socio-económico, de la evolución del capitalismo dependiente en Chile y en América Latina.

El proceso de la Revolución Nacional constituye una secuencia histórica ininterrumpida de lucha antifascista, de ruptura de la dependencia y de marcha hacia el socialismo. Dicho proceso no ignora la existencia y necesidad de una etapa intermedia antifascista y democrática, caracterizada por tareas específicas. Ella es el resultado inevitable de la gravísima derrota del movimiento popular y del triunfo de la contrarrevolución monopólicolatifundaria.

Pero el carácter de la etapa, así como su desarrollo por fases, está determinado igualmente por la intencionalidad estratégica de conquistar la hegemonía ideológica y el poder político para la clase obrera y sus aliados. Este factor impide que pueda conferírsele, a dicha etapa, carácter estratégico.

En razón de esto, afirmamos que no hay solución de continuidad entre los objetivos predominantemente antifascistas y democráticos de esta etapa, con los objetivos y tareas de una ulterior, de transición al socialismo. Sostener

lo expresado, no significa negar la especificidad de cada etapa. Estas, si bien son sucesivas, se entrelazan, de manera que en cada una de ellas se imbrican dialóctica y selectivamente tareas de alcance diferente. Es así como, por ejemplo, durante la transición al socialismo, algunas tareas democráticas y anteimperialistas continuan teniendo vigencia, por cierto que en un marco dominado crecientemente por tareas socialistas. Por tales razones, el objetivo de instaurar un régimen democrático antifascista no debe ser concebido como un fin estratégico en sentido estricto, sino más bien como un requisito previo y esencial, para establecer las premisas políticas, sociales y económicas de transición al socialismo.

Todo lo anterior queda sintetizado en la tesis del socialismo chileno en orden a que el proceso transformador tiene un carácter estratégico socialista, en el cual se funden y potencian mutuamente, la lucha por la democracia, la liberación nacional y el socialismo. Sin embargo, ello no debe conducirnos antojadizamente a colocar en el primer plano de nuestra acción política práctica la agitación consignista de nuestro objetivo último. Se trata, en cambio, de desarrollar creadoramente una línea teórica y práctica que permita hacer de la lucha contra el fascismo, por la democracia y la liberación nacional, eslabones instrumentales de la liberación social definitiva, partiendo para ello de la constatación científica de que el capitalismo no ha resuelto ni resolverá las profundas contradicciones de la sociedad chilena.

En nuestro país, el proceso de desarrollo histórico llevó la expansión de las fuerzas productivas y las contradicciones fundamentales del capitalismo hasta el punto de hacer cada vez más imperiosa la transición a un estadio más alto. Dicho desarrollo desembocó, durante el gobierno popular, en una verdadera crisis revolucionaria, inserta en una situación de crisis orgánica de la sociedad chilena, caracterizada por la superposición de la quiebra del patrón de desarrollo con la ruptura del sistema de dominación. El periodo de 1970 a 1973 representó la maduración acelerada de la crisis revolucionaria, esto es, de las condiciones objetivas de la Revolución Socialista. Lamentablemente, las graves insuficiencias históricas de que adoleció nuestra política, impidieron hacer madurar las premisas subjetivas y, de este modo, dirimir el conflicto en dirección del socialismo. El resultado fue la dictadura fascista de los monopolios, la retirada y el reflujo de las fuerzas revolucionarias y, junto con ello, la regresión de las premisas objetivas y subjetivas para la revolución. El gran capital se halla hoy a la ofensiva. Las fuerzas de la revolución a la defensiva.

¿Significa esto que la transformación socialista haya perdido actualidad? Ciertamente no, dado que persisten las causas fundamentales que la hicieron necesaria en el pasado inmediato. Por lo demás, el programa del fascismo en sus orígenes económico, social, político y cultural no deja ningún lugar a dudas sobre el carácter marcadamente explotador y represivo que el capitalismo está llamado a exhibir. Queda pues, planteado nuevamente el problema de cómo recrear las condicones objetivas y subjetivas para el cambio social.

Pensamos que en esta etapa el instrumento principal ha de residir en la lucha de masas antifascistas, impulsada y organizada por la coalición popular, a la cabeza de una vasta red de alianzas.

La eficacia de dicha lucha, estrechamente vinculada a la amplitud de la alianza, estará en función de la aptitud de las vanguardias para conjugar los objetivos inmediatos —antifascistas y democráticos— con los mediatos —democráticos, antiimperialistas y socialistas— utilizando con flexibilidad y oportunidad todas las formas de lucha.

Debemos precavernos de las tentaciones subjetivistas que llevan a concebir el surgimiento de las premisas de la Revolución como un mero acto de la voluntad, un puro resultado de la decisión revolucionaria. La maduración de dichas condiciones será un proceso complejo y largo, caracterizado, a no dudarlo, por serios conflictos de clase, graves tensiones sociales y factores internacionales diversos.

Pero, por la misma razón, nos parece criticable desvincular el contenido de esta etapa antifascista, del fin último a lograr, la victoria de la Revolución y la transición al socialismo. Si bien éstas no se hallan a la orden del día, no constituyen inminencias, no es menos cierto que no pueden ser consideradas exclusivamente como vagas y distantes perspectivas.

Por esto, la lucha en la actual etapa, siendo básicamente democrática y antifascista, debe tener, sin embargo, una alta virtualidad revolucionaria y socialista. Debe señalar el comienzo de un avance significativo en el proceso de recreación de las condiciones para la transición a la formación social superior.

Nuestra política de alianzas

La experiencia demuestra que los trabajadores no pueden alcanzar sus objetivos históricos sin forjar su unidad política y orgánica y sin diseñar y aplicar una correcta política de alianzas. Esta premisa, válida para una situación de ascenso de la lucha popular, adquiere aún mayor relevancia en una fase de derrota del movimiento revolucionario, máxime cuando éste, como hoy, se enfrenta a la dictadura terrorista del gran capital y del latifundio.

La teoría y la praxis política de la clase obrera ha conducido a definir dos tipos principales de alianzas, diferentes por sus alcances y mecanismos de implementación: las alianzas tácticas y las estratégicas.

Las primeras, están dirigidas a establecer la unidad de acción transitoria del partido de la clase obrera con otras fuerzas políticas, para el logro de objetivos concretos, sin que medie, por lo tanto, una coincidencia estratégica sobre fines, vías y formas del desarrollo nacional.

Dado el carácter limitado –en los objetivos y en el tiempo de estas alianzas, ellas deben por fuerzas privilegiar la mediación de las direcciones políticas de las clases interlocutoras. En una palabra, son fundamentalmente "alianzas políticas".

Una concepción estratégica de alianza, en cambio, está orientada a conformar un bloque social y político de largo aliento, con fuerzas esencialmente no antagónicas al proletariado desde el punto de vista de sus intereses histórico de clase. La materialización de dicho bloque tiene lugar como consecuencia del desarrollo de una convergencia básica sobre los objetivos generales de un proyecto de transformación social. Ello supone, entre otras cosas, perspectivas también convergentes –aunque no necesariamente idénticas– en la caracterización de la problemática nacional, así como acerca de las vías y medios para la resolución de las contradicciones fundamentales.

Dada la finalidad de las alianzas estratégicas –acumulación de fuerzas y *desarrollo de un gran consenso social y político en torno a las tareas de la* transformación revolucionaria de la sociedad– ellas deben enfatizar la unidad en la base social, de los sectores y grupos coincidentes. A partir de esta unidad básica, tiene lugar el proceso de cristalización de las alianzas políticas estratégicas, cimentadas en torno a un proyecto histórico, destinado a lograr la identificación e integración de los objetivos e intereses de las clases aliadas con los de la clases obrera y a precisar los requisitos y formas de la transición a formas superiores de organización social.

Estos aspectos más generales y abstractos de las políticas de alianzas de clases del proletariado, para ser aplicados al caso de Chile, requieren definir con precisión la situación actual.

La caracterización de la fase específica adquiere especial relevancia para el diseño de la política de alianzas tácticas, sobre todo cuando dicha fase constituye, no sólo un momento histórico singular del desarrollo de las contradicciones sociales, sino la culminación de un proceso de crisis orgánica de la sociedad capitalista dependiente. La ignorancia o desconsideración de la especificidad de la fase puede conducir a peligrosas abstracciones, expresadas en juicios intemporales y en deformaciones subjetivistas o pragmático-empiristas en el diseño y realización de la política de alianzas.

La experiencia del movimiento popular chileno es sumamente ilustrativa a este respecto y permite discriminar entre pactos y acuerdos políticos que conducen a prácticas colaboracionistas por parte del proletariado y aquéllos que constituyen verdaderas políticas de alianzas. Remitiéndonos a lo fundamental podemos decir que la línea demarcatoria entre ambos se encuentra en el grado de autonomía política y de clase que uno y otro permiten al proletariado en el fortalecimiento de sus organizaciones y, en general, en el desarrollo de iniciativas orgánicas y políticas destinadas a crear su propia capacidad

hegemónica.

De la experiencia de colaboración de los partidos de la clase obrera con partidos pluriclasistas sometidos al liderazgo de la burguesía desarrollista, el Partido Socialista extrajo enseñanzas profundas y de vigencia actual, relativas a las condiciones previas al establecimiento de alianzas tácticas.

Dichas condiciones se refieren fundamentalmente, a la imprescindible unidad, de concepción y acción, a lograr en las propias filas de la clase obrera, para que ésta pueda imprimir a dichas alianzas una dirección consistente con los fines tácticos perseguidos, a la vez favorables a sus finalidades de mediano y largo plazo.

Dicha experiencia indica además, que una vez establecida la unidad básica de la clase, como ocurre en Chile por la existencia de la CUT y la unidad de los partidos de la clase obrera, la concretización de alianzas tácticas debe estar supeditada al criterio central de lograr la previa consolidación del bloque estratégico de fuerzas, con centro en una alianza prioritaria; la de la clase obrera industrial-minera con el proletariado agrario.

Nuestra política de alianza estratégica

Nuestra política estratégica de alianzas debe estar dirigida a minar las poderosas bases de sustentación del sistema hegemónico burgués-imperialista.

Fundamentalmente, ella debe estar encaminada a romper la subordinación ideológica de contingentes muy imperantes de capas medias al dominio burgués, con mayor razón cuando nuestra experiencia histórica reciente ha puesto dramáticamente de relieve la extraordinaria significación que reviste el factor ideológico como obstáculo esencial a la incorporación de dichos sectores a un proceso transformador.

En esta perspectiva reside la posibilidad de concebir e implementar una política de alianzas correcta frente a las clases medias. Esta política, tomando en cuenta sus intereses objetivos, debe trascender el nivel de las incentivaciones meramente materiales y corporativas, ofreciéndoles una nueva perspectiva de realización individual y colectiva, al margen y en ruptura con el orden social capitalista.

Deseo, sobre este aspecto, esbozar algunos criterios básicos. Las clases medias y sus diferentes fracciones, son clases intermedias entre la burguesía y el proletariado y, como tales, están en la imposibilidad de organizarse estratégicamente como clase dominante, con un proyecto político propio y autónomo. Por ello no debe extrañarnos que estas clases medias, jamás, en ningún país y en ninguna circunstancia, hayan logrado constituirse en clase hegemónica. Siempre ellas han servido de cobertura a proyectos reformista y populis-

tas de fracciones de la burguesía.

Los comportamientos de la pequeña burguesía están determinados, en esencia, por las relaciones dinámicas de fuerza generadas entre burguesía y clase obrera. Dichas relaciones no pueden experimentar una evolución favorable al proletariado sino en cuanto éste cree una amplia red de alianzas con las demás clases explotadas. En otras palabras, es necesario que se desarrolle la "unidad del pueblo" en torno a la clase obrera, lo que supone que ésta debe generar su propia fuerza, asumir la iniciativa política e ideológica y aspirar a transformarse en clase dirigente de la Nación.

De la experiencia histórica de pactos políticos como fueron por ejemplo, los Frentes Populares, así como de la certidumbre adquirida sobre la invialibilidad de un proceso de liberación dirigido por la burguesía nacional, el Partido Socialista dedujo una concepción propia de política de alianzas estratégicas. Expresión sintética de esta concepción la constituyó la línea de "Frente de Trabajadores". Dicha línea, fundamentalmente correcta, fue concebida como una orientación básica para el diseño de una política que, basada en la autonomía de la clase obrera, condujera al establecimiento de una vasta red de alianzas, sobre todo sociales, pero también políticas, tras la construcción de un bloque estratégico por la liberación nacional, la democracia y el socialismo. Sin embargo, ella ha sido objeto de interpretaciones y aplicaciones restrictivas y sectarias que conducen —en definitiva— a aislar a la clase obrera.

El Frente de Trabajadores, despojado de interpretaciones esquemáticas, mantiene hoy todo su valor, como una reafirmación de la autonomía de la clase obrera, del rol dirigente a que aspira y de la hegemonía que debe construir.

Esta conceptualización, genuino producto de la experiencia de nuestro Partido, constituyó un salto cualitativo de enorme significación para el desarrollo del proceso nacional-liberador. A partir de ella se hizo posible la unidad interna del socialismo y su recuperación doctrinaria, severamente vulneradas por la colaboración de clases y el abandono de la vocación revolucionaria que inspirara a sus fundadores.

Gracias a ella se logró, además, consolidar la unidad de la clase obrera en niveles cualitativamente superiores y organizar bajo su inspiración un movimiento popular, antiimperialista y de orientación socialista cada vez más coherente que, por su amplitud y definiciones, no tiene precedentes en la historia del movimiento revolucionario latinoamericano. Este movimiento, en un periodo de 12 años —a partir de la constitución del FRAP (1957) hasta la creación de la Unidad Popular (1969)— se transformó en protagonista activo y determinante del acontecer social chileno, llegando no sólo a desafiar exitosamente los diferentes intentos de dominación burguesa —incluyendo su variante más audaz, la reformista-desarrollista— sino a convertirse en aspirante,

por derecho propio y por voluntad del pueblo, al poder del Estado, con un programa de profundas transformaciones y clara intencionalidad socialista.

Por ello, la acción e influencia del Partido Socialista ha excedido los marcos de las alianzas políticas ocasionales o de colaboración de clases, dejando una huella profunda en la vida nacional. Internalizó y difundió valores objetivos y juicios que horadaron y restaron coherencia, tanto a la hegemonía oligárquica como a la burguesía-imperialista, hasta culminar, luego de sucesivos desarrollos, en una formulación que integró las grandes aspiraciones nacionales de desarrollo autónomo, con los objetivos populares y democráticos de emancipación económica y social y el ejercicio pleno del poder político.

Nuestra política de alianza táctica

De esta rica experiencia histórica se desprenden lecciones generales para el diseño e implementación de alianzas políticas y sociales, tácticas y estratégicas, tanto para acometer hoy la tarea prioritaria de derrotar al fascismo, como mañana, para retomar el interrumpido camino de la revolución chilena.

En virtud de la complejidad de la fase histórica, determinada por la presencia del fascismo, la política de alianzas tácticas a desarrollar por el Partido y el movimiento popular debe estar dirigida simultáneamente a los siguientes objetivos:

— Producir la máxima acumulación de fuerzas sociales, políticas, militares y de la cultura, en contra de la dictadura terrorista de la gran burguesía.

— Coadyuvar al establecimiento de condiciones favorables para asegurar la mayor convergencia y la máxima unidad de las fuerzas populares, en la lucha por el derrocamiento de la dictadura fascista y por el logro de la Unidad de todo el Pueblo, de todas las fuerzas no comprometidas con las estructuras y relaciones de la dependencia imperialista que, en último término, están en los orígenes del fascismo.

— Favorecer el proceso de robustecimiento y profundización de la unidad de la clase obrera, expresada en el entendimiento básico entre los Partidos Socialista y Comunista, abriendo así nuevas posibilidades para el desarrollo de su necesaria capacidad hegemónica. En la perspectiva de fortalecer la unidad del pueblo, apreciamos, hoy aún más que ayer, el aporte valiosísimo que realiza el Partido Radical, expresión centenaria de significativos sectores sociales de pensamiento avanzado, la Izquierda Cristiana, agrupación revolucionaria de notable consecuencia y lealtad, y los Partidos MAPU y MAPU Obrero y Campesino. La defensa ardorosa de la Unidad Popular implica, por supuesto, rechazar por todos los medios la pretensión de sacrificar la fuerza, unidad y autonomía ya alcanzadas por los trabajadores chilenos, a los objetivos divi-

sionistas y hegemónicos de fuerzas burguesas.

La alianza táctica, como Uds. compañeros del interior lo han dicho, debe ser en esencia no excluyente; antifascista y democrática en sus objetivos, y entendida como "una alianza del combate" orientada a la lucha por el derrocamiento de la dictadura militar.

– La alianza debe surgir de la lucha contra el fascismo y encontrar su expresión en una Plataforma de Lucha y en un Programa Mínimo. En tal sentido compartimos plenamente vuestras proposiciones.

"La alianza de combate" antifascista, por la democracia y la liberación nacional, no sólo constituye el gran imperativo de la hora presente, sino también el instrumento para promover la necesaria convergencia de las vertientes históricas del pensamientos humanista: el marxista, el cristiano y el laico racionalista, tras la perspectiva de enfrentar en conjunto la crisis orgánica de la sociedad chilena.

La propuesta democrátacristiana

A medida que se profundizan las contradicciones del régimen militar y se acentúa la convección de su inviabilidad histórica, las fuerzas política fundamentales del campo opositor a la dictadura exponen sus opciones para organizar la sucesión al fascismo.

Tal cosa ha sucedido con la Democracia Cristiana a través de numerosos documentos de sus dirigentes más representativos. El Partido considera su deber expresar su pensamiento frente a tales enunciados, en atención a las implicaciones que de ellos se derivan.

La Democracia Cristiana ha hecho su propia propuesta para la resolución de la crisis nacional. Los aspectos más relevantes de la misma son, a nuestro juicio, los siguientes:

– La Democracia Cristiana, junto con desconocer el carácter fascista del régimen, no se sitúa en la perspectiva de derrocarlo a través de la lucha.

– La viabilidad de la propuesta DC está condicionada al éxito de una gestión negociadora múltiple, al establecimiento de compromisos parciales con las fuerzas que determinan la viabilidad de su modelo de sociedad post-dictatorial. Con el imperialismo se trata de pactar la nueva forma de dependencia, el contenido de un nuevo experimento de desarrollo asociado, que factibilice el apoyo político y financiera del gobierno estadounidense y de las grandes empresas transnacionales. Con las FF.AA. el compromiso asume la forma preferencial de un pacto institucional y, más específicamente, de un nuevo estatuto de la institución armada, que tienda a consagrar sus funciones

tradicionales de garante del sistema y a reconocerle una considerable autonomía frente a los poderes civiles y al control ciudadano.

Finalmente, le es indispensable concluir "un pacto social" con las clases asalariadas, fundamentalmente urbanas, que sirva la finalidad esencial de contener sus aspiraciones reivindicativas para financiar así el consumo de las clases medias altas y de la burguesía, posibilitado simultáneamente en cierto ritmo de acumulación privada interna.

Digámoslo claramente: el proyecto de la DC está orientado en último término a la instauración de un sistema de democracia pactada, que permita recomponer gradualmente la hegemonía orgánica de la burguesía y ofrezca posibilidades de una revitalización del desarrollo capitalista dependiente. A dicho proyecto la DC aportaría su capacidad para articular una alianza de fuerzas sociales, con asiento en lo fundamental en las clases medias y con extensiones laterales hacia la burguesía desarrollista y sectores de trabajadores. El correlato político de dicha alianza estaría constituido por una coalición de fuerzas que abarcaría desde una "derecha democrática" hasta un "socialismo democrático". La DC constituirá el núcleo dirigente mediador de dicha coalición.

Para satisfacer los requisitos de este proyecto, la dirección DC debe introducir una cuña en la unidad de las fuerzas populares y, de ser posible, como ellos lo dicen, "liberar de sus ataduras con el marxismo totalitario" a las "fuerzas sanas" de la Unidad Popular. Tal sentido y no otro, tienen sus invocaciones a disolver dicha coalición y reemplazarla según sus palabras por la "libre interacción de las fuerzas políticas".

Los actuales documentos de la Democracia Cristiana reactualizan su antigua vocación alternativista al movimiento popular. Ello se expresa, como en épocas anteriores, en su manifiesta intención de dividir a la izquierda y atraer a sectores de la derecha.

El partido Demócrata Cristiano es una fuerza contradictoria, como consecuencia de su naturaleza pluriclasista. Hasta hoy, ha sido su élite conservadora la que ha mantenido el control del Partido, no obstante ser una minoría. Los intereses que ha expresado son, en última instancia, los de la burguesía desarrollista y no los del grueso de su masa o clientela política. Ha logrado, sin embargo, una mediación de tipo ideológico entre ambos sectores, cimentada en su invocación a los valores cristianos y a la agitación anticomunista y antisoviética.

Mundos diversos coexiste en el interior de la DC. Su pluriclasismo colocará a vastos sectores de dicho partido, tarde o temprano, frente a una elección de trascendencia histórica: o hacerse cómplices de la mantención de un régimen social profundamente antagónico con los principios que inspiran al

humanismo cristiano u optar por la consecuencia entre los enunciados ideales y las definiciones concretas.

La alternativa centrista y la socialdemocracia europea

La viabilidad de la propuesta DC está condicionada a cambios significativos en el espectro de fuerzas políticas. En especial, exige una revalorización y revitalización del centrismo laico, en cuanto expresión política de fuerzas sociales hoy día dispersas. La conjunción de estas dos corrientes, el centrismo cristiano y el centrismo laico, constituiría el pilar fundamental, sobre el cual reposaría el esquema centrista de reemplazo a la dictadura.

La derrota de las fuerzas populares y el retorno de la reacción, bajo la forma extrema de la dictadura totalitaria del gran capital, vuelve a suscitar en la DC su interés por recrear las condiciones de su anterior proyecto centrista, esta vez bajo una forma aparentemente novedosa; la de una alianza con un conglomerado de fuerzas de definición ideológica laica, las cuales se supone estarían llamadas a cumplir un papel análogo al de la social democracia europea en la reconstrucción y democratización de la segunda postguerra.

El logro de esta alianza, constitye un requisito sine qua non para aumentar su poder de negociación coyuntural con fuerzas claves en la viabilización de su esquema, vale decir, el ejército y el gobierno norteamericano.

De ser posible esta parte del diseño, ello conduciría, cuando menos al aislamiento, si es que no a la fracturación del núcleo marxista revolucionario que hoy hegemoniza parte significativa de estos sectores laicos.

Ello plantea a la Unidad Popular y a nuestro Partido algunas serias interrogantes que debemos esforzarnos por responder. Por de pronto, está el problema de la viabilidad histórica del intento centrista, como respuesta no sólo al fascismo, sino a las contradicciones del desarrollo capitalista dependiente en nuestro país.

Hay quienes, confundiendo la realidad con sus deseos, suponen que el desarrollo histórico tiene una suerte de movimiento circular. Es así como, junto con extraer conclusiones equivocadas del anterior fracaso del centrismo —tanto en su versión populista como reformista— infieren que la derrota de las fuerzas populares revolucionarias en 1973 y el desarrollo de las contradicciones del régimen monopólico-fascista, restaurarían automáticamente la validez de la opción centrista.

Ello supone una errónea interpretación, que lleva a considerar la experiencia de la Unidad Popular y del régimen fascista como simples accidentes de ruta, anomalías patológicas que es necesario corregir, invocando para ello

el rechazo a lo que denominan "soluciones extremas".

La dictadura fascista de los monopolios no es sólo la forma institucional-política que reviste la contrarrevolución. Es además, y fundamentalmente, un orden político congruente y funcional con el desarrollo capitalista en la fase actual de dominación imperialista. Su contenido totalitario y brutal dimana directamente de las tendencias estructurales de acumulación capitalista, de su carácter antagónico con las instituciones del Estado de "Bienestar subdesarrollado" y con la existencia de un poderoso movimiento popular de clase.

Por ello el test esencial de viabilidad de un experimento centrista debe buscarse, más allá del plano político, en la esfera económica, en su capacidad para conciliar las necesidades objetivas de la acumulación de capital, con una aceptable redistribución del ingreso.

En tal sentido, no hay razones para asignar grandes posibilidades de éxito a la solución de centro. Y no sólo porque un proyecto de esta naturaleza no cuente con la aprobación de la gran burguesía industrial-financiera, dispuesta a reconstituir orgánicamente su sistema de dominación, sino por la simple razón de que en un país empobrecido y endeudado como el nuestro, no hay muchas alternativas en las que fundamentar una política redistributiva amplia.

La Democracia Cristiana tiene claro que la invención de un socio centrista podría contribuir a aumentar los grados de libertad de su diseño, no sólo porque le proporcionaría una mayor audiencia social, sino porque, además, bien podría ser un puente de plata con países capitalistas avanzados, gobernados por la socialdemocracia, movimiento con el cual la DC ha descubierto recientemente profundas coincidencias.

Para ello debe adornar a sus asociados potenciales con atributos ideológicos y políticos que incluyen la denominación de "fuerzas socialdemócratas". Digámoslo francamente. En todo ello hay, más allá del prurito de transplantar artificialmente a nuestra realidad situaciones e instituciones políticas europeas, un considerable abuso de lenguaje. Desde luego, ignora el hecho de que los partidos socialistas y socialdemócratas europeos, en términos generales, son los partidos históricos de la clase obrera del viejo continente. Constituyeron, en sus orígenes, una fuerza revolucionaria que llegó a plantearse, por diversos métodos, la sustitución del régimen capitalista. Posteriormente, en la I Postguerra Mundial, abandonaron explícitamente su tradición revolucionaria anticapitalista, para transformarse —con diversos matices— en una fuerza política para la administración y la reforma de las instituciones del capitalismo desarrollado en su fase monopólica del Estado.

En la actualidad, la socialdemocracia europea vive un intenso dilema, que es reflejo, en su interior, de las contradicciones fundamentales del des-

arrollo contemporáneo. Coexisten en su seno, desde corrientes que preconizan entendimientos programáticos con partidos comunistas, hasta otras que se asignan el papel de promotores del desarrollo capitalista, bajo la orientación de la sociedad de bienestar de masas, sustentada en un considerable desarrollo de las fuerzas productivas y en la solidaridad de intereses estratégicos entre los centros del capitalismo avanzado.

Esta realidad, no obstante su rica y compleja diferenciación, está apuntando a un hecho cardinal: las alternativas de la socialdemocracia europea adquieren su perfil concreto en directa relación con el tipo y grado de desarrollo de las relaciones sociales y de las fuerzas productivas, bajo el capitalismo.

Los grandes partidos socialdemócratas que han optado por su incorporación al "establishment" capitalista, lo han hecho en una fase del desarrollo histórico en que, por una parte, las propias condiciones de funcionamiento del sistema hacían posible y necesaria la incorporación del mundo del trabajo al consumo masivo y en que, por otra, los sectores asalariados habían depositado su representación en manos de los partidos de la socialdemocracia, por su anterior trayectoria revolucionaria y la defensa de sus intereses corporativos.

Lo central y decisivo es que han podido convertirse en partidos de la conservación y de la administración del capitalismo, precisamente porque éste había llegado a su etapa superior de desarrollo, sin mencionar por cierto el hecho, muy significativo, de la ausencia de otros partidos obreros que pudiesen poner en riesgo su control de las masas. En consecuencia han administrado y distribuido lo que ya existía, en virtud de la larga etapa anterior, signada por la superexplotación del proletariado, tanto metropolitano como colonial.

Por el contrario, los partidos socialistas afiliados a la II Internacional, que conservan una potencialidad reformadora, tienen su razón de ser en países capitalistas donde el proceso de desarrollo no ha logrado superar contradicciones importantes, o en que experiencias pasadas de colaboración de clases han amenazado a dichos partidos con la erosión de su base popular, intensificada por la presencia de poderosos partidos comunistas.

Todo ello está demostrando cuán fuera de contexto histórico y por lo tanto artificioso, resulta homologar la socialdemocracia europea y los sectores centristas chilenos que, no sólo no tienen como antecedentes su lucha anticapitalista, ni arraigo en la clase obrera, ni surgen en una sociedad económicamente avanzada, sino que aspiran únicamente —cuando más— a administrar el subdesarrollo.

La dictadura monopólico-fascista, pese a la superexplotación del proletariado, al ejercicio de la violencia sistemática y al monopolio absoluto del poder, no logra exhibir perspectivas halagüeñas, lo cual sólo refleja que el desen-

volvimiento capitalista ha llegado a una fase extremadamente crítica. Su viabilidad última no será ciertamente asegurada por la mediación del centrismo pequeño burgués, incapaz, tanto de impulsar la acumulación capitalista como de superar el capitalismo.

Nuestra respuesta a la Democracia Cristiana

Coincidimos con el Presidente del Partido Demócrata Cristiano cuando señala que una alianza supone "una misma convicción política y moral". Es correcta su afirmación en cuanto a que una "alianza política no puede ser una *masa amorfa*, compuesta de la suma meramente aritmética de movimientos políticos enormemente variados, con tácticas, estrategias y programas antagónicos". Son precisamente estas razones las que, como bien dice la Democracia Cristiana, "hacen incompatible la formulación de un proyecto histórico común" entre el movimiento popular y dicho partido.

Existen profundas diferencias, que los documentos de Andrés Zaldívar y Tomás Reyes —por lo demás— reiteradamente destacan. Ellas emergen de dos concepciones diversas de la sociedad y del mundo, de dos diseños diferentes para organizar la convivencia humana.

Sin embargo, son otras las motivaciones que nos obligan a buscar la más amplia y leal unidad de todas las fuerzas antifascistas y, específicamente, con la Democracia Cristiana. Corresponde a ésta meditar muy serenamente sobre su conducta política en la actual coyuntura y sobre la respuesta que dará al requerimiento que surge de la tragedia que vive Chile.

Si se tiene honestamente la convicción de que el país está siendo llevado a una "grave disolución", como lo denuncia el Presidente de la Democracia Cristiana; si se piensa realmente que "Chile no puede seguir marginado de su historia", como lo afirma Tomás Reyes, la única respuesta consecuente es la lucha resuelta contra la dictadura, ajena a cálculos mezquinos, a exclusiones intolerables o a menguadas aspiraciones de poder. Hay situaciones tan dramáticas en la vida de los pueblos, que sólo una superior voluntad unitaria permite remontar. A una situación de esa índole estamos enfrentados hoy. Chile está siendo demolido hasta sus cimientos. Su sociedad, fracturada culturalmente; su patrimonio, acumulado con el esfuerzo nacional de más de un siglo, destruido; su capital humano, aniquilado por el asesinato, el odio y la miseria.

De allí que, con plena conciencia de las diferencias que nos separan, sin alterar nuestro juicio sobre culpas propias y ajenas y sobre las responsabilidades históricas que nos incumben, no tenemos inhibiciones para invitar a la DC a converger en acciones comunes que configuren una poderosa "alianza de combate" contra el fascismo, cuyo objetivo sea derrocar la dictadura. Si se ha internalizado honestamente la dimensión de la tragedia, no hay excusa para eludir acuerdos sobre acciones concretas que se orienten a abreviarla y a salvar

a la Nación de un colapso irreparable. Tal alianza no compromete la identidad específica de nuestras concepciones. Los socialistas, de modo análogo a como sus dirigentes lo señalan para la DC, "no cejaremos en nuestra lucha ideológica". Más aún, ella nos parece saludable, para precisar ante el pueblo el alcance del entendimiento.

Pero insistimos. Lo esencial para realizar una política de acciones comunes es que exista una voluntad de lucha contra la dictadura por parte de la Democracia Cristiana. No desestimamos el valor de la "denuncia, el testimonio y la persuasión". Pero ello no basta para poner fin a la barbarie imperante. Sólo una fuerza antifascista poderosa, una lucha de masas resuelta y combativa que hostilice incansablemente a la dictadura y la asedie en forma persistente; sólo la acentuación del repudio internacional, pueden crear las condiciones para su crisis y caída. Sólo ello obligará a la burguesía y al imperialismo a buscar una solución substitutiva del proyecto que hoy implementan.

Este es el sentido, la esencia y el alcance del entendimiento que proponemos a la Democracia Cristiana. No abrigamos mayores ilusiones sobre la posibilidad de encontrar hoy una actitud receptiva, creemos que subsisten motivaciones y objetivos estratégicos equivocados que obstruyen tal entendimiento.

Pese a ello, continuaremos propiciando decididamente la concertación de iniciativas prácticas y de acciones comunes en la perspectiva de derrocar la dictadura —ésta o la que la suceda— y, de ser posible, en la búsqueda de bases de acuerdo para resolver la situación generada por la caída del régimen militar.

Valoramos, pese a nuestras diferencias, la vocación democrática, corroborada por hechos y conductas, de sectores significativos de la Democracia Cristiana. Constatamos en ello un signo propicio, que abre posibilidades para impulsar una política unitaria antifascista y para buscar una solución patriótica, popular y democrática al problema de la transición al post-fascismo.

EL SENTIDO DE NUESTRA LUCHA

Compañeros del Partido:

En la importante secuencia de documentos emitidos por vosotros en el interior existe un rasgo invariable que debe enorgullecernos como socialistas: el énfasis reiterado en la valoración de la propia lucha, la constante reafirmación de que sólo la capacidad combativa del pueblo provocará el derrocamiento de la dictadura.

El partido no ha vacilado en alertar sobre el peligro que implica la sobrevaloración de las contradicciones del régimen militar. Así, por ejemplo, en el Manifiesto al Pueblo de Chile, en Abril de 1976, Uds. señalaban: "... existe

en algunos sectores de la izquierda la perpetua visión de una aguda crisis al interior de las FF.AA. Cierto es que la tropa y la suboficialidad sufren la crisis económica, al igual que la mayoría de los chilenos. También es posible que a muchos oficiales formados bajo convicciones más democráticas no les agrade íntegramente el régimen; pero es necesario entender que para que un Ejército tenga quiebres notables, es preciso un marco de crisis política abierta y la acción pública de las clases en pugna hacia la oficialidad y la tropa". Y luego agregar: "Esta situación es inexistente en nuestro país", concluían en la imperiosa necesidad de crear las condiciones para una "crisis política abierta".

Como hemos señalado, concordamos en que la lucha actual exige poner el énfasis en consignas democráticas y antifascista.

En la presente coyuntura adquiere una relevancia trascendente la denuncia implacable del fascismo. La tiranía no cumple su oficio por mera perversión moral. No son sólo un grupo de insanos que actúan por motivaciones patológicas. Son los ejecutores obsecuentes de la política dictada por las clases dominantes.

En consecuencia, bajo ningún pretexto, pueden desligarse de sus responsabilidades individuales, los grandes industriales, banqueros y terratenientes, autores morales y profitadores del régimen fascista y de sus terribles excesos.

Ligar la resistencia antifascista al proceso de toma de conciencia sobre los verdaderos causantes de la destrucción de la democracia, del genocidio físico y de la postración económica, es tarea prioritaria del Partido. Encabezar el combate democrático y antifascista, identificando cada injusticia, cada latrocinio, cada acto de corrupción, con el fascismo, es anticipar las condiciones que permitirán, luego del derrocamiento de la dictadura, avanzar hacia el cumplimiento de los objetivos históricos del pueblo.

Cómo dar forma concreta a esta gran tarea es uno de los temas principales del documento emitido por vuestro Pleno en Septiembre último. La apreciación que ustedes allí formulan, enriquecida por la vivencia directa de la situación actual de Chile, está impregnada de un sano sentido crítico y autocrítico. El análisis realizado por el Pleno, en los capítulos dedicados a las formas de lucha, la evaluación de la coyuntura, el trabajo por frentes, las plataformas de lucha y las banderas agitativas posee, a nuestro juicio, un apreciable valor de orientación.

La lucha del pueblo, factor decisivo de victoria

El fascismo nunca ha sido un fenómeno fugaz. La previsión de su temporalidad obliga a adquirir conciencia de un combate difícil y prolongado. Prematuras expectativas triunfalistas debilitan la capacidad de acción de las masas. Tenemos la obligación de precisar que sólo la intensidad de nuestro

combate , su unidad y su eficacia será lo que en definitiva, acerque la victoria.

La creencia en una restauración próxima del sistema democrático-representativo que rigiera en Chile hasta 1973, constituye una irrealidad política.

El golpe fascista del 11 de Septiembre no fue un simple cambio de gobierno ni un cuartelazo. Fue el golpe contrarrevolucionario más grave y más sangriento en la historia de América Latina. Fue la réplica fascista a un vasto movimiento popular que cuestionó frontalmente el régimen capitalista. Fue el recurso extremo para recomponer la hegemonía burguesa, gravemente vulnerada.

El Chile diseñado por los fascistas contempla un proyecto de muy largo plazo, y tanto la gran burguesía como el imperialismo no vacilarán en su resuelto propósito de llevarlo a término. Sin una coordinación permanente del quehacer ofensivo, sin una política de acciones conjunta de todos los sectores que están contra el fascismo, sin una resuelta voluntad de lucha, el régimen militar no caerá.

Señalar el infundado optimismo de algunos, no implica que tengamos una visión pesimista del porvenir. Por el contrario, la confianza en la madurez política del pueblo nos lleva a enfatizar que es en su capacidad de lucha, donde reside la única y fecunda perspectiva de victoria y liberación. Al honroso historial de lucha de los trabajadores chilenos; a la existencia de importantes partidos de la clase obrera; de una sólida coalición popular; de antiguas tradiciones democráticas, se unen nuevos factores provocados por el fascismo: la actitud resuelta de las iglesias, la radicalización de las masas cristianas, la fuerza creciente del movimiento juvenil, las contradicciones con la DC, los sacrificios impuestos a las capas medias, el gravísimo deterioro de las relaciones con los países limítrofes y el clima internacional adverso, configuran, entre otros elementos, un enorme potencial antifascista que aguarda ser movilizado.

La lucha ideológica: dimensión relevante del proyecto liberador

El desenlace trágico de la experiencia popular nos enseña que todo proyecto revolucionario deberá enfrentar la tenaz resistencia del sistema ideológico dominante y las estructuras represivas del Estado burgués. De esta aseveración emergen dos directivas centrales de acción: horadar y disgregar dicho sistema ideológico y poner fin al monopolio de las armas por parte del bloque reaccionario.

El ataque en la primera dirección exige un análisis científico, acucioso y profundo —hasta hoy no realizado— de la formación social chilena; de sus estructuras y relaciones, en los diversos órdenes y niveles. Ello supone, en especial, analizar la estructura de clases y las relaciones sociales, identificando estratos y fracciones. Lo mismo es pertinente con respecto a las relaciones eco-

nómicas entre las clases; sus intereses y sus *instituciones corporativas*. A partir de allí resultará posible abordar el estudio del universo de valores, representaciones y motivaciones morales y políticas y desentrañar la dinámica del sistema ideológico dominante.

Debemos adquirir conciencia del significado esencial que los factores ideológico-culturales tienen en la conformación de las actitudes políticas de los grupos sociales. En el pasado subestimamos la importancia de estos factores. Si en el futuro pretendemos debilitar y destruir la consistencia de esta trama ideológica, estamos obligados a planificar una permanente y resuelta lucha en el mundo de las ideas que no puede ser emprendida con métodos artesanales. Por el contrario, es ésta una área de nuestra actividad que deberemos encarar con rigor científico, con dominio pleno de las técnicas utilizadas por el adversario, incorporando a nuestro accionar los progresos tecnológicos alcanzados en materia de comunicación de masas.

No luchamos tan sólo contra una ideología generada por una clase social parasitaria, pero nacional. Luchamos contra un sutil diseño, dirigido a homogeneizar las sociedades latinoamericanas bajo un universo cultural foráneo, a adormecer la conciencia de los pueblos y crear una atmósfera social propicia a los intereses del gran capital.

En síntesis: nuestra acción debe orientarse a disputar firmemente la hegemonía, que en el ámbito de la cultura y de las ideas, ha ejercido el bloque dominante durante largos años.

Lograrlo requiere no sólo valor sino, también, una gran imaginación.

Ninguna grieta en el sistema ideológico adversario debe ser desperdiciada. *Nuestra presencia en todas las esferas de la producción y difusión de ideología*, será siempre un elemento de extraordinario valor. Ustedes, que poseen la rica vivencia de la actual realidad chilena, son quienes están en mejores condiciones para descubrir *las mil formas de acción que pueden emprenderse en* la dirección indicada. Aquello que es posible realizar desde el exterior, complementando el trabajo interno, no es tampoco despreciable. Un más hábil e inteligente manejo de los medios de comunicación que llegan hasta Chile y otras formas de propaganda, hasta ahora no utilizadas, puede constituir un aporte considerable.

Si nuestro Partido recoge estas y otras iniciativas y las traduce en un programa concreto y coherente de acción, habremos iniciado un trascendental combate en el terreno ideológico, que iremos intensificando en la medida que las condiciones de nuestra lucha mejoren.

Ruptura del monopolio burgués de las armas: Objetivo esencial

El monopolio de las armas detentado por la gran burguesía es el pilar central en que descansa el régimen fascista.

Por tal motivo, el problema militar es un elemento insoslayable en nuestra reflexión y en nuestro quehacer.

Las concepciones equivocadas del pasado permitieron que se generara una suerte de antimilitarismo, reflejo, que debilitó por décadas la posibilidad de *que nuestro Partido —el más apto para cumplir esta tarea—* lograra superar la división entre movimiento popular y fuerzas armadas.

La preocupación de algunos de nuestros hombres por los temas militares, como por ejemplo Raúl Ampuero, permitió al Partido un cierto avance en estas materias, pero sin lograr traducirlo en una tarea sistemática de toda la organización. Así, cuestiones atingentes a estructuras, programas de instrucción, doctrinas institucionales, y política de defensa y seguridad nacional, permanecieron ajenos a la izquierda. Cierto es que en su declaración de Septiembre de 1969, nuestro Partido dio a conocer al pueblo de Chile las ideas cardinales que, sobre las Fuerzas Armadas, postulábamos los socialista. Posteriormente, el gobierno de Salvador Allende hizo una innegable valoración de los institutos castrenses, confiriéndoles importantes responsabilidades en la dirección del país. Todo ello demostró, sin embargo, ser insuficiente para compensar las carencias señaladas.

Cómo lo hemos expresado, la inexistencia de una política militar fue la más grave omisión de la Unidad Popular. Esta omisión capital permitió elevar a la condición de mitos el "profesionalismo" y "neutralidad" de nuestros hombres de armas, y defundió la ilusión de su prescindencia política y su estricta subordinación al poder civil. Incluso llegamos a olvidar planteamientos contenidos en el Programa Popular, tales como la democratización de las Fuerzas Armadas y el derecho a voto de suboficiales, clases y soldados. Admitimos, además, que se mantuvieran los sitemas de calificación del personal militar de acuerdo a *prácticas tradicionales, sin incorporar la importante evaluación* de las convicciones cívicas de quienes, como oficiales, debían lealtad al gobierno más democrático y libre de la historia de Chile. De la misma manera, toleramos que los servicios de inteligencia de las tres ramas operaran sin ningún control civil, infiltrados por los servicios del Pentágono. Tampoco pudimos impedir la penetración imperialista en el seno de las FF.AA., que continuó llevándose a efecto a través de las "Operaciones Unitas", de las "Escuelas Antisubversivas", del cumplimiento de los "Pactos Militares" y de la actividad de las misiones norteamericanas.

La amarga lección del pasado acentúa la necesidad de que nuestra lucha,

desde ya, esté orientada a modificar las concepciones prevalecientes en América Latina acerca de los ejércitos, sus tipos y funciones.

La redifinición de las Fuerzas Armadas es un prerequisito indispensable en el proceso de liberación de Chile. Debemos iniciar un gran debate de desmistificación de la profesión militar, rompiendo el carácter de tabú que haya tenido para las masas y sus organizaciones de vanguardia.

El Partido Socialista debe plantear, como tarea fundamental de masas, el debate sobre las nuevas Fuerzas Armadas que deberán surgir después de la derrota del fascismo. Junto con impulsar la desarticulación de los mandos fascistas y las contradicciones previsibles en el seno de los centros militares, debemos elaborar una concepción coherente y democrática del sistema de defensa de la Nación, de los intereses estratégicos del Estado y de la estructura y carácter de las Fuerzas Armadas.

Inspirados en la idea de afianzar al pueblo como factor militar estimamos que deben ser los trabajadores, las fuerzas sociales antifascistas, las que precipiten el proceso concientizador al interior de los cuerpos castrenses, impugnando su naturaleza clasista, denunciando su actual función de destacamento al servicio del imperio, impulsando su democratización y haciendo converger sus intereses con los intereses históricos del pueblo chileno. Consideramos, entonces, imperioso formular una política militar, que sea resultado de la participación creadora de todas las fuerzas políticas y sociales antidictatoriales. En ella necesariamente deben estar presentes los sectores de las Fuerzas Armadas que, desde un primer momento, se hayan opuesto a los mandos fascistas, así como aquéllos que, de manera objetiva sumen sus esfuerzos al combate democrático. De enorme valor técnico y moral será el aporte que en la formulación de esta política, podrán entregar los miembros de los institutos armados que, en prisión o en exilio, hayan evidenciado un real compromiso con los mejores valores de nuestra nacionalidad.

La definición de una política militar generada con amplitud democrática y con voluntad antifascista y antiimperialista, exige del Partido una lucha ideológica sin tregua.

Para lograr el adecuado y urgente cumplimiento de estas tareas hemos resuelto editar una publicación especializada, abordando las cuestiones militares. Así cumpliremos con una inaplazable función pedagógica hacia nuestra militancia.
cia nuestra militancia.

El monopolio de las armas en manos del bloque burgués-imperialista no puede ser una situación aceptable para nadie que aspire a una democracia real.

¿Cómo se puede concurrir honestamente a una confrontación democrá-

tica de ideas y propuestas si algunos sectores participan en ella, reservándose el derecho de recurrir a la violencia armada en caso de ser derrotados?

Nuestra respuesta a tan crucial interrogante debe apuntar a una doctrina que permita, simultáneamente, garantizar la defensa de Chile como Estado independiente y el justo derecho de su pueblo a decidir sus destinos sin estar sujeto a la coerción, real o potencial, de una clase que controle los medios represivos. Esta nueva concepción deberá considerar al menos tres elementos básicos: uno, la naturaleza absolutamente democrática de los cuerpos militares profesionales, tanto en cuanto a la extracción social de sus cuadros y a su educación y capacitación, como al control civil permanente sobre sus actividades. Dos, la absoluta independencia de las FF.AA. de cualquier potencia extranjera; su autonomía técnica y operativa, y su exclusiva adhesión a los objetivos nacionales. Tres, el establecimiento, como elemento esencial de nuestra concepción de seguridad nacional, de la Defensa General del Pueblo, esto es, del deber y derecho de todo ciudadano a estar, en diversos niveles y formas, incorporado a la defensa de la Patria. Esta concepción es la única que garantiza que la soberanía popular pueda expresarse libremente, sin estar condicionada por el "arbitraje" de quienes, por tener las armas, indefectiblemente ejercen de facto el poder. La Defensa General del Pueblo es, además, el dispositivo más eficiente de defensa nacional. La experiencia así lo demuestra: un ejército profesional sin un pueblo tras de sí, es un ejército débil, carente de retaguardia real y moral combativa. Resulta sugerente que algunos países de Europa, de gran desarrollo económico, social y político, hayan democratizado su aparato armado, manteniéndolo ajeno a interferencias foráneas y sometido a sistemática versificación civil. Allí, incluso, se ha llegado a un control conjunto de civiles y militares sobre los arsenales de guerra.

Hasta ayer, el recurso a la violencia fue en nuestro país un problema teórico. Hoy, es un trozo dramático de nuestra vida como nación. La figura inmortal de Salvador Allende, luchando junto a un puñado de combatientes en el palacio de los presidentes de Chile, ha pasado a ser un símbolo universal de entereza, de lealtad al Pueblo y a las propias convicciones, pero también, un símbolo elocuente de la violencia criminal de las clases reaccionarias. El ejercicio terrorista del poder por parte de los usurpadores fascistas, ha sido la más rotunda demostración histórica de como la violencia ha sido siempre el recurso último y permanente de las clases privilegiadas. Ello pone al desnudo la grosera impudicia de quienes no sólo utilizan el poder armado del Estado para defender sus irritantes prebendas sino, además, osan impugnar el derecho del pueblo al uso de las armas en legítima defensa de su vida y su dignidad.

Desde cualquier punto de vista, incluido el cristiano, resulta irrefutable el derecho del oprimido a rebelarse contra sus explotadores y tiranos.

La violencia encuentra su origen, no en la mente de los revolucionarios, sino en un orden en esencia inhumano que, por lo mismo, debe hacer de la

apelación sistemática a la violencia el requisito necesario de su perduración.

Como lo hemos expresado una y mil veces, no postulamos la violencia como un fin en sí misma. No es ésta, sin embargo, una cuestión de credos, sino de realidades. Y la nuestra de hoy, la de América Latina, con la excepción de Cuba Socialista, es la de enormes masas humanas, humilladas, hambrientas y explotadas, mantenidas en ignominiosa condición por medio de la violencia desatada.

Concordamos plenamente con Uds., queridos compañeros del interior en orden a que, en este momento, la lucha armada no consitituye la forma de acción principal. Al mismo tiempo, valoramos el que Uds. no soslayen su deber político y patriótico de explicitar, ante el pueblo, nuestro pensamiento sobre el uso de la fuerza. No podían asumir otra actitud, dejándose guiar por estrechas consideraciones tacticistas. Ninguna causa grande y justa, comenzando por nuestra gloriosa gesta nacional emancipadora, ha renunciado a ella de antemano.

EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Compañeros de la Dirección:

La dimensión global del Partido Socialista se aprecia con mayor nitidez en el exterior. Difícilmente podíamos imaginar, en la agitada actividad de ayer y en nuestro pequeño y distante país, la enorme audiencia que el socialismo chileno encuentra en el ámbito del mundo progresista. Cabe preguntarse: ¿Por qué esta acogida generosa y solidaria a un partido como el nuestro, que no tiene tras de sí el respaldo de ninguna organización internacional?. La respuesta debemos buscarla, a no dudarlo, en la esencia íntima del Partido, escudriñando en sus orígenes, reconstruyendo sus luchas, recordando sus acertos, sus grandes intuiciones; reconociendo los perfiles que le imprimieron un sello diferente en el acontecer de Chile y de América.

Lo que hemos sido

El Partido Socialista no nació por la simple y lúcida intuición de algunos jefes revolucionarios. Emergió del seno de las masas para responder a una exigencia social y ocupar un vacío político que otras organizaciones existentes no estaban en condiciones de llenar.

Nació y maduró como un partido revolucionario, antiimperialista, obrero, de masa, internacionalista, autónomo para definir su camino, profundamente unitario. Las corrientes que confluyeron en su gestación se identificaron en una resuelta voluntad transformadora. Su adhesión al marxismo fue creadora y dinámica recusando toda asimilación dogmática y consignista. Hizo suyos los objetivos históricos del proletariado, recogiendo la insurgencia de

los campesinos y las inquietudes de vastos sectores medios, de los intelectuales y de la juventud.

Inmerso en la realidad nacional y haciendo suyas las mejores tradiciones de nuestro pueblo, no escatimó su generosa contribución a la solidaridad internacional, incorporando a ella un sello latinoamericanista.

Fue y es un partido independiente. Nació levantando banderas autónomas frente a las grandes corrientes del movimiento obrero internacional. Desde estas posiciones entregó su aporte a la lucha por el fortalecimiento y la unidad de las fuerzas socialistas y de los movimientos de liberación.

Fue y es un partido con auténtica vocación de poder. Ella estuvo presente en sus orígenes, en la República Socialista, posteriormente en los gloriosos días del Gobierno Popular y hoy inspira todo su quehacer político. Aspiró y aspira a ser la fuerza dirigente de la lucha de los trabajadores por la renovación económica y moral del país.

Sus rasgos unitarios han dejado una huella profunda en la evolución política de Chile.

Son estas singularidades las que plasmaron la personalidad política e ideológica del Partido Socialista, las que hicieron en él una colectividad difícilmente identificable con otros partidos y organizaciones del movimiento obrero y revolucionario mundial.

Hoy, en instantes de repliegue podemos y debemos rescatar el aporte del Partido al debate teórico-político producido en las pasadas décadas. Frente a las cuestiones más importantes de la problemática revolucionaria —nacional, continental y mundial— el Partido Socialista hizo planteamientos que mantuvo con sorprendente constancia histórica y que el tiempo se encargó de confirmar. Desde posiciones marxistas denunció el stalinismo como una deformación del socialismo; defendió la necesidad de la plena autonomía de los movimientos revolucionarios para elaborar sus concepciones tácticas y estratégicas. En relación a ello, postuló la diversidad de vías y formas para la construcción del socialismo; definió certeramente el carácter socialista de la revolución chilena y latinoamericana y la vinculación orgánica de sus tareas de liberación nacional con las de construcción socialista; denunció la incapacidad de la burguesía chilena para encabezar un proceso de auténtica afirmación nacional, independiente y democrático; planteó correcta y oportunamente el problema de la vía de acceso al poder, en instantes en que esta cuestión parecía irrelevante. Finalmente, formuló los lineamientos de una política de alianzas, que cautelaba la hegemonía y los intereses del proletariado, rechazando la colaboración de clases con la burguesía emergente, colaboración que sacrificaba la autonomía táctica y estratégica del movimiento popular y su propia cohesión interna.

En nuestro Partido confluyeron desde temprano elementos ideológicos originales, que permitieron una síntesis entre las aspiraciones y objetivos de un movimiento propiamente de liberación nacional, y los de un partido de la clase obrera, con definida orientación socialista y revolucionaria. Del primero extrajo la inspiración patriótica y liberadora; su carácter eminentemente popular y democrático; el énfasis de la proyección creadora de las grandes tradiciones nacionales, en un sentido humanista y revolucionario; la intuición temprana de la existencia de una comunidad de intereses y destinos de los pueblos latinoamericanos; su estrecha vinculación con los Partidos y movimientos de liberación del Tercer Mundo, en especial del continente.

Del segundo heredó, no sólo los fundamentos doctrinarios del marxismo, la teoría científica del proletariado sino, además, el profundo espíritu crítico que la impregna; su rechazo al esquematismo y al dogmatismo. Su insistencia en la unidad de la clase obrera como factor primordial del impulso transformador y su honda convicción de que, en definitiva, sólo la toma del poder por los trabajadores y el socialismo pueden resolver los problemas de Chile.

La lucidez del Partido en el plano de las grandes definiciones teórico-políticas y su gran audiencia en las masas se han visto, sin embargo, contrarrestadas por vicios e insuficiencias que han obstaculizado seriamente su quehacer. No es nuevo en los documentos partidarios el reconocimiento de nuestros defectos. Pero ahora, enfrentados a la tragedia de nuestro pueblo, se trata no sólo de reconocerlos, procediendo a una severa autocrítica, sino de transformar la reflexión teórica en acción concreta. Es éste no sólo un imperativo moral, sino un requisito impuesto por las duras condiciones en que luchamos hoy, que nos enfrentan a exigencias sin precedentes.

Coincidencias políticas y superación orgánica

Compañeros:

Con satisfacción hemos constatado la amplia coincidencia entre nuestras proposiciones de Septiembre pasado, con los planteamientos formulados por la Dirección Interior, en el mismo mes.

Este fenómeno, por cierto alentador y significativo, expresa la consistencia de nuestro acervo ideológico y la continuidad del pensamiento del Partido.

Tal convergencia se acentúa singularmente en la definición de las opciones más trascendentes: así, el carácter de la revolución, el problema de la vía y formas de lucha, y las exigencias de una correcta política de alianzas, son percibidas desde similares perspectivas, con iguales conclusiones.

— El Partido concuerda en que el proceso revolucionario tiene un decurso único e ininterrumpido, en el que se entrelazan dialécticamente tareas y objetivos diferentes. Hay coincidencia en que en este proceso hay etapas, y en que el enemigo principal de hoy es el fascismo.

— En términos generales se concluye que formas de violencia armadas estarán presentes en nuestro proceso liberador, pero advirtiendo que, en la coyuntura, la actividad central reside en la lucha política y de masas.

— La unidad socialista-comunista es aceptada por todos como el centro neurálgico de nuestra política de alianzas; y hay coincidencia en que la Unidad Popular es una conquista histórica del proletariado, plenamente vigente, que es necesario fortalecer, aunque reformulándola, para que pueda responder a las nuevas exigencias.

Estamos de acuerdo en que tal unidad no es suficiente para enfrentar la coyuntura antifascista; que es imprescindible movilizar nuevos sectores políticos y sociales; ateniéndose al principio leninista de unidad y lucha.

— En otros aspectos, el Partido ha coincidido en la conceptualización del carácter fascista de la Junta Militar y en la necesidad de marchar hacia la instauración de un orden socio-político definido por Uds. como "Democracia del Pueblo", en la etapa posterior a la caída del régimen militar.

— En la ponderación de la coyuntura internacional existe la misma identidad de criterios. Ella se expresa en la común valoración de los términos de la correlación de fuerzas a nivel mundial, en su proyección negativa en la vida actual de América Latina y en la imperiosa necesidad de considerar el momento continental en la opción revolucionaria. En el mismo plano, se aprecia el papel determinante que en las luchas de liberación tiene la comunidad de países socialistas y la necesidad de que el Partido afirme su presencia en ellos, acentuando, simultáneamente, su vinculación con los movimientos de liberación de Asia y sobre todo de Africa. Del mismo modo, existe unanimidad para evaluar ciertos cambios positivos ocurridos en el seno de partidos socialistas y social-demócratas del occidente europeo, y en la conveniencia de que el Partido promueva relaciones fraternales con los mismos.

No es posible, sin embargo continuar refiriéndonos a estas coincidencias sin hacer una breve alusión a la denominada "Coordinadora Nacional de Regionales". Si nos atenemos a su documento de respuesta a "Cuestiones Primordiales de Definición Política y Orgánica" aprobadas en Septiembre pasado por el Secretariado Exterior, debemos concluir que sus planteamientos se han distanciado considerablemente del pensamiento global del Partido, expresado en las resoluciones del Pleno de La Habana y en los documentos mencionados.

La "Coordinadora Nacional de Regionales" desconoce la dirección del

Partido y se ubica, de hecho, fuera de nuestra organización. Pensamos que ello es saludable, toda vez que las discrepancias sustanciales existentes han terminado por hacer inútil y perjudicial la permanencia de ese grupo en el seno de nuestra colectividad.

La "Coordinadora Nacional de Regionales" incurre en un subjetivismo maximalista poco coherente que la conduce, entre otros errores, a plantear el objetivo último como inmediato. Como resultado de ello deduce una política de alianzas inconsistente, que constituye una verdadera requisitoria en favor del aislamiento. Recusa como aliado al Partido Comunista invocando las "diferencias estratégicas" que de él nos separarían y desconoce la vigencia de la Unidad Popular. De esta manera, termina reconociendo como único interlocutor válido al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Si bien en algún instante la "Coordinadora Nacional de Regionales" pudo justificarse, como una instancia orgánica determinada por la desarticulación transitoria de la dirección interior, su pretensión última de erigirse en dirección partidaria y la promoción inútil de organismos paralelos al Partido dentro y fuera del país la han configurado claramente como fracción. Y como tal, no tiene cabida en nuestra organización.

Por otra parte, no podemos continuar ignorando, por más tiempo, la existencia de un esfuerzo localizado, orientado a desarrollar en el seno del Partido una tendencia de derecha, ajena a su ser político e ideológico. El es alentado por la situación general de reflujo y, como consecuencia de ello, por el desplazamiento del centro de gravedad del cuadro político.

La importancia de este esfuerzo no está determinado por la autoridad, real o ficticia, de quienes lo propugnan o por la audiencia que pudieran encontrar en nuestras filas. Dice, más bien, relación con el hecho de que, podría ser instrumentalizado por fuerzas externas al Partido y a Chile, con el objeto de dividir al socialismo y, con ello, al movimiento popular.

Hemos creído oportuno enfatizar esta sustantiva convergencia política —salvo las situaciones marginales aludidas— pensando que ello ha de facilitar extraordinariamente la impostergable tarea de repensar al Partido en sus estructuras orgánicas, procedimientos y hábitos a fin de transformarlo en un eficiente instrumento revolucionario.

Prácticas disolventes y fuerza conductora

En el plano orgánico se han dado algunos pasos positivos. Pero es aquí donde más queda por hacer.

El partido debe fortalecer los mecanismos del centralismo democrático establecido en sus Estatutos. Ciertamente no pretendemos, ni jamás lo hemos

deseado, que este principio básico de nuestra organización se convierta en una suerte de "centralismo burocrático". Pero tampoco podemos aceptar que el peligro de esta deformación se use como pretexto para impedir la aplicación conciente, y rigurosa de nuestras normas orgánicas, sólo así será posible poner témino a las actividades de tipo fraccionalista que existen en el Partido. Todos estamos de acuerdo con la urgencia de erradicarlas. Pero ello, en último término, se traduce en la condenación de las prácticas fraccionalistas de otros, emitiendo las propias. El método correcto no puede consistir en rechazar un fraccionalismo apoyándose en otro fraccionalismo. Todos son condenables y deben ser sancionados, independientemente los unos de los otros. Para ello es preciso fortalecer los mecanismos —y sobre todo la voluntad política— para aplicar estricta e imparcialmente la disciplina partidaria. Ella no está destinada a acallar opiniones que tienen cabida a través de los canales orgánicos del Partido. Por tanto, resulta inaceptable el argumento que tolera la indisciplina, bajo el pretexto de defender la democracia interna. En definitiva, esta actitud tiende a convertir a todo sancionado en una suerte de "víctima", y a toda dirección sancionadora en un organismo de matriz supuestamente "stalinista". Tenemos muy claro lo que significó para muchos partidos revolucionarios el desarrollo del burocratismo en su seno y la adopción de prácticas stalinistas. Debemos estar siempre vigilantes para que ello no ocurra entre nosotros. Pero, en el otro extremo, sigue vivo el riesgo de la anarquía, de la indisciplina, del fraccionalismo, de las prácticas personalistas, del estilo liberal de conducta, por lo demás, incompatibles con las urgencias de la hora actual. El Partido no podrá jamás transformar su pensamiento en acción eficaz si vive en una suerte de "eterno Congreso", en que todo es sometido a debate y crítica permanente y ningún acuerdo o decisión se respeta.

En el hecho, el obstáculo más serio que ha impedido que el socialismo chileno se transforme en real fuerza dirigente, encuentra su origen en estos problemas. Ellos contribuyen, no sólo a dañar muy seriamente nuestra unidad interna y nuestra capacidad operativa, sino a restarnos coherencia y credibilidad.

El Partido dispone de una enorme fuerza potencial. Ella emana de su acervo histórico, de la reiterada necesidad de su existencia, de su arraigo en el pueblo. De aquí surge, insistente y lacerante, la crucial interrogación; ¿y si no tuviera los vicios y defectos que entorpecen su quehacer? La respuesta es inequívoca: seríamos capaces de una acción mil veces más rica y fecunda. Nuestras enormes potencialidades se transformarían en avasalladora fuerza real.

Esta es la tarea cardinal de hoy: realizar un esfuerzo denodado para extirpar prácticas y hábitos disolventes; para lograr la impostergable unidad orgámica y de acción; para realzar nuestras virtudes y emplear creador y eficazmente nuestros valiosos recursos humanos; para asegurar al Partido el sitial conductor que por necesidad, herencia y vocación le corresponde.

Un mandato ineludible: Unidad Política Orgánica y de Acción

Después del golpe fascista, cuando el pueblo yacía aún desorientado y nuestros militantes eran práctiamente "cazados" por los aparatos represivos de la dictadura con el fin de asesinarles o encarcelarles; cuando nuestras estructuras partidarias fueron golpeadas y desarticuladas; cuando una parte significativa de nuestros cuadros superiores y medios debió buscar refugio fuera del país para evitar la muerte o la tortura, pareció a muchos que la vida del Partido Socialista estaba prácticamente en extinción. Coincidieron con ello los aparatos publicitarios de la dictadura y algunos pequeños sectores de la izquierda que, erradamente, pretendían fundar sus aspiraciones alternativistas en la supuesta desaparición de las vanguardias históricas de la clase trabajadora.

Hubo, ciertamente, destrucción de parte importante del aparato partidario. Un alto porcentaje de nuestro Comité Central fue asesinado o encarcelado, dos de nuestros Comités Regionales fueron fusilados muertos o llevados en masa; miles de nuestros militantes fueron a campos de concentración. Se generó también un vivo proceso de discusión interna que remeció hasta sus cimientos al Partido. Pero hemos resistido la represión y hemos tenido la fuerza y cohesión suficientes para soportar la crítica externa y la aguda autocrítica interna, no siempre justas.

La dictadura no ha logrado destruir ni paralizar al Partido. Su estructura de dirección se ha mantenido ininterrumpidamente en el interior mediante el reemplazo de los cuadros caídos. En el exterior, dispone de una organización que ha estado en el centro de la actividad solidaria y del esfuerzo por aislar internacionalmente al fascismo.

Sin un propósito menguado, simplemente por establecer una verdad histórica podemos decir, con dolor y con orgullo, que el Partido Socialista ha estado siempre en la primera fila del combate, desde el mismo 11 de Septiembre de 1973. Desorganizado y sorpendido, combatió y resistió ese día y los siguientes, en campos y fábricas, escuelas y poblaciones; en los edificios públicos, en el Palacio de La Moneda. La lista de nuestros mártires es interminable y todos ellos han escrito páginas inolvidables de la lucha popular. Salvador Allende en La Moneda protagonizó uno de los episodios más gloriosos de la historia americana y del movimiento obrero internacional. Junto a él combatieron y fueron asesinados dos miembros de nuestro Comité Central, Arsenio Poupin y Eduardo Paredes y un puñado de cuarenta combatientes, casi en su totalidad militantes socialistas. Arnoldo Camú, Luis Norambuena y Víctor Zérega entregaron sus vidas dedicados a la tarea de fortalecer la resistencia. José Tohá escribió una página de lealtad incomparable en las cárceles fascistas. Eduardo Charme fue acribillado hace algunos meses en plena realización de actividades partidarias. Orlando Letelier fue ultimado en el exilio, cuando cumplía, con singular eficacia, las tareas revolucionarias, encomendadas por la Dirección.

También presentes tenemos a nuestros gloriosos desaparecidos: Ponce, Lorca, Lagos, Mancilla, Boettinger y las heróicas Michelle Peña y Carolina Wiff, quizá algunos de ellos asesiñados por la dictadura. Miles de socialista han llenado las cárceles de Chile y los campos de torturas y muchos de ellos aún continúan sometidos a prisión. Carlos Lazo y Eric Schnake; Sandor Arancibia y Robinson Pérez, miembros de nuestro Comité Central los primeros y dirigentes del Partido los segundos, sostienen con fe indestructible las rojas banderas socialistas en las mazmorras de Pinochet. Hacer justicia y recordar a todos sería una tarea literalmente imposible. Algún día lo hará el pueblo y ello tendrá para nosotros un valor insustituible.

Esta gesta gloriosa; esta lucha tenaz y sin cuartel contra el fascismo, por la defensa de los destinos de Chile, ha sellado con sangre la identidad del Partido con el Pueblo. Ella constituye un jalón de honor en el camino de lealtad, combate y sacrificio que nos señalaran Matte, Grove, Schnake y Allende.

En ella adquiere su dimensión más sublime el mandato de nuestra Historia.

Sobre esa Historia y la epopeya actual de nuestros mártires, descansa nuestra legitimidad para aspirar a la conducción del pueblo en su marcha hacia la liberación definitiva.

Aquí reside la clave de nuestro ascendiente moral y político.

Pero aquí reside, también, un categórico imperativo que no nos es posible eludir.

Seamos dignos de esta herencia de gloria. Encontremos en ella la fuente de inspiración, de energía y voluntad para producir el gran salto cualitativo que ha de permitir erigirnos en fuerza dirigente, en una organización capaz de señalar nuevos rumbos y nuevos métodos, de aspirar a una profunda renovación de la vida social, moral y política del país.

Asumamos ese mandato. El nos exige lograr, sin más demora, la ***unidad orgánica, la unidad política y la unidad de acción del Partido.***

El interior y el exterior:
Instancias orgánicas de la Dirección única del Partido

También parece oportuno reiterar nuestro pensamiento sobre una cuestión orgánica, cuya naturaleza ha generado problemas graves: el de la Dirección.

Ya en Diciembre de 1974, en una extensa carta que dirigí al compañero Exequiel Ponce, adelanté algunas proposiciones, ratificadas unánimemente

por el Pleno de La Habana, con representación del Interior. Ellas han pasado en la hora presente a recobrar especial validez y urgencia.

La experiencia de los tres últimos años ha confirmado la justeza de aquellas proposiciones, replanteando una situación a la que debemos dar pronta y correcta respuesta. No es posible enfrentar con eficacia la lucha antifascista manteniendo una estructura direccional separada en dos compartimentos, vinculados sólo esporádicamente y cuya representatividad, debilitada por el transcurso del tiempo, disminuye sus capacidades operativas.

Es forzoso buscar mecanismos que, a la mayor brevedad, permitan al Partido, a pesar de las enormes dificultades existentes, generar una nueva dirección.

En estricto rigor, hoy día existen dos instancias de dirección cuyos vínculos no son todo lo estrechos que sería deseable: una en el interior de Chile y otra en el exterior. La primera detenta una legitimidad "de hecho", derivada de haber sostenido y dirigido, con ejemplar heroísmo y tenacidad, la lucha del Partido en Chile. La segunda, en cambio, integrada por los miembros del Comité Central que están fuera del país —38 en total— basa su legitimidad "de derecho" en haber sido elegida en el último Congreso Ordinario del Partido, celebrado en Enero de 1971.

Pensamos incurrirían en un gravísimo error quienes creyeran que basta la legitimidad "de hecho", que es suficiente la autoridad moral adquirida en la resistencia y lucha contra el fascismo en el interior del país. No ponemos en duda esta autoridad moral. Ella es inmensa y justificada. Pero no debemos olvidar que igual autoridad poseen los demás militantes que han permanecido en Chile y han tenido una participación activa en la lucha. Tal es así, que este mismo argumento es esgrimido por grupos que pretenden arrogarse la representación partidaria.

Bien podría ser que mañana, nuevos grupos, invocaran iguales razones. Su título suficiente para dirigir el Partido fuera oponerse a la dictadura dentro de las fronteras nacionales, su invocación tendría —cuando menos— validez formal. En esta eventualidad ¿cuáles serían los criterios objetivos para aceptar a unos u otros como dirección?

Quiero decirlo con absoluta claridad: si la única dirección legítima del Partido no fuera la elegida en el Congreso de la Serena, todos los grupos, fracciones o tendencias que participan en la lucha dentro del país, podrían reclamar esa legitimidad.

Indudablemente, no basta "la legitimidad de hecho".

A su vez, no puede escapar al criterio de nadie que tampoco basta la au-

toridad exclusivamente fundada en la legalidad estatuaria. A este respecto es necesario tener muy presente que la actual Dirección, por una parte, ha asegurado la continuidad orgánica del socialismo viéndose, por otra, en la absoluta imposibilidad de celebrar un Congreso para sancionar un nuevo C.C.

Esta Dirección ha realizado un importante trabajo, que nadie honestamente, podría desconocer: se ha hecho un aporte material significativo a la lucha del interior; se ha impulsado y organizado la solidaridad concreta con el Partido en Chile y con nuestros militantes perseguidos, torturados o encarcelados; se han realizado numerosas campañas para obtener la libertad de nuestros presos y desaparecidos; se ha contribuido a aislar política y diplomáticamente a la Junta Militar; se está ejecutando un importante programa destinado a elevar el nivel ideológico y técnico de nuestros militantes; se ha establecido, en fin, una amplia red de relaciones internacionales, que es y será de importancia decisiva.

Todo ello, sin embargo, es insuficiente. Como hemos expresado a lo largo de toda esta extensa comunicación, lo fundamental es la lucha en el interior del país. Por ello, es básico estrechar mucho más aún las relaciones entre los centros interior y exterior, de modo de generar orgánicamente una dirección única, que disponga de legitimidad, cohesión y activa presencia, tanto dentro como fuera del país.

Pensamos que en el exterior existe una disposición ampliamente mayoritaria de los miembros del Comité Central para llegar a una solución de este tipo.

Desatar una pugna estéril entre el exterior y el interior sería un acto de extrema irresponsabilidad. Fenómenos de esta índole han tenido lugar en situaciones históricas semejantes, en otras organizaciones políticas, afectando incluso a Partidos Comunistas, caracterizados por una estricta disciplina. Tenemos la superior obligación de hacer todos los esfuerzos para evitar la disgregación del Partido. Por lo demás ella no afectaría sólo al socialismo sino, a través suyo, a todo el movimiento popular, constituyendo un presente gratuito a la dictadura, a la CIA y demás organizaciones empeñadas en estos objetivos divisionistas y antipopulares.

No ignoramos la magnitud de los problemas que obstaculizan la celebración de un Congreso. Con todo, es nuestra obligación hacer los mayores esfuerzos para encontrar la fórmula que permita, de alguna manera, la expresión de la voluntad partidaria.

En mi opinión la Dirección del Partido debe ser una. Sólo ello puede asegurar una conducción centralizada y eficiente. No podemos permitirnos ni siquiera el atisbo de una dualidad de poderes.

Esta dirección deberá fucionar, por imperio de las circunstancias, con una sección dentro del país y otra fuera de él. Sus integrantes estarán en Chile o en el exterior según lo exijan las condiciones y las tareas a realizar.

— La dirección debe generarse sobre la base de un criterio de amplia renovación, no sólo en términos de funciones, sino también de personas. Por cierto, tal criterio incluye al Secretario General.

— La mayoría de la Dirección debe estar en el interior. Fuera de Chile debe mantenerse una sección con un número muy reducido de miembros, de acuerdo a la entidad y naturaleza de las tareas que deban realizarse.

Al conjunto de la Dirección corresponderá aprobar las líneas políticas fundamentales, concurrir a la cooptación de miembros cuando las circunstancias lo exijan, convocar a instancias orgánicas superiores y, en general, dilucidar todas aquellas cuestiones que tengan una influencia decisiva en la vida del Partido.

Los miembros de la Sección Interior de la Dirección Unica del Partido tendrán plena autonomía para decidir todos los asuntos que digan relación con la implementación, en Chile, de la estrategia aprobada, así como de los problemas orgánicos y disciplinarios allí generados.

Los miembros de la Sección Exterior de la Dirección Unica del Partido tendrán plena autonomía para decidir todas las cuestiones atingentes a la organización del Partido y la solidaridad en el exterior.

La tarea esencial del Partido en el exterior debe consistir en mantener y desarrollar el apoyo logístico a la lucha en el interior del país. En este ámbito, y en tanto que retaguardia necesaria e imprescindible del combate antifascista, deberá estimular la solidaridad del mundo e incentivar el cerco internacional a la dictadura, procurar los recursos económicos necesarios al sostenimiento y ampliación de la lucha antifascista; y preparar los cuadros políticos y técnicos que ésta requiera.

— Por su parte, la Sección Interior de la Dirección Unica del Partido debe, pese a las extremas dificultades que plantea la lucha clandestina y en uso de sus atribuciones exclusivas, disponer de los mecanismos de consulta que permitan traducir lealmente las distintas posiciones sustentadas orgánicamente dentro de Chile.

Si bien he impugnado categóricamente la dudosa intencionalidad de quienes han cuestionado la legitimidad de la dirección sobreviviente a la derrota comparto el criterio de que su autoridad se ha debilitado con el transcurso del tiempo. En consecuencia y como lo he expresado reiteradamente, se hace urgente generar una nueva dirección que suceda, con legitimidad de hecho y de

derecho a la designada en La Serena. Sólo en torno a ella puede regularizarse la vida del Partido.

– Finalmente, creo necesario puntualizar mis opiniones frente a ciertas opciones concretas, que dicen relación con el Pleno del C.C. que hemos decidido citar para una fecha próxima, previa consulta con Uds.

No podemos mantener por más tiempo la ficción de la operatividad de un Comité Central compuesto por más de cuarenta dirigentes, esparcidos en diferentes puntos del globo, incluyendo Chile. A nuestro juicio, el próximo pleno del Comité Central debiera delegar la plenitud de sus funciones en un reducido número de miembros —no más de cinco, excluídos los suplentes— quienes, por un plazo transitorio, y en conjunto con los miembros que compongan la dirección interior, conformarían la Dirección Unica del Partido. Su mandato duraría un periodo no superior a tres años. Dentro de ese lapso, dicha dirección debería arbitrar las medidas necesarias para convocar a un Congreso. Si tal evento no puediera efectuarse en el plazo indicado, el Comité Central recuperaría el ejercicio de sus funciones. Estos cinco miembros y/o sus suplentes, integrarían el Secretariado Exterior.

En otro orden de ideas, deseo dejar establecido que no creo constituya un problema serio el de la representación del Interior en el próximo pleno del Comité Central. Sólo estimo importante que esa representación exprese, de alguna manera, las posiciones orgánicamente planteadas en el seno del Partido en Chile.

Queridos compañeros de Chile:

Nuestro pueblo ha vivido horas de inmensa tragedia. El Partido atraviesa los momentos más duros de su historia.

Hoy, enfrentado, a la brutal adversidad tiene, por extraña paradoja, la oportunidad de superar sus arraigados vicios y defectos. Por la fuerza de las circunstancias, el Partido en el interior vive y trabaja en la clandestinidad. Ella ha impuesto hábitos que no poseíamos en el pasado; ha obligado a establecer formas y estructuras de organización aptas para la lucha ilegal; ha abierto posibilidades de superar viejas deformaciones electoralistas y resabios de asambleísmo.

De igual modo, se ha visto forzado a prescindir de la necesidad del caudillo. La práctica de casi cuatro años lo ha acostumbrado a guiarse por una dirección colectiva, anónima, integrada por nombres desconocidos o de combate; a transferir su adhesión desde la persona —valiosa o no— a los planteamientos y conductas políticas. Este es un factor de indudable superación partidaria.

En no menor medida, las difíciles condiciones de la resistencia han obli-

gado al ejercicio metódico de la reflexión; han impreso un indispensable realismo a la acción partidaria, frenando las tendencias al subjetivismo y al voluntarismo.

Todo ello tiende a enriquecer la organización partidaria, a unirla y fortalecerla. La horas que vivimos son, por cierto, horas de tragedia, de dolor, de muerte.

¡Qué no transcurran en vano! Hagamos de ellas la gran ocasión para poder, desde el seno del pueblo, resurgir un día, junto a él, mejores, más fuertes, más socialistas.

¡VENCEREMOS!

INFORME DEL SECRETARIO GENERAL CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO AL PLENO EXTRAORDINARIO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Argel, marzo de 1978.

En Enero de 1971, el Partido celebró -en Chile- su último Congreso General Ordinario. El marco histórico en que emergía la nueva Dirección era por cierto auspicioso. Por primera vez, en Chile y América, un militante Socialista, elegido por sufragio universal, ocupaba la Presidencia de la República.

Aquella Dirección tomaba sobre sí la formidable responsabilidad de intentar la transición al socialismo, a través de una vía política institucional nunca antes intentada. Posteriormente, el desenlace sangriento de la experiencia revolucionaria le reservaría una tarea tanto o más difícil: la de absorber la arremetida desvastadora de la dictadura, reorganizar las estructuras partidarias seriamente desarticuladas y hacerlas aptas para encabezar la resistencia al fascismo.

De hecho, el mandato del Comité Central elegido en La Serena se ha prolongado durante siete años. Es algo más que un tiempo largo. Y, sin dudas, el período de la historia nacional más rico en vivencias creadoras y dramáticas. El más luminoso y el más oscuro. En él se concentraron la movilización generosa y esperanzada de las masas proyectadas a la conquista de una sociedad superior y la regresión implacable de las clases dominantes, empecinadas en preservar sus privilegios.

Los requerimientos estatutarios debieron ceder ante la exigencia inapelable de los hechos. Al prolongar su mandato, la Dirección que en este Evento deberá cesar en sus funciones asumió un deber superior ineludible. Fuimos Dirección, y lo somos hasta hoy, por el imperio de circunstancias superiores que no han permitido promover un reemplazo estatutario necesario.

Ausente hasta hoy la alternativa de convocar a un Congreso que asegure una efectiva y democrática participación de las bases, corresponderá a este Pleno asumir legítimamente las funciones de aquel. Por lo demás, es el único organismo en aptitud para hacerlo.

En estas circunstancias, tanto los miembros en ejercicio del Comité Central elegidos en La Serena, como los representantes de la Dirección Inte-

rior aquí reunidos, son la única expresión real y posible de la soberanía partidaria.

Tenemos el deber ineludible de asegurar la continuidad histórica de la legalidad partidaria.

En consecuencia, la Dirección, que nosotros procederemos a elegir será la Dirección única y legítima del Partido Socialista de Chile.

Este es el compromiso fundamental que inspira la convocatoria a este Pleno Extraordinario.

A mi juicio, deberá ser ésta también la ocasión para reafirmar el pensamiento que el Partido ha venido elaborando con creciente y casi sorprendente coincidencia, dentro y fuera del país. La Línea Política aprobada en el Pleno de La Habana, en Abril de 1975, se ha enriquecido con aportes valiosos, orientados todos en sus líneas medulares a salvaguardar la identidad histórico-político del socialista chileno, a reafirmar su resuelta voluntad de autonòmía y a diseñar los grandes trazos de una propuesta socialista para Chile. Ella se proyecta -en primer lugar- en las conclusiones de los Plenos celebrados por la Dirección Interior en Agosto de 1976 y en Abril de 1977; en "Cuestiones Cardinales de Definición Política y Orgánica", aprobadas por el Secretariado Exterior en Septiembre de 1976; y en las proposiciones planteadas por el Secretario General en el "Mensaje a los Socialistas del Interior de Chile", en junio pasado.

Se ha estructurado así, en tiempos y latitudes muy diversas, un pensamiento extraordinariamente coincidente frente a los grandes interrogantes a que deberá responder una línea política para el socialismo chileno, en un período próximo. Los avatares de la lucha antifascista nos están entregando un caudal inapreciable de pensamientos y de acción: conciencia revolucionaria, experiencia clandestina, trabajo orgánico, hábitos y métodos de lucha, que hasta ayer nos eran desconocidos. Se está gestando, dentro y fuera del país, una importante promoción de cuadros, tanto a través de la capacitación sistemática a que la solidaridad internacional nos ha dado acceso, como en la lucha diaria contra el fascismo en Chile. En síntesis, se está moldeando un capital humano que nos permitirá construir una poderosa y eficiente vanguardia revolucionaria, una auténtica fuerza dirigente del pueblo de Chile.

Camaradas del Pleno:

En Noviembre del año pasado, en la reunión que sostuvimos con miembros de la Dirección Interior del Partido, entregamos criterios y apreciaciones diversas en relación con los problemas existentes entre la Dirección Interior y Exterior. En esa oportunidad señalé, una vez más, mi voluntad de no postu-

lar nuevamente a la Secretaría General por el período que este Pleno inaugurará. Ahora deseo reiterar esta misma decisión para evitar cualquier suspicacia o calificación anticipada de intenciones sobre nuestros juicios. Además, porque es ésta la ocasión de plantear con extrema y fraternal franqueza, todos y cada uno de los problemas que afectan la vida del Partido.

CUENTA

No es mi intención entregar, en esta ocasión, una cuenta pormenorizada y cronológica sobre la actividad desarrollada por el Comité Central que me ha tocado presidir durante el período transcurrido entre Enero de 1971 y Febrero de 1978.

La gloriosa experiencia revolucionaria que tuviera como protagonista a la Unidad Popular y al Pueblo de Chile, bajo la Presidencia de Salvador Allende, ha sido objeto de un intenso debate que, ciertamente, no se ha agotado. La Dirección Interior del Partido entregó una opinión en el documento "Al Calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria", emitido en el mes de Marzo de 1974, tan sólo cinco meses después del golpe fascista.

Al cumplirse un año del derrocamiento del Gobierno Popular, en Septiembre de 1974, di a conocer mis criterios frente a la interpretación que me merecía ese relevante período histórico, en el artículo titulado "Reflexiones Críticas sobre el Proceso Revolucionario chileno". Posteriormente, tuve la oportunidad de efectuar un nuevo planteamiento en mi informe al Pleno del Comité Central celebrado en Abril de 1975, en La Habana, con participación de la Dirección Interior del Partido. El Pleno no se pronunció en definitiva sobre esa parte del informe, entendiendo que no podía ni debía adoptar un criterio "oficial" sobre un tema que continuaría siendo, por largo tiempo, objeto de estudios y análisis de la mayor trascendencia.

En Mayo de 1977 fue publicado el libro "Dialéctica de una Derrota", entregada a impresión en Agosto de 1976, en el que, in extenso, he expresado mis puntos de vista sobre las causas de nuestra derrota.

En consecuencia, aprovecharé esta ocasión no para reiterar lo ya escrito y dicho, sino tan sólo para insistir sobre algunos aspectos esenciales que servirán de fundamento a las nuevas definiciones políticas.

En cuanto a las tareas realizadas en el exterior entre el 11 de Septiembre de 1973 y hoy, de las que por lo demás se ha informado oportunamente en documentos, informativos y circulares partidarias, deseo aquí tan sólo sistematizar los criterios básicos y centrales, políticos y orgánicos, que han servido de pauta de orientación de nuestro trabajo. Durante estos cuatro años hemos tratado de asumir, con particular coherencia, honestidad y fran-

queza, los criterios centrales que expondremos a continuación.

El balance de lo ocurrido entre 1973 y 1978 en el interior del país, y la actual situación del Partido en Chile, será entregado por los Compañeros miembros de la Dirección Interior que concurren a este Pleno.

EL PARTIDO SOCIALISTA Y EL GOBIERNO POPULAR

En el Informe que entregamos al Pleno de La Habana, en Abril de 1975, ensayamos un juicio crítico y autocrítico del quehacer del Partido y de su Dirección en el período comprendido entre el ascenso y la caída del Gobierno Popular.

Cuando celebramos aquella reunión la experiencia revolucionaria era todavía historia fresca y, quizás si por ello, fácilmente distorisionable. Indisimuladamente se vinculaba la derrota a errores que directa o indirectamente eran atribuidos al Partido Socialista.

Sin contarse aún con una perspectiva histórica adecuada y sin la serenidad necesaria para liberar el análisis de interferencias personales y subjetivas, diversas interpretaciones se orientaron más a ratificar juicios y posiciones pre-establecidos que a profundizar objetivamente en la compleja maraña de los factores que incidieron en la derrota del movimiento popular.

En el transcurso de estos últimos cuatro años, innumerables dirigentes y cientistas políticas de todas las latitudes, combatientes revolucionarios de diversas orientaciones, han intentado dar una respuesta objetiva, real y coherente a los interrogantes fundamentales planteados por la singular experiencia que protagonizamos entre 1970 y 1973. A esta altura del tiempo existen elementos de juicio suficientes como para separar lo accesorio de lo principal en la urdiembre de hechos y acontecimientos que convergieron en el desastre revolucionario y en el golpe fascista.

Tenemos la obligación de precisar -una vez más- la entidad y naturaleza de los errores que efectivamente nos son imputables para elaborar así, libre de prejuicios o juicios equivocados, una correcta línea política y asumir con propiedad nuestra condición de fuerza dirigente y vanguardia revolucionaria de la Nación Chilena.

CRITICA Y AUTOCRITICA DEL PASADO

Más allá de la necesidad de evaluar el papel que el Partido jugó en el Gobierno Popular - lo que por lo demás ya hemos hecho en numerosos documentos -, quiero insistir, en esta oportunidad, sólo en algunos aspectos centrales que explican nuestro fracaso. Ellos dicen relación con dos temas básicos:

a. Carencia de una estrategia de poder, y
b. Insuficiente valoración del rol de los factores super estructurales en la sociedad chilena.

El Problema del Poder

El movimiento popular careció de una estrategia de poder. No tenía una política militar propiamente tal ni había elaborado un plan de defensa del proceso revolucionario y del gobierno constitucional.

Lejos de ello, y a la luz de toda una larga tradición histórica y de exitosos avances iniciales, se fue generando una confianza creciente en la factibilidad de un camino que no había madurado ni en la teoría revolucionaria, ni menos en la práctica política, por el cual avanzábamos -sin embargo- en acto temerario de improvisación. Una línea estratégica apenas esbozada, expresión más de un deseo que de una concepción meditada, terminó por adquirir una suerte de consistencia teórica y científica: la vía no armada, pacífica o política-institucional.

A este respecto cabe agregar que el pensamiento de los partidos obreros chilenos se había bifurcado, en el curso de las dos últimas décadas, en la aceptación ya sea de la *"vía pacífica"* o *bien de la "vía armada"*, como caminos de acceso al poder. Ambas alternativas, concebidas como excluyentes, carecieron de un desarrollo teórico-político riguroso. Su aceptación o rechazo se hizo sobre la base de análisis que hoy tendríamos que calificar de primarios o elementales, de la imitación de otras experiencias, de elaboraciones ajenas y, en parte también, de intuiciones políticas expresadas en una suerte de "sentido común revolucionario".

Ello no fue suficiente, en ninguno de los dos casos, para elaborar concepciones acabadas, maduras, basados en el convencimiento real y profundo de las grandes masas atraídas por el movimiento popular y que dieran cuenta, satisfactoriamente, de los complejos interrogantes y coyunturas creados por la dinámica revolucionaria liberada por el proceso transformador.

Así tomó cuerpo la más definitoria y generalizada desviación del proceso, desviación de carácter reformista basada en una idealización fetichista de la flexibilidad de la democracia liberal burguesa para posibilitar y coadyuvar a la transformación de las estructuras socio-económicas básicas y de las relaciones de poder. Esta actividad estuvo asociada, en planos más específicos, a la negación del principio marxista acerca de los límites objetivos de la presunta vocación "legalista" y "democrática" de las clases dominantes; a la incomprensión del carácter contradictorio, es cierto, pero con fuertes determinaciones de clase de las instituciones del Estado, y a la perduración y racionalización del mito histórico sobre el "profesionalismo" y el "apoliti-

cismo" de nuestras Fuerzas Armadas.

Es cierto que, en general, el Partido Socialista tuvo una visión estratégica más realista del problema. Creíamos y seguimos creyendo que la organización institucional chilena, en modo alguno ajena a las luchas heroicas y prolongadas de nuestro pueblo, tuvo aptitudes para reglamentar y admitir, no sin conflicto, procesos parciales de transformación socio-económica y política. Pero jamás hasta el punto en que dichas transformaciones, por su profundidad e intencionalidad, llegaran a cuestionar las bases materiales y políticas del orden social en que dicho ordenamiento jurídico descansaba.

Todas las declaraciones, documentos y apreciaciones partidarias elaboradas en el curso de los años anteriores al ascenso del movimiento popular y los más apremiantes formulados durante el Gobierno de Salvador Allende, reafirmaban una y otra vez una concepción estratégica basada esencialmente en la previsión de la ruptura revolucionaria del sistema de dominación y alertaba sobre la ingenuidad de seguir insistiendo en un camino que la contrarevolución hacía intransitable.

Sin embargo, una vez más los aciertos estratégicos del socialismo chileno se estrellaban con su incapacidad para llevar adelante una práctica consecuente con sus análisis y previsiones teóricas. Su debilidad orgánica, su falta de homogeneidad, la insuficiente formación de sus cuadros, no superada al calor de la experiencia revolucionaria, le impidieron implementar, por sí solo, una concepción que el desenlace de los acontecimientos confirmaría trágicamente.

Insuficiente ponderación de los factores superestructurales

En la praxis del Partido Socialista, así como de la izquierda en general, hubo una acusada subestimación del rol decisivo que juegan los factores superestructurales en un proceso transformador. En nuestra opinión ello respondió, de una parte, a una percepción mecanicista de las relaciones funcionales entre estructura económica y superestructura política, ideológica e institucional. En nuestro caso específico agravadas, además, por la prevalencia de concepciones esquemáticas acerca de la vía armada de acceso al poder. En la medida en que "el asalto al poder" solucionaba por la fuerza los problemas relativos al dominio de la "conciencia social", la preocupación en torno a éstos resultaba relativamente superflua.

Estas insuficiencias, que se proyectaron tanto en la acción política como en la elaboración teórica, marcaron en gran medida el trasfondo de la experiencia revolucionaria de los años 70 al 73.

Sólo en el esfuerzo por hacer avanzar el proceso fuimos comprendiendo cuán sólidos, tenaces y resistentes eran los factores ideológicos-culturales

e institucionales. El desenlace terminaría por demostrarnos, en primer lugar, que el mundo de las ideas, mediaciones y representaciones colectivas goza, respecto de la estructura, de una autonomía mayor y más amplia de lo que una asimilación dogmática de la teoría y la práctica social revolucionaria nos había enseñado.

La burguesía y el imperialismo concentraron la defensa de su status en la fortaleza del bloque ideológico-cultural que habían venido consolidando a lo largo de siglo y medio de historia republicana. Allí se parapetaron y desde allí iniciaron su contraofensiva, en definitiva victoriosa: en las instituciones del Estado, en el dominio de los instrumentos de comunicación de masas, en la educación, en la manipulación inteligente de los valores, motivaciones y temores de las capas medias.

En definitiva, una de las causas fundamentales de la derrota residió en nuestra notoria incapacidad para responder correctamente al inmenso desafío que nos planteaba la sólida consistencia del universo de valores que, en conjunto, constituyen el sistema burgués-imperialista de hegemonía.

El Gobierno Popular concentró su esfuerzo de análisis y de movilización en el área de las transformaciones estructurales de la economía, entendiendo que mientras mayor fuera allí el avance, más irreversible sería el proceso.

Ello era en gran medida inevitable y correcto. Pero, en ausencia de claras ventajas iniciales en la correlación de fuerzas sociales y políticas y en previsión de la agudización del conflicto institucional -incluido básicamente el militar-, ello exigía desde muy temprano una acción meditada, enérgica y hábil en el orden superestructural, sin lo cual la línea central de la estrategia -las transformaciones estructurales-económicas- corrían serio peligro.

Indudablemente, la más relevante demostración de la magnitud de esta insuficiencia teórica estaba determinada por la ausencia de una política correcta hacia las capas medias. Frente a ellas el movimiento popular y, en especial el Partido Socialista, mantuvieron en general una actitud dogmática, ignorando el peso específico que ellas tienen en sociedades como la nuestra. Nunca nos interesamos por asumir la complejidad de su peculiar sistema ideológico que, siendo distinto de la burguesía está, sin embargo, poderosamente influído por él.

De diferentes maneras se intentó garantizarles que las transformaciones proyectadas no afectarían sus intereses corporativas. Esta fué una forma restringida y economicista de intentar una alianza con los sectores medios. Intento que, amén de tardío, se basaba en el supuesto de que la magnitud y persistencia de su apoyo estaría en relación más o menos directa con la magnitud de los beneficios materiales percibidos.

Esa política ignoraba los mecanismos ideológicos que dificultaban y distorsionaban considerablemente su comprensión -con cuánta mayor razón su adhesión- a un proceso de cambio radical.

Esta es una de las más relevantes lecciones de la derrota popular. Todo empeño por atraer a los sectores medios estará condenado al fracaso a no ser que se erosione la consistencia del "sistema hegemónico" que las atrapa. Más que excitar su egoísmo y satisfacer sus aspiraciones materiales, debemos tratar de integrarlas a un proyecto de vida distinto al que están subordinadas. Tarea ésta de largo aliento, que debe estar en el centro de cualquier propuesta política que aspire seriamente a construir el socialismo.

En relación con las insuficiencias teóricas que acabamos de mencionar, dos debilidades en nuestro discurso ideológico-político se destacaron con singular nitidez y deben constituir, por tanto, temas de altísima prioridad en nuestra reflexión actual: por una parte, la ausencia de una concepción coherente sobre las relaciones entre socialismo y democracia; por otra, una evaluación del papel y contenido de instituciones superestructurales tan significativas como la Iglesia y las Fuerzas Armadas.

La existencia en Chile de lo que podríamos denominar una "situación democrática", fué valorada por la izquierda como un hecho natural, casi como un "dato de la causa". Permitimos así que en la lucha ideológica pasara prácticamente desapercibido el rol fundamental que al movimiento popular le había correspondido en la instauración y perfecionamiento de las instituciones democráticas.

El avance y extensión logrados en el desarrollo del sistema democrático- representativo chileno fueron -sin lugar a dudas- fruto de la acción de las fuerzas transformadoras, y muy en especial, consecuencia de nuestro propio empeño. Sin embargo, la insuficiente valoración de nuestra propia historia, y de las heroicas luchas de la clase obrera y los campesinos nos llevó, en una u otra forma, a confundir la crítica a la democracia burguesa con el menosprecio a la existencia de formas democráticas de organización social en general.

La democracia, en el capitalismo, indudablemente genera una notoria falta de correspondencia entre la situación de los individuos en cuanto objetos de las relaciones de producción y en cuanto ciudadanos, titulares de derechos políticos formalmente expresados en el ordenamiento jurídico. Como productores, la enorme mayoría de la población se encuentra en situación de abierta desigualdad frente a la ínfima minoría, constituida por las clases dominantes. Como ciudadanos, en cambio, disfrutan de un estatuto de aparente igualdad. Es este elemento el que otorga a la democracia burguesa el carácter de "democracia formal". Ello no significa, sin embargo, que su formulismo sea absoluto y que, por el hecho de ser "formal",

esté completamente vacía de contenido.

La mejor prueba de esta afirmación lo entrega la propia historia, la nuestra entre otras: son las clases dominantes, las que invariablemente han destruido la democracia, cuando ésta ha colocado en peligro el sistema. Son las clases explotadoras las que han avasallado sistemáticamente la democracia en América Latina y, a partir de 1973, en Chile.

Los elementos de formulismo que caracterizan la limitada democracia burguesa no invalidan el concepto mismo de democracia. La democracia no es un lujo al que sólo tienen derecho las sociedades industrializadas altamente desarrolladas. En la gran mayoría de los casos, el empeño democrático, la lucha por las libertades fundamentales, es una bandera irrenunciable en la lucha de los pueblos de todo el mundo por su independencia, el progreso y por una vida mejor.

En nuestro continente, la gloriosa Revolución Cubana desarrolló la primera etapa de su lucha sustentando banderas democráticas, lo que permitió a sus líderes y organizaciones dirigentes fundar la hegemonía que hasta hoy detentan en la sociedad. De esta manera, a nuestro juicio es errado sostener que sólo en las sociedades avanzadas, con largas tradiciones políticas e institucionales, el problema de la democracia es fundamental, mientras que en las sociedades subdesarrolladas o en proceso de desarrollo los problemas girarían en torno al imperativo de satisfacer las necesidades materiales más esenciales. Hasta hoy, la verdad es que no existe democracia en casi ningún país del llamado Tercer Mundo. Postulamos, sin embargo, que tanto en las sociedades ricas como en las sociedades pobres el avance al socialismo está ligado a la profundización de nuevas formas de convivencia democrática.

Ciertamente, la gran mayoría coincidirá en enfatizar las diferencias en las situaciones históricas entre una democracia parlamentaria europea, expresión de un país económicamente avanzado, y las formas políticas de un país africano, atrasado y pobre, sin tradiciones civiles y con instituciones extraordinariamente precarias y concordará, por lo tanto, en que las formas de la democracia, el curso de su desarrollo y ampliación, deberán ser diversas en uno y otro lugar. No obstante, cuando abandonamos los casos extremos y nos adentramos en el análisis de sociedades latinoamericanas, el análisis se torna más complejo. Dentro de ellas existen, por cierto, diferencias no despreciables. Algunas se acercan a los casos extremos de pobreza material e inmadurez institucional. Otras en cambio, -la chilena entre ellas-, se aproximan más a sociedades del tipo de las de Europa Mediterránea.

¿Cómo deberá plantearse en los países semi-industrializados de América Latina el problema de la democracia? Es éste un tema sobre el que creo indispensablemente provocar una seria reflexión. Por de pronto es indudable

que un país como el nuestro está muy lejos de asemejarse a una nación que recien rompe sus ataduras coloniales, con niveles educacionales bajísimos, con una estructura económica apenas incipiente. Pero, por otra parte, tampoco es asimilable, lisa y llanamente, a una sociedad europea avanzada. Existen en nuestro continente -y Chile no escapa a ellos- contrastes extremos, enormes masas marginadas y agudas contradicciones de clase, que no es posible superar mediante la acción de "Un Estado de Bienestar" apoyado en un desarrollo capitalista autónomo de tipo europeo.

Por todo ello, no es posible asimilar nuestra situación a la de una sociedad del occidente europeo, ni transplantar de allí, mecánicamente, líneas de acción política y de propuesta social. La profundización de la democracia hasta hacerla integral y completa, y el avance hacia el socialismo que constituye su marco y requisito, constituyen en Chile tareas que requieren un esfuerzo teórico y político de gran profundidad.

A la incorrecta apreciación mencionada, unimos una insuficiente comprensión del fenómeno religioso, de indudable trascendencia en la sociedad chilena y, como ya lo hemos expresado, de la cuestión militar.

La vida política chilena no alcanzó a despojarse de la carga polémica heredada del siglo XIX y de los comienzos del siglo XX, proveniente del enfrentamiento de los sectores laicos con una Iglesia parapetada tras posiciones integralistas. En mayor a menor medida, los partidos de la clase trabajadora fueron herederos naturales del laicismo masónico, que constituyera un elemento importante en la problemática ideológica de la sociedad chilena durante tantos años. Por otra parte, la Iglesia no podía escapar a un fenómeno similar, visualizando a la izquierda como una amenaza a la fe religiosa y a su propia seguridad institucional.

Los fenómenos políticos de los últimos años -la histórica victoria de la Unidad Popular y su acción de gobierno y, posteriormente, el entronizamiento del fascismo -marcaron un punto de inflexión en la actitud cristiana frente al acontecer social. Dicha toma de conciencia, gestada lentamente en los años anteriores, germinó allí y ha continuado en un proceso de enorme trascendencia. Ese proceso - la sensibilización de las masas cristianas ante la problemática social y la tendencia a comprometerse con opciones de mayor justicia social - tendrá un significado cualitativamente diverso sólo si somos capaces de superar los prejuicios del pasado y de actuar en conformidad a una política de principios, impregnada de modestia y honestidad, que contribuya a ampliar los horizontes de la conciencia cristiana, ofreciendo vías de realización a sus ideales humanistas.

Por razones diversas, de origen muy variado, nuestra actitud del pasado estuvo también impregnada de connotaciones "antimilitaristas". La justificación de ellas debe concentrarse, en esencia, en el rol objetivo que

en el contexto continental han jugado los ejércitos, como también en el esquema de nuestras coordenadas teóricas. Todo ello nos llevó, prácticamente, a renunciar a un espacio político esencial de acción en el plano de la cuestión militar. Envueltos en un círculo del que no supimos desprendernos a tiempo, nuestra actitud permitió alimentar aquellos elementos que, directa o indirectamente, estimulaban el progresivo distanciamiento entre nuestro ideario y el de los hombres de armas transformado hoy, por designio del imperialismo y la burguesía, en una doctrina, en una ideología totalizadora, en una concepción aberrante del Estado y de la Sociedad.

Hechos estos breves alcances sobre las lecciones del pasado, nos referiremos a continuación a los criterios anteriormente mencionados, que han orientado y presidido nuestro quehacer en el exterior en estos cuatro años.

CRITERIO UNO.

El Socialismo Chileno es una fuerza política históricamente vigente, con validez y perspectivas propias.

Desde el momento en que nos incorporamos a las tareas de la resistencia en el exterior, atribuimos especial preocupación a la necesidad de vertebrar un pensamiento que salvaguardará la vigencia histórica del Partido y preservara de las contingencias del exilio, la autonomía política y conceptual que le dio vigorosa presencia en las luchas populares y revolucionarias de Chile y de América Latina.

El 1° de Enero de 1974, cuando recién abandonábamos el país, fijamos en La Habana, ante corresponsales de prensa de todo el mundo, las líneas gruesas de un proyecto político adecuado a la nueva realidad generada por la irrupción fascista.

Las posiciones enunciadas en aquella entrevista fueron posteriormente desarrolladas en diversos documentos e intervenciones públicas. En Agosto de 1974 escribimos en Belgrado el artículo "Reflexiones Críticas sobre el proceso Revolucionario chileno", cuyo objetivo central fue salir al paso de concepciones que, dentro y fuera del Partido, cuestionaban su vigencia histórica y pretendían descargar sobre él la responsabilidad de la derrota.

En dos extensas cartas dirigidas al Compañero Exequiel Ponce (Septiembre y Diciembre de 1974), junto con formular los planteamientos generales anteriormente señalados, rechazamos "Es pretensión de mediatizar los postulados doctrinarios e ideológicos del Partido y de desconocer su aporte específico, propio o insustituible en la hora presente al proceso revolucionario chileno y mundial", pretensión implícita en el documento de Marzo de 1974, de la Dirección Interior.

En particular cabe destacar la significación que, en la maduración del pensamiento político del socialismo chileno, tuvo el Pleno de La Habana, de Abril de 1975. El constituyó un salto cualitativo en la formulación de un proyecto de línea política sobre la cual fundamentar nuestras decisiones tácticas e identificar nuestros objetivos estratégicos en la presente fase histórica. Imposible sería desconocer que después de la derrota de 1973 y hasta el Pleno de La Habana, nuestro Partido carecía de una orientación política central.

Hasta ese instante sólo existían análisis parciales, tales como el documento de Marzo de 1974 de la Dirección Interior que, como sabemos, era fuertemente resistido por los militantes de dentro y fuera del país.

Las mismas proposiciones anteriores fueron reinteradas en un extenso documento dirigido al Secretariado Exterior, en Septiembre de 1976, titulado "Cuestiones Primordiales de Definición Política y Orgánica", y en forma mucho más elaborada, en el "Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile", de Junio del pasado año. En todos los documentos referidos existe una consecuencia fundamental, una idéntica línea política, una misma respuesta a los problemas del Partido y a los que en el plano estratégico y táctico se plantean en la lucha por la reconstrucción democrática, la liberación nacional y el socialismo.

En Agosto del año antepasado (1975), entró en prensa el libro "Dialéctica de una Derrota". Sin falsa modestia, creo que él constituyó un intento serio por enfocar globalmente la experiencia revolucionaria de los años 1970 a 1973, y el de las luchas venideras, desde una perspectiva objetiva, unitaria y auténticamente socialista. Sus preposiciones condensan un pensamiento político que expresa - a mi juicio - el sentir de la abrumadora mayoría de nuestros militantes, excepción hecha - por cierto - del izquierdismo maximalista y del oportunismo de derecha. Ese libro fue escrito no para satisfacer inquietudes literarias sino para cumplir una exigencia política: la de dar a conocer al mundo, desde una perspectiva socialista, no sólo una experiencia que había conmovido a la humanidad entera, sino también destacar la significación del socialismo chileno como fuerza política, autónoma, popular, democrática y revolucionaria, enraizada en nuestra realidad nacional y continental; reivindicar su vigencia en las luchas del presente y el valor de su aporte teórico-político al debate siempre abierto en procura de una respuesta totalizadora a los problemas de Chile y de América.

Es un alegato, si se quiere apasionado, en defensa del Partido. Una exhibición descarnada y fría de sus vicios, de sus debilidades e insuficiencias, a la vez que un reconocimiento de sus grandes aciertos y virtudes. A través de sus páginas, intentamos demostrar cómo los grandes problemas de la temática revolucionaria de nuestros días - tanto en América como de Europa fueron creativamente anticipados por el socialismo chileno. Reivindicamos el carácter dinámico del marxismo, la necesidad de aplicarlo, no como un

dogma hibernizado y seco sino como un instrumento de permanente creación revolucionaria. Destacamos el enorme significado de que el Partido Socialista hubiera elegido, desde sus inicios, el camino difícil de la autonomía y al mismo tiempo se hubiera esforzado por valorar y comprender las experiencias revolucionarias de otros pueblos.

El mismo pensamiento, la misma continuidad en el esfuerzo de afirmación partidaria, ha sido expresado por el Secretario General en los más relevantes foros de las organizaciones democráticas; progresistas y revolucionarias del mundo. Hemos concurrido a más de una veintena de Congresos de Partidos Comunistas, Socialistas y Social-Demócratas de Europa y de Organizaciones políticas de países No Alineados. Hemos llevado la voz del Partido a eventos solidarios de la más alta jerarquía. Hemos participado en foros universitarios, en seminarios de variada naturaleza, en tribunas interparlamentarias y en innumerables conferencias de prensa. Hemos sostenido un fructífero intercambio de opiniones con gobernantes y con figuras del mundo político e intelectual. Hemos sido escuchados en importantes autitorios políticos de América, Africa y del Viejo Continente y nunca la posición de nuestros interlocutores nos forzó a acomodos oportunistas o complacientes.

Por cierto, no han escapado a nuestra preocupación las consecuencias deformantes que el exilio puede tener, sobre todo en el plano ideológico, sobre una base militante tan ampliamente diseminada por el mundo. Sin embargo, podemos afirmar con satisfacción que el grueso de nuestros camaradas, su abrumadora mayoría, han enfrentado con entereza y con un alto grado de conciencia política y compromiso patriótico las influencias negativas de los diversos medios en que les ha correspondido actuar. En razón de ello podemos asegurar que, a pesar del exilio, nuestra organización no ha perdido su carácter de Partido Revolucionario de la clase obrera, profundamente nacional y de irrenunciable vocación latinoamericanista.

El Partido - estamos convencidos - no asumirá las posiciones de los partidos social-demócratas europeos, como tampoco renunciará a su identidad histórica, adoptando concepciones que caracterizan a algunos partidos comunistas.

Si hemos sostenido y afirmado insistentemente la vigencia histórica del Partido, lo hemos hecho porque detrás de esta insistencia se oculta una problemática compleja, que resulta imposible reducir a un mero sentimiento de fidelidad institucional o a una apasionada voluntad de autoafirmación.

Más que probablemente la mayoría de los socialistas estaremos de acuerdo en reconocer la importancia crucial del papel que el Partido ha jugado y deberá seguir jugando en la vida nacional. El consenso tiende a desdibujarse, sin embargo, a la hora de explicar las razones de ese papel, predo-

minando enfoques más o menos parciales, que van desde los marcadamente emotivos hasta los que consideran la vigencia y presencia del socialismo chileno casi como una inevitabilidad histórica.

Creemos que no es ésta una cuestión accesoria. Estimamos, por el contrario, que la reflexión sistemática y crítica en torno a nuestros orígenes y a nuestra persistencia - única en América Latina - puede iluminar aspectos importantes de nuestra trayectoria y de nuestra acción, no con propósitos de análisis sociológicos o historiográfico, sino para apreciar los elementos trascendentes de la misma y evaluar con realismo las diferencias entre lo que hemos sido y somos y lo que decimos o queremos ser. No es ésto una cuestión desprevista de urgencia. La meditación sobre el carácter del Partido, su estilo de trabajo y conducción, su imágen social (que, forzoso es reconocer, excede con mucho el ámbito de lo puramente orgánico) posee importancia decisiva para el logro de nuestros objetivos.

Dicho esto, podemos afirmar que en la base de nuestra vigencia histórica y de nuestra presencia social es posible identificar factores diversos, que no se hallan en estado puro e inmutable, sino en permanente y dialéctica interacción.

Ya en los orígenes partidarios, tantas veces destacados, podemos visualizar esa imbricación de elementos objetivos y subjetivos, esa articulación eficaz de la exigencia social y política del momento, con la capacidad de interpretación y representación de las tendencias históricas de la sociedad chilena, de sus intereses y contradicciones de clase, del sentir popular y nacional, unida a una clara voluntad de conducción y de poder.

A nuestro juicio, estos factores de vigencia no poseen una actualidad siempre asegurada. Con tanta mayor razón cuando las condiciones del combate revisten una dureza extrema o cuando la magnitud de los reveses experimentados lleva a militantes de nuestras propias filas a posiciones que, de una u otra manera, tienden a menoscabar - por acción u omisión - el significado del Partido como factor decisivo en la resolución de la crisis nacional.

Rescatar, enriquecer y actualizar esa dialéctica primigenia; comprender que no obstante la objetividad de ciertos factores, lo decisivo termina siendo la aptitud para conformar una verdadera identidad política, a la vez que profundamente nacional decididamente internacionalista; para interpretar, representar y conducir a la clase obrera y sectores mayoritarios del Pueblo, resurgiendo sus aspiraciones y necesidades más profundas; para ofrecer alternativas originales y realistas a los graves problemas del Pueblo y de la Nación, con fe en el hombre y su destino. He aquí las razones últimas de nuestra vigencia y de nuestra presencia.

Esta es nuestra profunda convicción. Son precisamente, estas " singularidades " las que garantizan su rol conductor en el proceso transformador.

Son estas individualidades, estos rasgos especificos, los que nos dieron presencia en el Chile de ayer y las que nos aseguran un rol protagónico en el Chile de mañana. Son todas ellas,en su conjunto, las que garantizan su vigencia histórica.

Porque hemos creído y seguimos creyendo con fe profunda en el destino del Partido Socialista, es que hemos defendido los valores específicos de su realidad histórica su empeño por superar debilidades e insuficiencias ideológicas y sobre todo orgánicas, y por reformularse como eficiente vanguardia proletaria y popular, sólida y creadoramente fundamentada en las grandes ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, Hemos respondido con oportunidad y firmeza a toda pretensión, interna o externa, de imputarle responsabilidades desmedidas. Pero tampoco hemos eludido, como partido y como dirigentes, una justa y dura autoccrítica, tal vez la más exigente y descarnada que se haya observado en todos los partidos de la izquierda.

Al mismo tiempo, hemos rechazado toda pretensión de liquidacionismo partidario, reivindicando las enormes posibilidades de nuestras auténticas posiciones. Hemos sostenido y sostenemos que la unidad de un poderoso movimiento popular pasa invariablemente por la Unidad del Partido Socialista. Hemos sostenido y sostenemos que el Partido Socialista debe cautelar, sin concesión alguna, la unidad de la clase obrera y del pueblo.

Debemos reforzar – en consecuencia – la esencia histórica del mensaje socialista: revolucionario, liberador y democrático.

CRITERIO DOS.

El Partido debe entregar su propia Propuesta Socialista para Chile.

A continuación expondré - a riesgo de repetir formulaciones ya avanzadas en documentos anteriores - las líneas generales de lo que hemos venido en denominar una "Propuesta Socialista para Chile".

La longitud inhabitual de esta parte expositiva en una cuenta de nuestra gestión ante este Pleno Extraordinario, tiene una justificación doble: creemos que es ésta una ocasión la suficientemente importante como para ofrecer una visita panorámica del esfuerzo realizado en un dominio tan importante como es el de nuestra teoría política; pero además, y con absoluta modestia, porque creemos haber hecho una contribución a quienes deban sucedernos y al Partido en su conjunto que, por cierto, no estamos sometiendo para su aprobación a rechazo hoy, sino que ofrecemos para que sea recogida como una pauta de referencia, como un esbozo todavia demasiado general y preli-

minar, pero de esencial coherencia, a objeto de dar vida a un diálogo orgánico y fecundo sobre los problemas actuales y futuros de la Revolución Nacional por la Democracia, la Liberación y el Socialismo.

En el mes de Junio pasado dirigí un Mensaje a los militantes del Partido en el Interior, por intermedio de la Dirección en Chile. En este documento expuse las ideas básicas, los conceptos medulares de lo que podría ser una propuesta socialista para Chile.

Para la formulación correcta de esta propuesta pensamos es imprescindible dar una más sólida fundamentación teórica y de clase a nuestros análisis y a nuestra acción. Estimamos si, que esta fundamentación debe ser producto de una asimilación activa y creadora de las premisas filosóficas y científicas del marxismo y del leninismo, y no de un mero intento de erudición o repetición. El camino hacia el dominio del espíritu y del método de la dialéctica materialista, la vía hacia el conocimiento de un marxismo - leninismo vivo y dinámico es, ciertamente, el de la interpretación y confrontación de la praxis revolucionaria con la crítica teórica en su doble aspiral ascendente. Los logros que el Partido puede exhibir, con legítimo orgullo, en el desarrollo del pensamiento y la práctica revolucionaria, en especial en los últimos veinte años, son importantes. La marcha hacia la hegemonía, en nuestro Partido, de las concepciones científicas y de clase del proletariado, no ha empezado ciertamente hoy. Ahí están para demostrarlo las grandes intuiciones y elaboraciones teóricas del socialismo chileno en relación a problemas cardinales de la época contemporánea nacional y continental: el fenómeno del stalinismo; el carácter estratégico de la revolución chilena y latinoamericana; la afirmación de la diversidad de vías y formas en la transición y construcción del socialismo; la necesidad de la plena autonomía de los partidos revolucionarios; la incapacidad de las burguesías en las sociedades capitalistas dependientes para encabezar procesos autónomos verdaderamente democráticas y anti-imperialistas; la necesidad de una política de alianzas correcta orientada a asegurar la Unidad del Pueblo y la hegemonía de la clase obrera; el papel de la violencia en la resolución del poder.

Indudablemente, las previsiones y formulaciones del Partido Socialista en torno a ésta y a otras cuestiones, no han sido siempre resultados de una actividad sistemática y orgánica. Pero, sin duda, constituyen expresiones claras de un ejercicio autónomo y creador del marxismo-leninismo. En otros términos podemos decir que, no sin accidentes, el desarrollo del Partido como vanguardia revolucionaria ha estado acompañado por la cristalización paulatina de un cuerpo doctrinal, teórico y político, que ha ido expresando irreversiblemente la primacía de las concepciones de la clase obrera en las filas del socialismo.

Hechas estas breves acotaciones debo, a riesgo de parecer reiterativa, enfatizar algunas de las proposiciones contenidas en el documento de Junio,

para su más cabal comprensión:

1. No en vano hemos insistido en que la elaboración de una estrategia política revolucionaria requiere como requisito esencial partir de la realidad concreta. Estudiar Chile es nuestro primer deber. Conocer la realidad y detectar las tendencias que surgen en nuestra América Latina, ser capaces de evaluar correctamente la situación internacional en que nuestra acción tiene lugar, son también partes de ese deber.

Un primer punto del que debemos partir es la consideración de que nuestra continente latinoamericano posee su propia "singularidad nacional". Estos rasgos específicos inciden, de una u otra forma, en la línea estratégica que debemos diseñar.

América Latina está conformada por un conjunto de países que constituyen formaciones sociales de "capitalismo dependiente" con grados distintos de desarrollo, en contraste con la gran mayoría de las naciones europeas occidentales, donde el capitalismo está en su fase más avanzada. Una primera consecuencia de este hecho, extraída por nuestro Partido ya hace años *cuando enunciara la línea del "Frente de Trabajadores"*, es la constatación de la incapacidad de nuestras burguesías para impulsar un proyecto nacional propio que culmine una etapa del desarrollo nacional; la etapa democrática-burguesa. Mientras en las sociedades de capitalismo avanzado las burguesías constituyen propiamente una clase nacional, en nuestras sociedades ellas no logran aspirar a otro rol que no sea el de aliados subsidiarios del imperialismo, al cual deben asociarse para explotar y dominar al resto de las clases y capas subordinadas.

El capitalismo dependiente genera así una estructura de clase diversa de aquella que surge en el capitalismo avanzado. No sólo las burguesías son distintas en sus potencialidades y proyectos, sino que también las otras clases de la sociedad tienen magnitudes y roles diferentes. Los desniveles en el grado de desarrollo de las fuerzas productivas existentes en las sociedades de capitalismo avanzado y en las de capitalismo dependiente, genera también diferencias de gran trascendencia. Las contradicciones de clase en una u otra formación social se expresan en un marco sustancialmente distinto. En unas, las de capitalismo avanzado, dichas contradicciones se dan en el contexto del estado de bienestar de las masas, sustentado en niveles de ingreso por habitante de varios miles de dólares por año, siendo en las nuestras notablemente inferiores. Mientras en las primeras la lucha de clases se expresa en la aspiración a un mayor consumo, al perfeccionamiento de las instituciones democráticas, al mejoramiento de la ya elevada calidad de la vida, en las sociedades dependientes la aspiración de enormes masas humanas explotadas, ignorantes y miserables, es pura y simplemente a sobrevivir, a lograr la satisfacción de sus necesidades y derechos más elementales. En estas condiciones, la violencia institucionalizada es la respuesta recurrente de las clases dominan-

tes a tan legítimas aspiraciones, tendiendo a revestir formas cada vez más autoritarias e inhumanas.

Ello genera una contraviolencia latente, implícita en la difícil convivencia social, dramáticamente justificada por las condiciones objetivas de vida, que pasa a ocupar un rol protagónico en la expresión política de los intereses de las clases. Este fenómeno genera una permanente inestabilidad social y política, una constante incertidumbre de vida para los pobres y para los ricos. Para aquéllos, porque la miseria extrema llega a amenazar su propia existencia; para los últimos porque, opulentos en medio de tanta miseria, no pueden sino temer que la justa rebeldía de los oprimidos ponga algún día fin a sus irritantes privilegios.

El correlato institucional de esta situación económico-social es la existencia de estados con una sobrecarga de autoritarismo, cuando no -como lo demuestra el mapa político de hoy- bárbaramente represivos y de características fascistas. Mientras la difusión del bienestar en las sociedades avanzadas permite al Estado ser no sólo expresión de coerción sino, también y principalmente, de hegemonía sobre el conjunto social, en las sociedades dependientes, marcadas por el signo trágico de la pobreza y la explotación, el elemento de coerción, el factor fuerza tiende a ser, si no exclusivo, predominante.

En las sociedades avanzadas, la madurez económica abre importantes perspectivas a nuevos tipos de organización social. Realizado ya en alto grado de acumulación de capital, con un elevado desarrollo tecnológico y científico, con superiores niveles de calificación laboral y profesional, esas sociedades están en condiciones de mejorar rápida y sustancialmente el nivel de vida del conjunto de su población.

En sociedades como las nuestras, las condiciones son diversas. El raquitismo de nuestras economías limita seriamente las posibilidades de que una organización social más justa pueda garantizar de inmediato un mejoramiento generalizado y sensible del bienestar material. La provisión de bienes esenciales para la mayoría del pueblo, que hoy habita en condiciones miserables, afecta en una u otra medida los niveles de vida de estratos receptores de ingresos originados en la plusvalía. De allí que la constitución de un amplio consenso popular, mayoritario, que incluya a las capas medias, implique enormes dificultades.

En esa tarea deberemos poner el acento en crear valores nuevos más que en promesas de carácter material; en la satisfacción de aspiraciones sociales y culturales; en la persecución de grandes objetivos que enaltezcan la soberanía y dignidad de la nación y permitan definir patrones de vida distintos.

Por otra parte, América Latina posee un indeseable "privilegio": es la única zona del mundo explotado en que el "solo" dominador directo es

la principal potencia hegemónica imperialista. En otros continentes o zonas del mundo el dominio imperialista es ejercido a través de intermediarios, de subcentros imperialistas que, en muchos casos, han prolongado la dominación que ejercitaron durante el período colonial. Ello marca también una diferencia entre nuestra situación y la de otros países dependientes de Africa a Asia. Para las naciones latinoamericanas la tarea liberadora es de por sí muy difícil pues implica enfrentarse, sin ningún tipo de intermediación, con el gigante imperialista; implica librar la lucha en un área geográfica y económica que el imperialismo norteamericano, por razones geopolíticas y económicas, considera su "coto de caza", su zona infranqueable, su entorno propio y natural.

Estos, entre muchos otros, son los condicionantes estructurales que la situación geográfica de nuestros países nos impone considerar. En el caso de Chile, como lo hemos expresado en otros documentos, existe una evidente falta de correspondencia entre estructura y superestructura. Ello otorga a Chile su propia especificidad, dentro de la singularidad latinoamericana, que transforma la tarea de diseñar una política revolucionaria en una tarea más compleja de la que imaginamos en el pasado.

Sin embargo, centrar nuestro análisis tan sólo en las características superestructurales de nuestra sociedad, en la complejidad de su sociedad civil, en las tradiciones institucionales que fué capaz de crear, en la existencia de grandes organizaciones políticas de masas, significaría ignorar todos los rasgos que, a pesar de ello, siguen haciendo de Chile una sociedad de capitalismo dependiente, pobre y explotada. Ello nos llevaría a una absorción inadecuada de la experiencia contenporánea del movimiento obrero europeo que, enfrentado a su propia realidad específica, diversa de la nuestra, ha ido elaborando proposiciones estratégicas que se nutren de sus propias condicionantes históricas. Tal es el caso de concepciones y prácticas políticas que, con diversos matices, han desarrollado en los años recientes los más grandes partidos comunistas del occidente europeo, generalmente denominados "euro-comunistas". Nuestra obligación frente a este nuevo fenómeno es tratar de comprender cabalmente su origen y su sentido, analizar su contenido y experiencias, pero con la óptica de nuestra propia crítica; teniendo presente, como elemento primordial, que su surgimiento y desarrollo -para no hablar de su viabilidad- se insertan en condiciones históricamente diferentes a las de nuestro país y a las de nuestro continente.

Por otra parte, las importantes diferencias entre la realidad latinoamericana y europea, anteriormente señaladas, tienen también incidencia directa sobre la viabilidad histórica de un proyecto reformista de corte social-demócrata para la sociedad chilena. Ya en el "Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile" tuve oportunidad de extenderme sobre este tema. Valga aquí reiterar que a nuestro juicio, un proyecto de este carácter -además de estar lejos de lo que constituye nuestra fundamental inspiración doctrinaria-

no corresponde a la realidad nacional ni continental.

DE aquí que el esfuerzo del imperialismo norteamericano y de la Social Democracia alemana, por crear y fortalecer grandes partidos socialdemócratas, semejantes o del tipo de las de Europa Occidental, no resolverá la aguda y profunda crisis continental.

2. El Partido Socialista no oculta que aspira al Socialismo.

Esta aspiración, en las actuales circunstancias, dista más que nunca de ser un mero postulado doctrinario o previsión histórica, para revestir un carácter de necesaria orientación programática.

La crisis orgánica de la sociedad chilena es la crisis del capitalismo dependiente en nuestro país. El gran capital nacional e internacional podrá diferir por algún tiempo la resolución de dicha crisis, pero sólo al precio de tornar más imperioso el abandono definitivo de la vía capitalista de desarrollo.

Nuestra certidumbre acerca de la pertinencia y factibilidad histórica del socialismo en Chile y América Latina no nos conduce, sin embargo, a enunciados simplistas o meramente imitativos.

Por ello, es condición fundamental del proyecto político del socialismo chileno que el Partido de una respuesta coherente a ciertos problemas estratégicos fundamentales, apuntando a la definición de una estrategia de construcción socialista. La experiencia ha demostrado que, en el complejo contexto de la realidad nacional y continental, ni el simple recurso de las armas, ni la confianza ciega en el poder de las mayorías electorales, responden a las exigencias del desafío histórico que enfrentamos en Chile y en América Latina.

Por otra parte, un movimiento revolucionario que aspire seriamente al poder debe influir poderosamente en el proceso de generación de valores y representaciones, morales o ideológicas, que intervienen como factores básicos de mediación en las relaciones sociales y políticas entre las clases.

3. El Partido Socialista debe empeñarse prioritariamente en desarrollar su propia fuerza y valorar su significación como vanguardia de la clase obrera y del pueblo, y como centro dinamizador de una vasta coalición popular.

Es esta fuerza, animada por una gran voluntad unitaria y de poder, la que ha de determinar la diferencia entre ser parte integrante y rectora en la implementación de un proyecto político nacional, democrático y de construcción socialista o simple comparsa en un proyecto destinado a legitimar la dependencia y dominación imperialista.

4. La tarea de renovar el Partido y adecuarlo a dichos objetivos, cuenta hoy a su favor no sólo con la extraordinaria experiencia ganada en los 1.000

días del Gobierno Popular y en los 4 años de fascismo sino, además, con el inmenso capital moral que le han legado sus héroes, Salvador Allende el primero entre todos. Su holocausto le ha otorgado al socialismo chileno un patrimonio de prestigio y dignidad reconocido universalmente, que no puede ni debe ser subestimado.

El tiempo histórico de que disponemos para apreciar objetivamente la figura de Salvador Allende no es aún suficiente.

Nuestra contemporaneidad nos limitará siempre para emitir un juicio medular sobre su obra. En buena medida, al referirnos a él nos referimos a un proceso y a un drama social del que hemos sido y seguimos siendo partícipes.

Estamos seguros, sin embargo, que el correr del tiempo y la perspectiva histórica agigantarán aún más su estatura.

Por ahora, podemos afirmar, sin reservas, que su significación para nuestro Partido y para nuestro Pueblo fue y sigue siendo esencial.

Su heroismo sin límites le ha colocado en un lugar que la historia reserva sólo a unos pocos, a los mejores y más esclarecidos.

Los perfiles de su personalidad humana no deben, por otra parte, ser olvidados. No es un misterio para nadie que le conocimos íntimamente y convivimos con él en horas felices y amargas; que concordamos y discrepamos, pero que jamás nuestras discrepancias empañaron una mistad diáfana, en la que su humanidad, su pasión por sus ideas, su amor por la vida, constituyeron para mí un aporte inolvidable.

En consecuencia, su figura, su vida, su acción política, su estatura como gobernante y su condición de revolucionario pertenecen al Partido y al Pueblo, correspondiendo a nosotros el superior deber de promover un máximo esfuerzo por exaltarlas. Por de pronto, hemos propuesto instituir la "Orden Salvador Allende" para honrar el ejemplo de los más distinguidos combatientes de nuestra causa.

5. El Partido Socialista debe erigirse en el animador principal de una vasta coalición de fuerzas sociales y políticas, centrada en la Unidad Popular, que inserte la lucha anti-fascista y anti-imperialista en un proyecto estratégico para la transición al socialismo.

El Partido tiene la potencialidad para asumir este papel. Más aún: es la única fuerza de la izquierda que podría aspirar a esta misión. Pero ello es impracticable sin una gran propuesta de transformación social; sin delinear las ideas-fuerzas de una alternativa socialista que permita al pueblo de Chile identificarse con un nuevo y sugerente proyecto de vida futura.

Tratándose de Política de Alianzas resulta imprescindible hacer una referencia a la línea de "Frente de Trabajadores" y a su imbricación con la lucha antifascista.

En casi medio siglo de vida del socialismo chileno ninguna elaboración teórica ha marcado tan profundamente su acción y su identidad política como la línea estratégica de alianzas llamada "Frente de Trabajadores", formulada hace ya más de 20 años.

Por ser suficientemente conocidas las motivaciones históricas y políticas de dicha formulación, esta es, las prácticas de colaboración de clases con la burguesía desarrollista y con el populismo, así como la hipótesis básica que le sirve de sustento: la impotencia de la burguesía nacional para lograr un desarrollo capitalista autónomo, no me extenderé mayormente al respecto.

Mucho más útil y pertinente estimo, en cambio, tratar de profundizar el contenido de dicha orientación estratégica, teniendo presente las circunstancias concretas que enfrentamos y las perspectivas y exigencias de la presente fase histórica.

La justeza de nuestra línea estratégica de alianzas, concebida en los años cincuenta, fue corroborada por los acontecimientos previos a 1970 en sus aspectos esenciales, en tanto quedó demostrado que las vanguardias proletarias estaban en condiciones de disputar, en igualdad de condiciones y desde una perspectiva política revolucionaria, el poder político hasta entonces monopolizado por el bloque dominante. La capacidad de dichas vanguardias para movilizar una vasta coalición de fuerzas sociales y políticas y anunciar un programa de profundas transformaciones democráticas y anti-imperialistas, teniendo como objetivo explícito la transición al socialismo, constituyó, a no dudarlo, una manifestación rotunda del grado de madurez orgánico y político del Movimiento Popular chileno y la superación definitiva de las viejas prácticas colaboracionistas y de subordinación de las fuerzas populares al papel de simple masa de maniobra en el diseño político de las clases dominantes.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que los acontecimientos de aquella época pusieron de manifiesto lo acertado de colocar el énfasis en la autonomía del Movimiento Popular y en su expresión orgánica-política, bajo la forma de un bloque de fuerzas dirigido por la clase obrera.

Sin embargo, dichos logros conllevaban ciertas limitaciones conceptuales que en la práctica del Gobierno Popular y de conducción de la lucha por el poder dejarían de manifiesto la insuficiente maduración de algunos aspectos esenciales de esta línea estratégica. Dichas insuficiencias decían, en lo fundamental, relación con la necesidad de fortalecer sistemáticamente el grado de hegemonía ideológico-cultural del bloque popular sobre las clases

aliadas y la sociedad en su conjunto y de asegurar los requisitos para la ampliación del bloque social transformador.

La situación creada por el fascismo y las exigencias de la lucha por derrocar a la dictadura confieren un carácter perenterio a la discusión de nuestra política de alianzas, situando en el centro de la misma, como cuestión insoslayable, la relación entre la indispensable unidad de acción de las fuerzas democráticas antidictatoriales y la concepción estratégica que exige conformar un poderoso bloque de fuerzas por el socialismo.

A este respecto, siguen pesando las deformaciones y simplificaciones del pasado. Así, para unos, el objetivo histórico del socialismo, como solución estratégica a la crisis de la sociedad chilena, pasa por la reiteración consignista y voluntarista de su contenido más general y abstracto, con desconsideración manifiesta de las consecuencias de la derrota y la irrupción fascista. Para otros, en cambio, ya sea porque no terminan de reconocer la inviabilidad de las soluciones reformistas a la crisis nacional, ya sea porque la magnitud de la derrota y las dificultades considerables de la coyuntura los conduce a postergar indefinidamente la perspectiva socialista y a cuestionar la capacidad de conducción y movilización de las fuerzas populares, la solución pasa por el abandono de la iniciativa ideológica y política a los sectores burgueses democráticos bajo la premisa, más que discutible, de que su primacía es el prerrequisito indispensable para la reconstitución de un clima institucional favorable a la reiniciación del proceso democrático.

En el caso de los primeros, la invocación subjetivista del socialismo tiene como correlato una concepción escapista de la autonomía política del proletariado, reducida a una mera autoafirmación declarativa de independencia que, de hecho, conduce al aislamiento, a la negación, de las alianzas, y por lo mismo, al debilitamiento del bloque popular y a la frustración de la unidad antidictatorial.

En los segundos predomina un realismo pragmático, con un trasfondo de indudable escepticismo en la capacidad para potenciar nuestra propia fuerza. En uno y otro caso aunque, claro está, por razones diferentes, estamos en presencia de concepciones distorsionadas de la autonomía del proletariado, la que no puede ser entendida correctamente fuera del contexto concreto de la lucha de clases, tal cual se da hoy, pero tampoco sin referencia a los objetivos históricos del proletariado.

Me he permitido estas disgresiones, un tanto reiterativas, para intentar perfilar el contenido de las categorías básicas de nuestra concepción de alianzas, y precisar la relación entre los aspectos tácticos y estratégicos de las mismas.

Quedan como proposiciones para la discusión y ulterior profundización las siguientes:

a. El carácter activo y flexible de la autonomía política del Movimiento Popular debe ser interpretado en el contexto de la situación actual, y no como mera consigna abstracta, pero sobre la base de la firme determinación de consolidar nuestra propia fuerza, para llegar así a acuerdos -que estimamos indispensables- desde posiciones de igualdad e independencia con los interlocutores potenciales. Desde luego, la premisa de que no se tiene ni se tendrá la fuerza necesaria para codeterminar las condiciones de posibles acuerdos, constituye la negación de la autonomía y, por lo mismo, un desentimiento a priori de todo rol conductor.

b. En relación con la cuestión central de la actualidad o vigencia de nuestra política de alianzas estratégicas y de sus relaciones con la práctica de alianzas tácticas, ya hemos avanzado algunas orientaciones básicas en el documento referido.

Queda, sin embargo, por dilucidar un aspecto central del problema. Si bien es cierto que en la sociedad chilena siguen vigentes ciertas tendencias estructurales básicas, incluso agravadas por el fascismo, que tienden a extremar la explotación, la dependencia imperialista y la marginalización social, no es menos cierto que el nuevo patrón de la dependencia, impulsado por la dominación irrestricta de los monopolios, tiende objetivamente a producir un reordenamiento dentro y entre las clases y, cosa no menos importante, a alterar seriamente el espectro de las representaciones ideológicas de las mismas.

Estos factores, a no dudarlo, vienen a constituir razones adicionales a las ya conocidas, para conferir importancia crucial a la cuestión de la naturaleza y alcance de las alianzas tácticas, orientadas a maximizar la concentración de fuerzas políticas y sociales contra la dictadura.

En este contexto adquieren especial relieve la capacidad de iniciativa y de imaginación para encontrar formas originales y audaces de organizar y educar a las masas, ejerciendo con lucidez y elasticidad el principio de Unidad y Lucha. Unidad para encauzar y dinamizar la voluntad mayoritaria de la nación contra sus opresores; Lucha para denunciar el oportunismo y los designios de quienes intentan utilizar una vez más el pueblo como masa de de maniobra para la reformulación de la dependencia.

La experiencia concreta de la dictadura como régimen político, con sus vesanías sin límites y el sofocamiento de las libertades más elementales, plantea con singular fuerza el problema de las relaciones entre democracia, liberación nacional y socialismo. Por lo mismo, el objetivo de construir una alianza estratégica capaz de materializar "la Unidad de todo el Pueblo", se confunde con el objetivo de luchar por la instauración de formas superiores de democracia, todo ello en el contexto de la lucha por la autodeterminación nacional y la transición a formas socialistas de convivencia humana

Sostenemos que una política de alianzas estratégicas entendida así y, por tanto, desprovista de connotaciones sectarias, pero que al mismo tiempo no esconde sus orientaciones y motivaciones fundamentales, no sólo conserva su vigencia y potencialidad movilizadora sino que en modo alguno es incompatible con la legítima y exigente aspiración de construir la unidad de acción de quienes padecen la opresión fascista. En consecuencia, la profundización de nuestra concepción de alianzas estratégicas va acompañada por la exigencia de perseverar en el estudio de su articulación con la política de alianzas táctico-coyuntural. Los elementos de juicio a tener en cuenta en la fase presente son los siguientes:

I. El objetivo principal del período es la derrota del fascismo. Ningún otro puede disputarle prioridad. Ello está pre-determinado por el hecho total de que hoy es el instrumento más eficiente de perpetuación de la dominación, por su carga represiva, por sus designio de exterminio. Sin la destrucción del fascismo, los objetivos estratégicos del Partido y de la Clase Obrera están muy seriamente limitados.

II. El fascismo ha generado una específica dinámica de contradicciones interburguesas, sobre todo entre los sectores monopólicos y no monopólicos. Nuestro deber como vanguardia es aprovechar y estimular esas contradicciones y definir, en función de ellas, fases tácticas que no suponen olvido ni abandono de las líneas estratégicas centrales.

III. Diversos sectores políticos y sociales convergen en la necesidad de derrocar la dictadura. La alianza estratégica a que aspira la clase obrera no está cuestionada por el hecho de que en una determinada instancia histórica surjan coincidencias con otros sectores en torno a un objetivo concreto.

IV. En términos más directos, una política de acciones comunes con la Democracia Cristiana o la constitución de una "alianza de combate", no colocan en entredicho nuestra línea política. Lejos de ello, las iniciativas que se adopten en tal sentido deben ser percibidas como expresiones de la concreción táctica que adquiere dicha línea en el período. Lejos estoy de desentenderme de las dificultades que convergen en la empresa antifascista. Se trata, por una parte, de no persistir en el viejo lirismo intransigente que nos aisla, contribuyendo a perpetuar la dictadura y, por otra, de no ser arrastrados a posiciones derrotistas que, so pretexto de la magnitud de la tragedia, nos coloque en la pendiente de una política de colaboración de clase.

6. El Partido debe privilegiar la búsqueda de una convergencia con sectores cristianos de avanzada. La experiencia histórica reciente ha puesto en evidencia el importantísimo papel que la instrumentación de clase de los valores cristianos desempeña en la articulación del bloque ideológico burgués-imperialista.

Por otra parte, debemos valorar la resuelta conducta asumida por la Iglesia Católica en defensa de los derechos humanos, en especial la del Cardenal Raúl Silva, y más allá de ello, la actitud de decenas de sacerdotes católicos que pagaron con la tortura, e incluso con la vida, su noble compromiso evangélico. Ello nos está indicando que existe un ancho campo de convergencia entre su misión evangélica y nuestra misión liberadora del hombre y de la sociedad. Un objetivo de esta naturaleza nos exige un gran esfuerzo de creación política, de análisis y estudio de los elementos revolucionarios subyacentes en las posiciones auténticamente cristianas; hacer un diagnóstico objetivo de los cambios que se siguen produciendo al interior de las masas cristianas y de la propia Iglesia Católica; y, por cierto, revisar el sectarismo latente en posiciones que ayer antagonizaron al pensamiento marxista y al pensamiento cristiano.

7. Hoy, como ayer, concedemos importancia principal a la unidad con el Partido Comunista, en tanto ella constituye la piedra fundamental de la unidad de la clase y del pueblo.

Esta unidad ha estado y debe seguir estando basada en los intereses superiores de la clase y en el mutuo y respetuoso ejercicio de la crítica fraterna.

Como decíamos en el "mensaje", debe comprenderse que cada partido, en su especificidad, es esencial para el logro de los objetivos históricos del proletariado y sus aliados, y que mucho más cabe esperar de la interacción dialéctica y ascendente de dichos aportes específicos que de concepciones esquemáticas y sectarias de la unidad y del proceso de convergencia de las fuerzas revolucionarias.

8. Invariablemente hemos reafirmado la vigencia de la Unidad Popular.Ella es la más importante conquista de nuestro pueblo. Es una creación auténticamente chilena y pluralista, reconocida por el mundo como una realidad tangible.

Pero sería inexcusable que no enfrentáramos con sentido autocrítico las debilidades que hoy la limitan. La Unidad Popular debe ser repensada. Los partidos que la integran deben ir considerando las formas de dar expresión orgánica a las importantes áreas de convergencia que existen entre algunos de ellos para, de este modo, ir abriendo paso a la unidad de las fuerzas de la transformación social a un nivel superior.

Por otra parte, las proyecciones políticas de lo que la Unidad Popular representa no pueden ser limitadas a la sola lucha contra la dictadura. Mucho menos puede ella ser concebida como una coalición cuya vigencia y papel deben ser relativizados frente a la hipotética concertación de una alianza con la Democracia Cristiana.

El patrimonio social, intelectual, político y moral que representa debe ser cautelado y desarrollado, para permitirle no sólo asumir un rol decisivo en el esfuerzo por enabezar la lucha antifascista y por la renovación democrática sino, además, para asegurar su transformación en la expresión plena de una *vasta alianza de fuerza políticas, sociales e ideológicas*, que converjan en la perspectiva del socialismo.

9. Los Partidos de laClaseObrera, la Unidad Popular en su conjunto, constituyen realidades históricas, son el producto de un rico proceso de maduración social y política. Por esto, así como por las razones anteriormente aducidas, ellos deben implementar una política de alianzas realista y sin complejos con otras fuerza antidicatoriales. Dicha política debe rechazar con la misma decisión tanto las desviaciones sectarias, que no contemplan las nuevas condiciones creadas por el fascismo, como las derrotistas, que no sólo conducen a admitir una participación inevitablemente subsidiaria en cualquier alternativa de alianza sino, incluso, pueden llegar a aceptar el precio de la marginalización política como requisito de viabilidad de un ésquema de "*democracia restringida*" o "*democracia viable*".

10. Reiteradamente hemos planteado un criterio que coloca el énfasis en la necesidad de estimular una convergencia con la Democracia Cristiana.No creemos, y los hechos lo han demostrado, que esta convergencia debe buscarse por la vía de la simple invocación unitaria y superestructural.

Ella debe materializarse —en escencia— en la práctica de la lucha contra la dictadura, preferentemente en la base social, a través de la confrontación ideológica, y desde posiciones de estricta igualdad.

En consecuencia con lo anterior hemos preconizado una política de alianzas frente a la Democracia Cristiana que, considerando la gravitación de dicho Partido y la importancia de su contingente popular, cierre el paso, con flexibilidad pero con firmeza, a las tentaciones de la Democracia Cristiana de administrar en su provecho la división de las fuerzas antidictatoriales y, eventualmente, de legitimar una "democracia viable" post-fascista, así como las posibles tendencia oportunistas dentro del movimiento popular, que constituyen su correlata. Esto es lo que hemos denominado una política de alianzas antifascista, realista y sin complejos, fundada metodológicamente en el principio leninista de "Unidad y Lucha"; orgánicamente, en el desarrollo de una poderosa fuerza propia; y políticamente, en la actitud de ésta para ofrecer un proyecto de desarrollo nacional y social, alternativo al del fascismo y al del centrismo burgués.

Esta política de unidad y confrontación excluye por iguales al aislacionismo retórico y el conformismo empiricista disfrazado de "realismo político". Por desgracia, no ha sido esta política madura la que siempre ha prevalecido en las formulaciones y actitudes de las fuerzas populares. Por el contra-

rio, a menudo suelen imponerse las opiniones de quienes confunden el espíritu unitario y abierto con el halago complaciente, presto a magnificar lo accesorio y ambiguo en las formulaciones de la Democracia Cristiana y a ignorar sus afanes diversionistas, sus rigideces y prejuicios.

Al proceder así, no desde posiciones de igualdad, sino desde posiciones anticipadamente subordinadas, se va confirmando a la Democracia Cristiana en la justeza de sus previsiones y, por lo mismo, sacrificando las perspectivas de una verdadera política de convergencia antidictatorial con virtualidad transformadora. En este sentido, constituye un ejemplo digno de destacar la respuesta dada por la Dirección Interior —"Unidad y Lucha por un Chile Libre"— a la declaración demócrata cristiana titulada "Una Patria para todos", la que, a nuestro juicio, cumple cabalmente con las exigencias anteriormente referidas.

En las últimas dos décadas ha sido habitual para nustros militantes el enfrentarse políticamente a la Democracia Cristiana. Así ocurrió en las organizaciones sindicales, juveniles, juntas de vecinos, universidades, Congreso Nacional y elecciones municipales, parlamentarias o presidenciales. Coincidió este período de enfrentamiento político con el crecimiento impetuoso de la Democracia Cristiana y con el desarrollo y consolidación de un poderoso Movimiento Popular unitario y democrático, alternativo al proyecto de la burguesía reformista. Simultáneamente, el cuadro político continental había experimenatdo una radical modificación con la Revolución Cubana. El golpe militar brasileño contra el gobierno de Goulart; la puesta en marcha, con gran fanfarria, de la "Alianza para el Progreso", el apoyo imperialista a la denominada "revolución en libertad", impulsada por Frei en 1964, constituyeron los rasgos fundamentales —aparentemente contradictorios— de la respuesta global que los Estados Unidos implementaron frente a la victoria cubana y su profundo impacto en las masas desposeídas latinoamericanas. Se trataba, según el caso, de dos proyectos complementarios: uno caracterizado por su escencia antidemocrática y autoritaria, impuesto como línea de acción general; otro, que ofrecía una alternativa democrática reformadora, destinada a paliar el enorme atractivo que las transformaciones revolucionarias producían en amplios sectores del campesinado, la clase obrera, la juventud y la intelectualidad latinoamericana. El papel protagónico de este último proyecto fue tomado por la Democracia Cristiana Chilena. Así, la izquierda se vio separada por un profundo abismo, entre una Democracia Cristiana que asumía las banderas de una nueva demagogia, reformista, impulsada por el imperialismo, y la de un Movimiento Popular que aspiraba a una transformación radical de la sociedad chilena.

Las circunstancias nos obligaron a ser extremos en nuestros planteamientos. Ello, sin duda, nos impidió tener una visión más objetiva y al mismo tiempo más dialéctica de la Democracia Cristiana. En el hecho sus contradicciones fueron y siguen siendo enormes. Pero, por otra parte, existe una evidencia: la

Democracia Cristiana, como tal, ha desarrollado tradiciones y posturas políticas —no de uno u otro militante, sino del conjunto de ese partido— que la ubican más próxima a posiciones democráticas, progresistas y modernas, que del lado de fuerzas retardatarias o de ideología fascista. Todo ello, independiente de su inexcusable complicidad con el Golpe de Estado, producto más que de su filosofía política de una evaluación históricamente errada de su dirección.

Nuestra posición y nuestra acción deben, no obstante ello, considerar dos hechos básicos. El primero, que la Democracia Cristiana es una realidad en la vida nacional. Es una realidad poderosa con raigambre en amplios sectores de la población y con capacidad de acción política nacional e internacional. Es, por otra parte, una fuerza de que plantea —si bien sólo ahora— una definida postura antidictatorial y se pronuncia categóricamente por el restablecimiento democrático. Segundo: en tales condiciones, la lucha contra el fascismo impone a la Democracia Cristiana —como también a nosotros socialista— responsabilidaes que hacen insoslayable la búsqueda de una "convergencia de combate" entre el Movimiento Popular y el Partido Demócrata Cristiano.

11. La incapacidad del capitalismo dependiente para autosostenerse, la carencia de hegemonía de las clases dominantes latinoamericanas, los inmensos desniveles e injusticias que el sistema genera, son todos factores que en el futuro próximo han de conjugarse para contimuar produciendo regímenes de dominación caracterizados por la prevalencia —sin contrapeso durante un largo período histórico— de formas altamente coercitivas de gobierno, de la militarización de los aparatos del poder político y del apoyo desembozado del gobierno de los Estados Unidos a la sustentación de dichos aparatos. La militarización de nuestros Estados podrá, en períodos breves y determinados, no constituir una forma abierta de ejercicio del poder, si es que las circunstacias específicas de cada país permiten procesos que conduzcan a establecer "democracias restringidas". No obstante, aún en tales casos, la burguesía y el imperialismo no renunciarán a reservar al poder militar un rol potencial sustitutivo como guardianes tutelares del orden establecido.

Hoy más que nunca, nuestro Partido debe ser capaz de elaborar una política militar y explicarla consecuentemente. Aquello que no tuvimos ayer y que constituyó la causa principal de nuestra derrota, debemos crearlo hoy para asegurar nuestra victoria futura.

¿Cuál debiera ser el contenido de una política militar socialista?

Ya hemos adelantado algunos criterios en documentos anteriores, lo que no nos exime de insistir ahora en un tema de importancia tan medular.

Por de pronto, debemos decir que hay enfoques, formas de enfrentar el problema, que no agotan la concepción de una "política militar", en el ver-

dadero y amplio sentido del término. Así, por ejemplo, la concentración de esfuerzos en la creación de una fuerza militar propia no agotan toda la temática de una "política militar". Este enfoque peca de estrechez. El centro del poder militar, la acumulación de poderío militar en una sociedad como la nuestra, se halla en las Fuerzas Armadas, como organismo regular del Estado. Es allí donde reside el supremo poder de coerción de la burguesía y el imperialismo.

Cualquier fuerza militar propia, por eficiente que sea, muy difícilmente podrá tener una magnitud, una eficacia, un respaldo logístico, tecnológico y organizacional comparable a las Fuerzas Armadas profesionales. Enfrentada pues a Fuerzas Armadas monolíticas, sin fisuras ni en su nivel técnico ni en las concepciones políticas que las inspiran, está condenada —casi invariablemente— a la derrota.

Tampoco constituye propiamente una política militar la afinidad conspirativa o de infiltración que se concentra en un grupo reducido de miembros regulares de las Fuerzas Armadas y que delega en ellos, por su calidad de tales, por su preparación técnica la representación militar de las fuerzas revolucionarias. Menos aún puede fundarse una política militar coherente en el criterio considerarlas, como "un integrante más" de una clase o conglomerado social y, por tanto, determinada en sus opciones básicas por la política que se elabore para ganar o neutralizar a esa clase o conglomerado. Este enfoque si bien incluye —como los anteriores— aspectos importantes del problema militar, tiende a ignorar la especificidad de la institución castrense, sus propias características internas, su naturaleza singular. En este sentido, por ejemplo, considerar la política militar como parte de la política general hacia las clases medias, so pretexto de que el grueso de la oficialidad de nuestras FF.AA. tiene ese origen social, constituye un error. La política hacia las clases medias las afectan, ciertamente, pero las singularidades de su educación militar y el rol central que juegan en la mantención del sistema de dominación nos obliga a una elaboración muy refinada y específica.

Una política militar socialista, sin dejar de considerar los elementos anteriores, debe partir de una definición de nuestro criterio frente a la defensa nacional, sobre su carácter, sus objetivos y su organización. La defensa nacional constituye una función irrenunciable de todoEstado que se plantee la necesidad de proteger su soberanía territorial y su independencia frente a una eventual agresión o amenaza externa.

¿Cómo la concebimos?

¿Cuáles son nuestros criterios sobre su importancia, su prioridad, su sentido?

Con este prisma, nuestra política debe tender a asegurar una estrecha vinculación entre Fuerzas Armadas y Pueblo, imaginadas como una sola en-

tidad compleja, para las efectos de arribar a una concepción integral de la defensa nacional y de defensa de la soberanía popular. Ya en el "Mensaje a los socialistas en el Interior de Chile" avanzamos lo siguiente: "La redefinición de las Fuerzas Armadas es un prerrequisito indispensable en el proceso de liberación de Chile". "El Partido Socialista debe plantear, como tarea fundamental de masas, el debate sobre las nuevas Fuerzas Armadas que deberán surgir después de la derrota del fascismo". "Nuestra respuesta a cuestión tan crucial debe apuntar a una doctrina que permita, simultáneamente, garantizar la defensa de Chile como Estado independiente y el legítimo derecho de su pueblo a decidir sus destinos sin estar sujetos a la coerción, real o potencial, de una clase que controle los medios de represión". "Esta nueva concepción deberá establecer la naturaleza absolutamente democrática de los cuerpos militares, su independencia de intereses extranjeros y la participación en la defensa nacional, como un deber y un derecho de todo ciudadano".

Sólo mecanismos de este tipo harán posible una efectiva interpenetración entre pueblo y sistema defensivo y, al mismo tiempo, que la estructuración de nuestras Fuerzas Armadas tenga un contenido realmente nacional, democrático, surgido del propio pueblo y obedezca a los intereses superiores de la nación y no de determinados intereses.

Los programas de estudio de nuestros militares, los sistemas de reclutamiento de nuestros oficiales, las alternativas técnicas de equipamiento, las formas de control conjunto sobre las actividades de la defensa; en fin, los muchos aspectos que dicen relación con la defensa nacional deben ser pública y democráticamente debatidos y resueltos.

El propósito de nuestra política militar no es ni podrá ser dejar el país en la indefensión. Por el contrario. Será establecer una vinculación tal entre los objetivos de la democratización de las FF.AA. y los de transformación socio-económica que permita garantizar de la manera más eficaz la defensa de la Nación y asegurar que el pueblo pueda libremente decidir sus destinos sin estar sujetos a la amenaza de una intervención militar que desconozca sus decisiones democráticas.

He aquí algunas proposiciones básicas en torno a las cuales pensamos debe promoverse un amplio debate para dar la mayor solidez posible a definiciones políticas que deberían, en último término, servir de fundamento a un nuevo Programa del Partido.

CRITERIO TRES

El partido Socialista debe perfeccionar sus actuales niveles políticos y orgánicos, sobre la base de una concepción propia del Partido, como instrumento de acción revolucionaria fundada en los principios del marxismo y del leninismo y en la realidad y tradición chilenas.

Buena parte de las discusiones producidas durante el último tiempo en el interior de nuestro Partido han tenido relación con la concepción de lo que hemos sido, somos y aspiramos a ser, como vamguardia popular-revolucionaria. En lo específico, los grados de flexibilidad de la estructura partidaria, los niveles, deseados de homogeneidad, el carácter y ejercicio de la disciplina, las relaciones entre Partido y masas, dirigentes y bases, han sido algunos de los temas surgidos en el debate interno.

Varios factores han contribuído a distorsionar o impedir que las diversas posiciones se reencuentren en una síntesis dialéctica.

En primer lugar, es forzoso mencionar las deformaciones e insuficiencias que arrastramos desde el pasado, a las que hemos hecho reiterada mención en otros documentos e intervenciones. En estricto rigor ellas afectan, de una u otra manera, a casi todos los militantes socialistas. La dificultad de extirparlas reside —precisamente— en su extensa difusión, la que va acompañada de una persistente debilidad ideológica y moral para asumir la actitud honesta y ecuánime de autocrítica y superación. Ello explica que las expresiones frecuentes, casi rituales, de rechazo a los hábitos disolventes e inorgánicos, vayan a parejas con actitudes evasivas y condescendientes en la evaluación de la conducta propia o de grupo, con lo cual los factores que están en la base de la perpetuación del fraccionalismo ven asegurada su reproducción.

Un segundo factor distorsionante ha sido la realidad actual del Partido, esto es, su existencia en condiciones de extrema emergencia, enfrentado a una coyuntura absolutamente nueva a la que, muy probablemente, deberá adecuarse por un largo período histórico. En este sentido, es preciso considerar la fase actual como una situación especial; no es deseable ni posible exigir del Partido, al menos en Chile, su adecuación a condiciones que pondrían en severo riesgo sus estructuras. Por otra parte, es indispensable precaverse contra aquellas concepciones según las cuales las normas de excepción adoptadas en este período, restrictivas de la democracia interna y destinadas a privilegiar el momento del centralismo, debieran tender a convertirse en normas de validez permanente.

Un tercer factor - el de fondo - dice relación con la propia concepción teórica de Partido. Como en muchos otros campos, nuestro Partido ha entendido siempre que no existe una determinada concepción de partido revolucionario válida para toda circunstancia o quehacer politico.

La concepción de Partido, como todos los otros elementos de la teoría revolucionaria, debe estar sujeto a permanente enriquecimiento y discusión. No hay modelo único, válido para todo tiempo y lugar. Tenemos pues la obligación de concebir por nosotros mismos, recogiendo la rica experiencia revolucionaria del movimiento obrero y la nuestra, una forma de partido que sea adecuada a nuestra realidad y a nuestras tradiciones y que,

por sobre todo, tenga eficacia política para cumplir nuestros objetivos. La más grande distorsión que hemos podido observar en torno a este tema reside en la tendencia a aceptar acríticamente y en forma dogmática una concepción presuntamente " leninista " de Partido, que se supone ha de constituir la generalización científica de la experiencia universal de conducción de la clase obrera y el campesinado, en su combate anticolonial y anticapitalista.

En este plano, como en el más general de la teoría y la praxis de la transformación social, se tiende a practicar una versión reduccionista del leninismo que, como sabemos, incluye aspectos tan diversos y ricos como la crítica del economicismo, del determinismo y del idealismo positivista, la teoría del Estado y la Revolución, la teoría del imperialismo, para no mencionar sino algunas de las más importantes.

En este sentido no debe haber dudas. La difusión y desarrollo del cuerpo teórico del leninismo en el Partido no es un fenómeno reciente. Con diversas alternativas, avances ciertos y distorsiones obvias, él tiene ya 11 años de existencia oficial. Su significación teórica y práctica, ideológica y política, es innegable y preñada de posibilidades. Pero no cabe duda de que en nuestro Partido, como en muchos otros destacamentos obreros y revolucionarios, existen tendencias a la absorción esquemática de dicho cuerpo conceptual; a la confusión entre los fundamentos y aportes metolológicos indiscutibles del leninismo, con una cierta práctica de la lucha revolucionaria, de ejercicio del poder y de la construcción del socialismo, estrechamente vinculados a condiciones históricas y nacionales muy concretas.

No pretendemos situarnos frente a dichas experiencias desde posiciones neutrales que, tras apariencias diversas -sean éstas las del objetivismo académimico, del humanismo socialista y aún del propio "marxismo-leninismo" disfrazan mal su carácter restringido, cuando no su vinculación a diseños anti-socialistas y contrarrevolucionarios. Nuestra posición debe ser clara y sin dobleces. Hemos sido y somos profundamente solidarios con el campo socialista, en cuanto somos conscientes del decisivo significado que el triunfo de la Revolución de Octubre y el establecimiento de dicha comunidad de países han tenido para los destinos de la Humanidad, la liberación de los pueblos y la paz mundial.

En primer lugar, por lo que somos y luego, por lo mucho que debemos como Partido y como Nación a la comprensión y solidaridad del campo socialista, nuestra posición frente a esa realidad socio-política y a su práctica estatal y partidaria no es, ni puede ser, la de la crítica purista, abstracta, fuera de contexto histórico; pero tampoco puede ser la de asimilación mecánica o irreflexiva que confunde la renuncia a la independencia de criterio con la fidelidad al leninismo, promoviéndola al rango de expresión internacionalista. Si el leninismo, al continuar la teoría y la praxis revolucionaria del marxismo, respondió a las exigencias fundamentales de la transición al socialismo en Ru-

sia abriendo con ello una nueva época histórica, no cabe la menor duda de que, como todo aporte señero, planteó nuevos interrogantes sin ofrecer respuestas inmediatas o plenamente satisfactorias a todos ellos.

En estas cuestiones, así como en la teoría y la práctica de la organización partidaria, no es más leninista quien mejor copia soluciones ajenas, por muy afortunadas que hayan sido en responder a las solicitaciones de sus realidades concretas, sino quien, asimilando las dierectivas generales avanzadas por Lenin y discutidas por numerosos dirigentes y teóricos que se reclaman del leninismo, es capaz de crear una síntesis adecuada a su propio contexto y a sus propios fines.

En relación a la cuestión del Partido es necesario -en la mejor tradición leninista- entender los problemas orgánicos como problemas políticos y no como meras cuestiones formales de estilo y disciplina, transformados en estereotipos o substitutos de la actividad consciente. La visión maniqueísta del Partido como "aparato" y la asimilación de la vida partidaria a la "vida de secta", nada tienen de común con la más importante del leninismo y correspondèn a una lectura desnaturalizada del mismo.

La más grande deformación registrada en la historia del socialismo, el stalinismo, no provino de problemas orgánicos resueltos en forma inadecuada o de falta de rigor en la aplicación de la disciplina, sino de negar sistemáticamente la democracia interna en el partido; de convertir a los dirigentes en una casta burocrática, escudada tras el centralismo para negar la crítica y la actividad creadora de las bases; de considerar el Partido un órgano substitutivo de las masas y no una parte de éstas, destinada a hegemonizarlas y dirigirlas. En momentos como el que vivimos no es ocioso recordar esta etapa de la historia del socialismo con el fin de prevenir a nuestros militantes y dirigentes sobre el grave error que constituiría utilizar la insuficiente democracia interna, que las circunstancias objetivas han impuesto, para dar por establecidas posiciones o ideas sin consideración al pensamiento de las bases.

Los mecanismos de la democracia interna y del centralismo deben permitir que debate y crítica, posiciones mayoritarias y minoritarias, confluyan en una síntesis superior aceptada por el conjunto y aplicada con lealtad y disciplina. Nada será posible para el socialismo chileno sin la actividad creadora de sus militantes. Cuando esa vertiente se seque, ya sea porque el dogmatismo haya hecho presa de nosotros o porque el burocratismo impida la expresión libre, orgánica y creadora, nuestro Partido no tendrá razón de existir. Miles de revolucionarios mueren o son derrotados año a año en las empresas de impulsar el socialismo. Las derrotas no ocurren sólo porque ignoren, mal interpreten o apliquen erróneamente la teoría existente. Ocurren, también, porque nuestra teoría no tiene aún un desarrollo suficiente en muchos aspectos. La revolución social es un acto de creación y no de imitación; ella requiere,

para ser realizada, un hondo proceso de reflexión y práctica colectivas. Los socialistas chilenos nos hemos caracterizado siempre por estar profundamente comprometidos con la causa del cambio en nuestro país. Por eso hemos buscado y hemos analizado otras experiencias, no siempre con rigor, pero sí con pasión, tratando de aprender de cada una de ellas. Porque queremos el socialismo en Chile es que reflexionamos por nosotros mismos; es que intentamos pese a los duros reveses sufridos, diseñar nuestras vías para lograr nuestros objetivos. Tratamos de perfilar una sociedad socialista que seguramente ha de ser diversa a las ya existentes, tanto porque nuestra realidad y nuestro tiempo son diversos como porque la experiencia nos ha permitido aprender de ellas y aspirar, con legitimidad y fraterno sentido de emulación, a construir mejor la nuestra.

Para sólo reformar o administrar la sociedad muchos tipos de partidos pueden servir. Para transformarla en una sociedad socialista no basta cualquier partido. Tenemos por delante la gran tarea de reflexionar sobre lo que somos y lo que debemos ser; de nutrir esa reflexión en la práctica valiosísima adquirida por nuestros cuadros clandestinos que luchan en Chile en condiciones extraordinariamente difíciles, y con la autocrítica basada en la experiencia de otros grandes partidos revolucionarios que en el destierro hemos tenido la oportunidad de conocer mejor. No disponemos para esta tarea de un minuto de tregua. Debemos ir elaborando y construyendo entre los compases siempre yuxtapuestos de la elaboración teórica y de la práctica concreta.

Caerá el fascismo y Chile reemprenderá el camino de su destino histórico, tronchado por la barbarie. Lo que el Partido Socialista llegue a ser en ese instante estará determinado por la que haya sido su quehacer hoy, y por la madurez y solidez de su desarrollo teórico-político. Nuestra lucha de hoy es por derrocar la dictadura y por fortalecernos como partido; para ofrecer a la comunidad nacional lo que hemos denominado una Propuesta Socialista para Chile, fundamentada en un gran proyecto, nacional y revolucionario, democrático y popular, liberador y de construcción socialista. Para ello es preciso que el Partido Socialista no pierda su identidad histórica, que sepa recoger lo trascendente de su pasado y enriquecerlo con nuevas experiencias, asumiendo a cabalidad su rol de Gran Partido Nacional de la Clase Obrera.

Ello nos obliga a prevenir acerca de las deformaciones que hemos mencionado; por el mismo tiempo y con urgencia, a superar los resabios de vicios pasados. En nuestra historia como organización no hemos pecado por ser excesivamente centralistas sino, por el contrario, por un democratismo mal entendido, por una tendencia a la indisciplina, al individualismo, al fraccionalismo. Que el justo afán de superar estos vicios no nos induzca a tolerar los inversos. Y, a su vez, que el temor frente a estos últimos no nos detenga en el esfuerzo por superar nuestras debilidades históricas. No es fácil equilibrar centralismo con democracia interna, disciplina y trabajo orgánico con iniciativa y creación, repulsa al "burocratismo" con rechazo

al "democratismo". Sin embargo, lograrlo es para nosotros una tarea insoslayable. Mi experiencia de siete años en la Secretaría General del Partido me indica que nada será posible sin el espíritu combativo y crítico de sus militantes y sin la práctica democrática, que ha sido la fuerza vital en el desarrollo del Partido. Pero también me indica que si aspiramos a ser un partido conductor, de vanguardia, y no una suerte de "frente de masas" para el trabajo de otras organizaciones políticas, debemos extirpar de raíz estos vicios pequeño-burgueses y reconstruir nuestra convivencia orgánica y política.

Aún más. Los socialistas debemos aspirar a que nuestro Partido sea una gran fraternidad de revolucionarios. No ha sido éste el clima que, en todo momento, ha tendido a imperar entre nuestros militantes y entre nuestros dirigentes. La diversidad de opiniones nos lleva a veces a extremos en que el debate político degenera en pugna personal; en que se utiliza el arma del desprestigio contra aquellos compañeros con quienes no se concuerda; en que no se guarda discreción frente a terceros en cuanto a las opiniones de sus dirigentes; en que se acepta, de una u otra forma, que fuerzas ajenas al Partido tengan interlocutores e instrumentos para interferir, directa o indirectamente, en nuestros asuntos internos. Todo ello atenta gravemente contra la dignidad del Partido, contra su credibilidad, su prestigio, contra su unidad y eficacia de acción. Además, enrarece la convivencia partidaria de tal modo que en vez de convertirla en sólido estímulo espiritual e intelectual, de fraternidad y de fuerza, la transforma en fuente de división, de querellas y, en suma, de debilidad.

Sobre la base del respeto mutuo a nuestras ideas basado en el gran acuerdo sobre nuestros objetivos y tareas superiores- debemos construir una verdadera convivencia socialista. Para ello se requiere generosidad, espíritu fraternal, voluntad de restañar heridas. Debemos ser un Partido capaz de superarse, de regenerar el tejido político y humano que la lucha, a veces enconada, ha dañado. Dentro de este espíritu deseo proponer la reincorporación de aquellos militantes que en la dolorosa escisión ocurrida en 1967 fueron alejados del Partido o lo abandonaron por propia voluntad. En el transcurso de estos diez años, varios de ellos han reconocido filas nuevamente en él. Hay otros, sin embargo, que no lo han hecho. Entre ellos se encuentra quien fuera uno de los constructores del socialismo chileno y Secretario General del Partido: Raúl Ampuero. En momentos como los que vivimos, lo que cuenta no son los errores o diferencias del pasado, sino las coincidencias del presente y del porvenir. Durante diez años Raúl Ampuero ha mantenido una inalterable lealtad a los grandes postulados del socialismo chileno, aún estando fuera de sus filas. Nos parece justo y necesario que, en virtud de lo mucho que ha entregado a nuestra causa, se le invite -en la oportunidad que corresponda- a integrarse al Partido y a contribuir con sus indudables calidades, a su perfeccionamiento.

Amplia y dignificadora ha sido y seguirá siendo la democracia socialis-

ta, receptivos los oídos a la creación política y a la crítica revolucionaria, grande la tarea de contribuir a un Partido mejor y a un Chile libre y socialista.

CRITERIO CUATRO.

El Partido debe ser conducido por una dirección única, que supere la falsa contraposición "exterior" "interior"

Los documentos de Septiembre de 1976, emitidos en forma separada por la Dirección Interior y por el Secretariado Exterior, constituyen el hecho partidario más significativo del último tiempo: dos instancias de la Dirección del Partido, en condiciones radicalmente distintas, habían convergido hacia concepciones básicamente coincidentes.

En mi "Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile" valoricé tal acontecimiento, afirmando que si habíamos logrado vertebrar un pensamiento político homogéneo, nada debía impedir que el Partido vertebrase también una solución orgánica unitaria.

Nuestra posición, reiteradamente expuesta durante los últimos tres años, se ha centrado en las siguientes ideas:

Los acontecimientos de Septiembre de 1973 y la forzosa clandestinidad en que debe actuar el Partido desde entonces, han conducido a una situación caracterizada, en lo fundamental, por los siguientes rasgos:

a. La Dirección Estatutaria del Partido, elegida por el último Congreso Ordinario, realizado en La Serena en 1971, se encontraba excedida en su mandato. Esto, de acuerdo a los Estatutos, Debía durar hasta Enero de 1974.

b. Como consecuencia de la derrota del Movimiento Popular, dicha Dirección había visto afectado su ascendiente político, a pesar de la actitud de general consecuencia evidenciada por la inmensa mayoría de sus miembros en los momentos del golpe y en la lucha posterior contra la dictara.

c. Las nuevas condiciones crearon la necesidad de readecuar la estructura del Partido para hacer posible su papel dirigente en el combate popular antifascista. Esto, unido a la salida al exterior de un número considerable de compañeros del CC, debidamente autorizados, determinó la necesidad de conformar una "Dirección de tiempo de guerra".

d. El carácter excepcional de la situación existente en el interior del país requería también de una correspondiente "legislación de tiempo de guerra", expresada en un nuevo procedimiento para la integración de la Dirección interior.

e. A fin de no producir una discontinuidad total en la Dirección, la nueva autoridad del Interior quedó conformada, como sabemos, por miembros de la Dirección de La Serena y compañeros incorporados a ella por la vía de la cooptación.

f. En la base de tal proceder se dejaba implícita y explícitamente establecidos los siguientes criterios:

Que la forma no estatuaria de resolver los problemas direccionales estaba determinada por el carácter excepcional y nuevo de las circunstancias y tendía a responder a solicitaciones concretas y urgentes. En ningún caso se trataba de aceptar en permanencia dichos procedimientos. De allí que tanto estos procedimientos como la dirección Interior constituída gracias a ellos revestían un carácter provisorio, en tanto sus miembros no pudieses ser reemplázados por nuevos mecanismos que,sin corresponder plenamente a condiciones normales, hiciesen una más amplia y directa apelación a las bases del Partido.

Que en virtud de la situación anormal creada por el golpe militar y la ilegalización y repreṣión consiguiente del Partido, ninguna instancia de Dirección interna o externa podía considerarse plenamente depositaria de la soberanía partidaria.

De aquí la imperiosa necesidad de manifestar una clara voluntad política para buscar soluciones unitarias, democráticas y eficaces, tendientes a normalizar la situación direccional, evitando incurrir en la autoperpetuación o autogeneración permanente de la Dirección partidaria.

A objeto de superar esta situación, caracterizada por la existencia de una Dirección Interior constituída solamente por miembros cooptados, y de una Dirección Exterior concentrada en el Secretariado Exterior constituyendo una emanación de la Dirección Estatutaria de La Serena, con deficiente coordinación entre sí, propuse una solución intermedia.

Dicha solución consistía en la constitución de una Dirección Unica de Emergencia,, a partir de un Pleno de los actuales segmentos —interior y exterior— de la Dirección. Siempre manifesté mi posición en orden a que la participación del Interior en este pleno debería ser mayoritaria.

El mensionado Pleno elegiría los integrantes de un nuevo Secretariado Exterior que, naturalmente, pasaría a integrar la Dirección Unica de Emergencia y además ratificaría a los miembros de la Dirección Interior.

Estas fueron mis propociociones centrales. Ellas han estado inspiradas en un reconocimiento, espontáneo, sin dobleces, a la esforzada y valiosa labor realizada por los compañeros de la Dirección Interior y por sus anteceso-

res, así como por la decidida intención de cautelar la continuidad histórica de la Dirección del Partido representada por los miebros de la Dirección de La Serena, en su inmensa mayoría dignos de todo respeto y consideración.

CRITERIO CINCO.

La unidad partidaria, el fortaleciemiento de la Unidad Popular y de la izquierda en general, constituyen exigencias de la lucha contra la dictadura y del éxito del Movimiento de Solidaridad Internacional.

Desde el instante mismo que abandonamos Chile nos entregamos con pasión a la tarea de organizar la Resistencia.

Entendíamos, y así lo seguimos entendiendo, que la lucha contra el fascismo sólo tendría éxito si estaba animada por una real y resuleta voluntad unitaria. Tal tarea no era en modo alguno sencilla. Ella nos exigía un inmenso esfuerzo. Primero, en el interior de nuestra organización; luego, en el ámbito de las fuerzas políticas de la izquierda chilena; finalmente, en la vasta heterogeneidad del Movimiento Internacional de Solidaridad, en el que convergen corrientes ideológicas contradictorias y a veces antagónicas.

Como hemos dicho, el mantener una línea unitaria no ha sido tarea fácil. No obstante que el conjunto de nuestro Partido ha internalizado este sentimiento y lo ha racionalizado, las naturales discrepancias que surgen en el quehacer político concreto crearon, en algunos momentos focos de tensión con nuestros aliados. Así ocurrió en diversas oportunidades con el Partido Comunista. Con el MIR, por otra parte, hemos estado permanentemente en posiciones diversas y hemos debido rechazar con energía algunos planteamientos, actitudes y consignas. Ello no nos ha impedido, sin embargo, mantener nuestro invariable afán de diálogo y de entendimiento.

El Partido Socialista ha sido factor decisivo de convergencia en las reuniones de la UP celebradas en La Habana, Berlín, Budapest, Londres, México, Belgrado y Estocolmo.

La misma presencia unitaria ha exhibido El Partido en todos los eventos internacionales convocados bajo el signo de la lucha de nuestro pueblo.

Ha sido norma permanente de la actuación del Partido en el exterior no usar en su trabajo internacional armas desleales. Nunca nos hemos referido en forma descalificatoria a otros partidos chilenos. Tanto en le Unidad Popular como en las organizaciones más amplias de la izquierda chilena hemos tratado de no entrar en pugna por cargos o posiciones, por formar parte de determinada delegaciones, por hacer uso prioritario de la palabra, por invocar tratamientos preferenciales. Incluso, a veces, hemos concientemente dejado pasar afirmaciones lesivas para nuestras posiciones, estimando que lo más im-

portante era conservar la imagen unitaria. Tanto en la Unidad Popular, en la CUT, en la Oficina de Solidaridad en Roma como en los diversos comités de países, los socialistas hemos tratado de actuar sin sectarismos y con espíritu profundamente unitario.

Pero más allá de la unidad con las otras fuerzas políticas de la izquierda, siempre abrigamos la íntima convicción de que la tarea prioritaria planteada por la lucha contra el fascismo —para los socialistas— era la unidad e integración de las variadas tendencias existentes en el seno de nuestro propio Partido, las que en la derrota y el exilio encontraren un campo aún más propicio para su desarrollo. Siempre pensamos que sin la unidad del P.S. no hay ni habrá unidad del Movimiento Popular, ni menos unidad de las fuerzas antifascistas. El Partido es y deberá continuar siendo eje escencial en el acontecer futuro del país. Por ello, hemos hecho enormes esfuerzos por establecer un área de convergencia, en torno a la cual fuese posible preservar y desarrollar la especificidad política e ideológica del Partido. Las iniciativas que adoptamos en la búsqueda de una necesaria integración orgánica estuvieron siempre embarcadas en un contexto de extrema amplitud, ajeno a exclusiones innecesarias, a querellas del pasado o a pretensiones de poder. En nuestra opinión, la magnitud de la derrota y la lucha por la supervivencia partidaria hacía criminal trasladar al primer plano la dilusidación de presuntas responsabilidades por el desastre. Muy por el contrario; lo que estaba en el meollo del quehacer inmediato era la necesidad de unificar al Partido, dando expresión orgánica y política a las diversas manifestaciones de la lucha ideológica que subrepticia o abiertamente se daba en su seno. Tal fue el sentido fundamental de las cartas que con fecha 24 de septiembre y 10 de diciembre de 1974 dirigimos al compañero Exequiel Ponce.

Esta aspiración integradora nos llevó a buscar y a aceptar contactos con miembros de "La Coordinadora Nacional de Regionales", del grupo denominado "Comisión para el Consenso" y del llamado "Movimiento MR-2". Los acuerdos del Pleno de La Habana expresaron en el plano orgánico la concretización de esta aspiración, que recogía el sentir mayoritario de sus participantes e incluyo el de la Dirección Interior, representada en aquella oportunidad por Jaime López. En el espíritu de dichos acuerdos se formularon, con posterioridad y por escrito, planteamientos políticos y orgánicos a los representantes de estas tendencias. Las respuestas de los camaradas de la "Comisión para el Consenso" y de "MR-2" fueron estimadas positivas por el Secretariado Exterior y remitidas a la Dirección Interior para su consideración. No ocurrió lo mismo con la réplica de la Coordinadora rechazada por la mayoría de los miembros del Secretariado Exterior.

Con el mismo ánimo buscamos establecer contactos con el compañero Aniceto Rodríguez. En lo que dice relación con tales esfuerzos me parece necesario precisar hoy los alcances y alternativas de intentos reiteradamente frustrados.

Inmediatamente después de su arribo a Caracas le dirigí, por intermedio del senador venezolano Luis Beltrán Prieto, una breve y fraternal nota saludando su libertad e invitándole a que nos reuniéramos para planificar orgánicamente el aporte que podía prestar al trabajo solidario. Nunca tuve respuesta.

Al organizar el Pleno de La Habana, la Dirección atribuyó especial trascendencia a la participación del compañero Rodríguez. Con mucha antelación y por conductos diferentes se le hizo llegar la correspondiente invitación y se situaron los pasajes en la capital venezolana. Jamás dio explicación alguna sobre los motivos de su inasistencia. Por el contrario, prefirió recurrir al equívoco expediente de dirigir cartas privadas a diversos militantes descalificando el Pleno y a la Dirección del Partido.

Más tarde, el Secretariado Exterior le dirigió una extensa carta, concebida con extrema generosidad y animada por una indiscutible voluntad unitaria. En ella se le planteaba la conveniencia de su integración orgánica al Partido exigiéndole, a la vez, un reconocimiento de su Dirección. Tal demanda no tuvo la respuesta que el Partido y el drama de Chile hacían exigirle. El compañero Rodríguez se dirigió por primera vez al Secretariado Exterior en un documento que trasuntaba un grado extremo de personalismo, ofuscación y odiosidad. Una vez más el deber superior de cautelar la imagen del Partido en el exterior nos llevó a renunciar al legítimo derecho de dar respuesta pública a aquel documento, profusamente distribuído por él mismo. Nos hemos detenido en el caso específico del Co. Rodríguez porque estimamos que la conducta por él asumida rebasa los límites de lo permisible. Más allá de la incompatibilidad entre la línea política del Partido y el proyecto en que él aparecería comprometido, sus actitudes le están ocasionando un daño a nuestra organización, tanto en el orden orgánico como operativo.

Con el mismo espíritu fraternal y unitario procedimos en relación con el Co. Pedro Vuskovic, cuyas actividades fraccionales se venían acentuando ostensiblemente en el último tiempo, Lo invitamos al Pleno de La Habana, tomamos con él contactos personales y epistolares; pero tampoco encontrammos en él una acogida que permitiese incorporar su capacidad al esfuerzo colectivo del Partido.

Nadie podrá, en consecuencia, poner en tela de juicio el sentido profundamente unitario, democrático y fraternal con que hemos cautelado los intereses superiores del socialismo. En este afán, hemos ajustado nuestra actividad a normas orgánicas previamente establecidas, aplicándolas con ponderación y energía a todas las desviaciones por igual, cualquiera fuese su signo.

CRITERIO SEIS.

Los militantes del Partido obligados a exiliarse son parte integrante de la organización partidaria con plenos derechos y su tarea primordial es

la de constituirse en retaguardia de la lucha del Partido en el interior de Chile, proporcionándole apoyo material, preparando cuadros y desarrollando el más amplio movimiento de solidaridad.

Paradojalmente, en no pocas oportunidades la propaganda fascista ha encontrado inesperado aval en torpe empeño publicitario de algunos grupos y fuerzas de izquierda por denigrar el destierro. Tal ha sido el caso de la desafortunada consigna que en el pasado levantó el MIR, expresando que "el MIR no se aisla". Por desgracia para el propio MIR, los hechos lo han desmentido y ningún beneficio logró de tal consigna. Sin embargo, el perjuicio fue grande, pues contribuyó gratuitamente a fortalecer la propaganda de la dictadura que pretendía asimilar el exilio chileno a una banda de "desertores", a un conjunto de "cobardes" que no cumplían sus responsabilidades, olvidaban su Patria e iniciaban una "vida despreocupada y feliz" en el exterior. Muy por el contrario la inmensa mayoría del exilio político vive permanentemente en torno a la problemática chilena, dedica todos sus esfuerzos a contribuir al derrocamiento de la dictadura, no aspira sino a regresar al Chile querido y jamás olvidado y trata de educar a sus hijos, pese a mil dificultades, en los hábitos, valores y tradiciones de nuestra Patria.

Por esto desde un comienzo hemos considerado insólita la pretensión de dividir el Partido entre "héroes" que luchan en Chile y "cobardes" que lo abandonaron. Fuera y dentro del país se ha evidenciado coraje se ha acumulado dolor. A uno y a otro lado de las fronteras hubo asunción plena de responsabilidades y entrega sin reservas al Partido y a la lucha contra el fascismo.Dentro y fuera hay camaradas que no han enfrentado las obligaciones que les hacía exigible el drama de Chile, arrastran cicatrices físicas y anímicas que les infligieron los verdugos. Dentro y fuera hemos tenido dolorosas bajas en la lucha sin cuartel contra la tiranía.

Es ciero que el escenario principal de nuestro combate es Chile. Pero ello no implica, en modo alguno, aceptar el criterio de que la localización geográfica —estar dentro o fuera de las fronteras nacionales— constituya la medida primera y última de la consecuencia y solvencia moral de los militantes. Es la actitud ética y política, el aporte cotidiano al esfuezo del Partido y, en el caso de los dirigentes, las razones y circunstancias de su salida del país, lo que fundamente sus derechos y ascendiente.

Mucho menos puede considerarse la situación geográfica como elemento clave que permita discernir entre quienes pueden participar en la conducción superior del Partido a título pleno y quienes sólo por condescendencia de los dirigentes del Interior y, por tanto, de modo condicionado.

Dede los ejemplos clásicos de las direcciones revolucionarias y antifascistas bolcheviques, italianas, búlgaras, por sólo citar algunas, hasta llegar a los de muchos movimientos y partidos revolucionarios de la época actual, no han sido éstos, por cierto los criterios determinantes.

Por esto hemos rechazado siempre la descalificación que algunos han pretendido hacer de la Dirección elegida en el Congreso de La Serna, así como la de innumerables dirigentes y militantes que hoy se encuentran en el destierro.

Al respecto deseamos dejar puntualizado los siguientes hechos:

1. Tal como fue acordado, la totalidad de la Comisión Política —sin que se registrara ninguna falla— se reunió en el lugar previsto el día 11 de Septiembre de 1973, demostrando con ello su responsabilidad.

2. De los miembros que integran el CC a esa fecha, cinco fueron asesinados otros 16 fueron detenidos, conocieron los campos de concentración y la tortura y después de largo tiempo de prisión fueron expulsados del país; 3 desaparecieron en las mazmorras del fascismo, entre ellos, nada menos que el Jefe del Partido en el Interior, Exequiel Ponce y el Secretario General de la J.S., Carlos Lorca.Hasta hoy continúa en la cárcel el camarada Carlos Lazo, ex-miembro de la Comisión Política y 3 integrantes del CC permanecen en el interior del país.

   Del resto debe recordarse que 3 se encontraban al momento del golpe fuera de Chile, el asilo de varios fue autorizado expresamente por la D.I. siendo cuestionados en definitiva sólo 7.

   Este balance suscita una pregunta: ¿Puede una Dirección política que contabilizaba un número tan significativo de camaradas asesinados, torturados, condenados a muerte, desaparecidos y encarcelados, ser descalificada moral y políticamente?

3. En el exilio hay un número muy importante de dirigentes sindicales y jefes regionales o integrantes de organismos medios que también han estado por meses sometidos a torturas y por años a prisión. ¿Pueden ellos ser descalificados por el sólo hecho de estar hoy fuera del país?

4. Una enorme cantidad de militantes han sido expulsados de Chile después de haber permanecido por meses o años en las prisiones del fascismo. ¿ Están ellos condenados a una " submilitancia " por no encontrarse hoy en el interior ?

   No existe en la izquierda un partido con una cifra tan elevada de dirigentes y militantes asesinados, torturados y encarcelados. ¿ Puede arrojarse aunque sólo sea la sombra de una duda sobre estos compañeros militantes que, arrancados de las garras del fascismo, se encuentran involuntariamente fuera de su Patria?

   Cinco de los doce compañeros a quienes la dictadura privó de su nacio-

nalidad son militantes del Partido y tal "distinción" se les concedió, precisamente, por realizar un activo y eficiente trabajo orgánico en favor de la causa de Chile.

Debemos colocar el problema en un terreno estrictamente político sin perjuicio de analizar, en cada caso concreto, la actuación personal de el o los militantes que detenten funciones de dirección o sean promovidos a ellas.

A nuestro juicio, la Dirección de un partido revolucionario que lucha en en condiciones de clandestinidad debe situarse donde el análisis político concreto lo determine. Esta es la única norma válida que puede darse sobre esta materia. No hay sobre ella reglas inmutables o generales. No existen involucradas·cuestiones de principio ni de ética revolucionaria. Lo que afirmo puede ser confimado por el más elemental análisis de experiencias similares a la nuestra, en que este problema también suscitó debates y discusiones. Plantearlo de otra forma equivale a una verdadera extorsión contra aquellos que por diversas razones, cuya validez nadie puede honestamente discutir, se han visto forzados a abandonar el territorio nacional, aunque no a abandonar la lucha revolucionaria. Si un dirigente no merece la confianza de su partido. no debe ser tal ni en el interior ni en el exterior. En cambio, si se le otorga tal confianza, es porque se le reconoce aptitud de dirigente dondequiera que esté.

Sólo un tema de conciencia de estos criterios y el respeto a ellos podrá garantizar la indispensable unidad de pensamientos y acción entre los niveles exterior e interior del Partido.

CRITERIO SIETE

Crear en el exterior una amplia red de relaciones y estructuras que sirvieran de apoyo a la lucha en el interior del país y a la solidaridad internacional con ella.

Cuando debimos abandonar el territorio nacional encontramos en el exterior un vasto y expontáneo movimiento de solidaridad con la causa de Chile Era enorme pero no garantizaba, por el sólo hecho de existir, el rol que al Partido le correspondía desarrollar en él. Más todavía, cuando nuestra tradicional autonomía respecto a las grandes corrientes políticas nos privaba de la posibilidad de apelar a la utilización de estructuras, recursos y diversos aportes lo que constituye un derecho de las organizaciones a ellas afiliadas. Las posiciones que hemos logrado sin por ello renunciar en lo más mínimo a nuestros principios autónomos, han sido, por cierto, fruto del espíritu internacionalista abierto, no sectario y fraternal que hemos encontrado; pero ha exigido también un activo y paciente trabajo.

Debemos tener presente para la debida comprensión de nuestra situación actual, que cuando sobrevino el golpe militar el Partido mantenía vínculos estrechos prácticamente sólo con el PC de Cuba.

En ello influyó, indudablemente, un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó - entre otras cosas - a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y social-demócratas europeos.

A su vez, con el campo socialista habíamos establecido una relación casi puramente formal, reducida a la participación ocasional en algunos congresos de partidos amigos.

Hoy, en cambio, en el plano de las relaciones intrnacionales podemos entregar un balance alentador. Es cierto que él está determinado, en gran medida, por el peso y amplitud de la solidaridad internacional, por el explicable impacto emocional del drama de Chile y, más allá de todo, por la muerte heroica de Salvador Allende.

Pero en modo alguno ha sido un fenómeno de generación espontánea, ajeno a un trabajo perceverante de la Dirección del Partido y del exilio socialista.

En America Latina mantenemos relaciones con numerosos partidos y organizaciones progresistas y revolucionarias, en especial con el PS y el PC de Uruguay, con el PS Revolucionario del Péru, con el PS de Ecuador, con el PS de Puerto Rico, con el PRI de México y otras organisaciones pólíticas de este país, con importantes sectores del exilio brasileño y de Argentina y, por supuesto, continuamos desarrollando nuestras estrechas y faternales relaciones con el PC de Cuba, del cual hemos recibido una ayuda inapreciable.

Hemos establecido sólidos vínculos con el campo socialista, sobre todo con la RDA, con la URSS y Bulgaria. Hemos recibido, igualmente, un apoyo inmenso de los países líderes del Movimiento de Naciones No Alineados; Yugoslavia y Argelia. En ellos el Partido no sólo goza de un lugar de preminencia protocolar sino, además, de un aporto considerable en estructuras.

Mantenemos relaciones amplias y profundas con todos los partidos socialistas y social-demócratas de Europa. Estas son privilegiadas con los partidos socialistas de Francia, España, Italia y Bélgica y, en especial, con el Partido del Trabajo de Holanda. Tenemos buenas vinculaciones con los laboristas ingleses y con los partidos Social-demócratas de Suecia, Dinamarca y Finlandia. Sólo carecemos de relaciones oficiales con el SPD de Alemania Federal.

Debo dejar establecido que asumí directa y personalmente la responsa-

bilida de establecer vinculaciones con los partidos socialistas y social-demócratas europeos cuando aún pesaban en muchos dirigentes y en el grueso de la masa partidaria prejuicios y reservas que han debido ser superados. La generosa solidaridad que hemos recibido, el respeto que invariablemente se ha dispensado a nuestra independencia y el mejor conocimiento que hoy tenemos sobre estas organizaciones políticas, han demostrado que tal decisión fué correcta y positiva no sólo para el Partido, sino-lo que es más significativo- para la causa de nuestro pueblo. Las importantes conferencias "Paneuropea de Solidaridad con Chile"(1974) y de Rotterdam (1977) se hallan insertas en este gran esfuerzo unitario internacional antifascista.

Hemos cumplido› misiones de indudable beneficio para Chile, el movimiento popular y el Partido, en Corea, Japón y Vietnam. Este último país nos ha dado un apoyo particularmente solidario y concreto.

También hemos desarrollado un fructífero intercambio de relaciones con partidos y movimientos independentistas, antiimperialistas y revolucionarios de Africa y Asia Menor, como son: O.L.P. de Palestina; Partido BAAS de Siria; Unión Arabe Socialista de Libia; el P.A.I.G.C. de Guinea Bissau; el MPL de Angola y el FRELIMO de Mozambique.

Debemos insistir: todo este vasto sistema de relaciones ha redundado en favor de la causa de Chile, ha vigorizado el prestigio del Partido y ha contribuido al aislamiento de la Junta fascista.

La tarea realizada cobra su verdadera dimensión si se considera que el notable incremento de estas relaciones se ha efectuado apoyándonos en nuestras propias fuerzas o iniciativas, sin integrar ninguna de las grandes organizaciones internacionales y siendo conocida nuestra celosa defensa de la autonomía partidaria.

No podemos dejar de destacar el ejemplo enaltecedor de trabajo disciplinado, eficaz, rigurosamente orgánico, realizado en este aspecto por el recordado compañero Orlando Letelier. El merece ser señalado, más allá del drama de su sacrificio personal, como un testimonio imperecedero de patriotismo y consecuencia. Ajeno a todo personalismo, jamás adopta iniciativas que no fueran consultadas al Secretario General. Todo su trabajo, incluso su traslado a EE.UU., lo fue en escrito y fraternal acuerdo con el Jefe del Partido. El apoyo moral, político y financiero -modesto por cierto- que recibió Orlando Letelier, provino del Partido. Una nutrida correspondencia da testimonio de ello.

En términos orgánicos, el Partido cuenta con 39 estructuras nacionales en los países más importantes de los cinco continentes. Ellas mantienen un grado de vinculación de homogeneidad aceptable.

Es un hecho que la solidaridad y la batalla que la humanidad progresista ha librado contra la Dictadura fascista no tiene paralelo en la historia mundial. Muchas veces hemos señalado los factores que la han incentivado y mantenido por tiempo tan prolongado. Pero los camaradas del interior deben tener muy claro que detrás de cada hecho en favor de la causa de Chile, tras cada acto, cada declaración, cada conferencia, cada acuerdo, cada votación en los organismos nacionales e internacionales, tras cada gestión en favor de presos, torturados y desaparecidos, ha estado y está el trabajo activo del Partido.

También debe llamar la atención sobre una decisión que comprometió mi exclusiva responsabilidad personal: la ubicación de la Dirección del Partido en La República Democrática Alemana. Es el instante de precisar formalmente los alcances de esta resolución.

Siempre estime que la Dirección Exterior del Partido debía situarse en el escenario natural de sus luchas, esto es, en América Latina. Así lo manifestó explícitamente en el Pleno de La Habana, lo que consta incluso en el comunicado final de aquella reunión. Pero si las razones para hacerlo eran obvias, las posibilidades materiales nunca existieron.

Asumí la responsabilidad de aceptar con fraternal gratitud, el generoso ofrecimiento que me hicieron los camaradas del PSUA, porque tal ofrecimiento estaba respaldado por una concepción limpia, honesta y desinteresada de la solidaridad internacionalista.

Hemos recibido del PSUA de la RDA una ayuda de ingentes proporciones. Para dar una idea de la misma basta sólo una afirmación: dicha ayuda ha permitido al Partido coordinar actividades, si bien con modestia, a escala mundial.

Por lo demás, el PSUA no sólo ha prestado esta asistencia al PS, sino a todos los partidos de la UP, y a ésta en cuanto a estructura orgánica.

A mayor abundamiento cabría agregar que de esta solidaridad se benefician la inmensa mayoría de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional de Africa y Asia. Me atrevo a afirmar que no hay un solo movimiento independentista de alguno de estos continentes que no haya encontrado en Berlín un apoyo concreto y resuelto a sus luchas.

La considerable ayuda que hemos recibido no sólo se contabiliza en términos de estructura material y en la acogida generosa entregada a más de dos mil refugiados chilenos. Debemos valorizar por sobre todo el cariño, el afecto y la fraternidad que el Partido, el Gobierno y el pueblo de la RDA invariablemente nos han dispensado en los años de exilio.

Cuando he subrayado la necesidad de descentralizar la dirección del Partido y establecer un nuevo contra operativo y de coordinación en América Latina, lo hemos hecho por razones obvias. Estas razones nada tienen que ver con un cuestionamiento hecho desde posiciones anticomunistas.

Las objeciones formuladas sólo tendrían legitimidad si la extraordinaria cooperación recibida hubiera involucrado -velada o abiertamente- un menoscabo de nuestra autonomía o una mediatización de nuestra identidad política. Jamás los camaradas del PSUA -es mi deber dejarlo establecido- han pretendido interferir en la vida ni en las decisiones del Partido. Y es esto lo que otorga a su aporte solidario un valor que compromete la gratitud de nuestro pueblo, de la resistencia chilena y, en especial, del Partido Socialista.

Recursos

En relación con esta materia debemos dejar establecido con claridad meridiana los siguientes hechos:

1. Una cantidad considerable de dinero ha sido enviada al interior en el curso de los últimos cuatro años por vía partidaria, sindical y humanitaria. Importante en términos reales, modesta en la perspectiva de las necesidades que plantea la lucha en el interior. Me atrevo a afirmar que ella es significativa para un partido que no está adscrito a ninguna organización internacional, que no tiene otras fuentes de financiamiento que no sean aquellas que es capaz de procurar con su propio esfuerzo y que cautela celosamente su independencia.

2. Los gastos de operación en el exterior no se han hecho con cargo a recursos en moneda dura, las que se han destinado íntegramente al interior. Ellos (los gastos en el exterior) en su inmensa mayoría han sido solventados con el aporte de los países solidarios del campo socialista. Tal aporte, al igual que la ayuda de otras fuerzas políticas y humanitarias, nunca se habría expresado sin el trabajo realizado por la Dirección Exterior. En esta tarea de honor le cupo una participación relevante a nuestra inolvidable compañera Beatriz Allende.

3. Indudablemente no he sido ni soy yo el depositario de dichos recursos aunque, por cierto, a mí me ha correspondido autorizar cada remesa. Nos hemos preocupado nuy especialmente de que el mecanismo de remisión de estos ingresos no pudiera prestarse a dudas ni suspicacias. Ellos han sido enviados a través de las estructuras estrictamente orgánicas del Partido.

Queridas compañeras y compañeros:

Los siete criterios anteriormente mencionados han encontrado su con-

creción en los siguientes logros; que expresan muy sucientamente los aspectos principales de la importante tarea realizada en el exterior:

Uno: La mantención de la integridad y cohesión del Partido.
En cifras ello se expresa en que a lo menos el 85 por ciento de los exiliados que militaban en el Partido antes del golpe reconocen y acatan la autoridad de nuestra Dirección Central. El Partido no ha estimado oportuno reclutar nuevos militantes en el exterior salvo en casos excepcionalísimos, no obstante ser numerosas las peticiones de admisión planteadas en distintos países.

Dos: La organización partidaria se ha volcado, con muy positivos resultados, a la materialización de incontables acciones destinadas a multiplicar y sostener el movimiento de solidaridad con Chile. La participación socialista en las diversas instancias de la solidaridad ha sido decisiva.

Tres: El Partido posee hoy día organización en 39 países, funcionando regularmente la mayoría de ellos.

A través de dicha organización, la Dirección central ha establecido una muy sólida red de relaciones, tanto con partidos del campo socialista y socialdemócratas de Europa Occidental como con organizaciones políticas de los países no alineados y movimientos y partidos progresistas y revolucionarios latinoamericanos.

Cuatro: Se ha producido una notoria elevación del nivel político del Partido. Un importante número de cuados han tenido la oportunidad de mejorar su preparación política y revolucionaria.

Cinco: El Partido ha logrado recaudar ingentes recursos, los que han sido enviados al interior.

Seis: El Partido ha tenido un rol decisivo en el funcionamiento de las instancias unitarias de la izquierda chilena, de la Unidad Popular y de innumerables organismos de solidaridad. En el caso de la Unidad Popular, quiero dejar expresa constancia de la enorme actividad realizada por su Secretario Ejecutivo, compañero Clodomiro Almeyda, quien al poco tiempo de ser liberado de la prisión asumió con gran espíritu de trabajo, de iniciativa, eficiencia y sentido unitario esas importantes tareas, elevando cualitativamente la presencia y coordinación de la Unidad Popular en el exterior.

Siete: Consideramos, por último, haber enriquecido el patrimonio teórico y político del Partido a través del análisis y profundización de diversos temas vinculados a la estrategia y táctica de la revolución nacional, a la caracterización del régimen político de la dictadura y de sus impli-

cancias socio-económicas, a la crítica y autocrítica de la experiencia pasada y de las debilidades y aciertos de la conducción revolucionaria.

No albergamos la vana pretensión de haber agotado tan vasta problemática, ni de haber dado respuestas definitivas a todos los cruciales interrogantes planteados. Pero, en la medida de nuestras posibilidades, hemos señalado énfasis y directivas metodológicas y temáticas sobre la base de las cuales resulta posible cimentar una actividad de teorización más rigurosa.

Siempre hemos partido de la premisa de que este esfuerzo debe ser la obra colectiva, en formas y grados diferenciados, de todo el Partido y una de las vias más promisarias para estimular el debate en torno a la elaboración de un Programa.

Señalamos por ello, una vez más, la necesidad ineludible de proseguir el estudio y la discusión orgánica de estas materias y otras conexas, a objeto de fundamentar nuestra función dirigente en una visión lúcida y coherente de la compleja realidad contemporánea.

Compañeras y compañeros asistentes a este Pleno Extraordinario de la Dirección Interior y Exterior del Partido:

El golpe de Estado del 11 de Septiembre de 1973 representa, a no dudarlo, la más grande fractura social, económica, política, institucional, cultural y moral de nuestro país, en casi ciento sesenta años de singular vida nacional independiente.

Como resultado de la traición de la cúspide golpista de las FF:AA., Chile ha quedado marginada de su propia evolución histórica, de la comunidad democrática internacional y profundamente quebrantado en la base misma de sus valores culturales y éticas e incluso gravemente comprometido en su seguridad como nación.

En las últimas semanas, sin ir más lejos, ha debido exhibir su debilidad para defender su soberanía territorial en la zona austral del país, firmemente avaladas por razones históricas y jurídicas no obstante que, paradojalmente, quienes tienen por función esencial esa salvaguardia ejercen el poder absoluto del Estado.

En razón de toda ella, la tarea de luchar y de derrotar al fascismo, de reconstruir nuestras grandes tradiciones cívicas y culturales, de restaurar el imperio de la justicia y la dignidad humana, de restablecer el curso ascendente de nuestra evolución histórica, es una tarea eminentemente patriótica y revolucionaria y de absoluta prioridad.

Es cierto que enfrentamos dificultades. Pero ello no es sino la con-

secuencia de haber sido perseguidos implacablemente por el terror reaccionario y de haber, pese a todo, resistido y perdurado para encabezar la lucha del pueblo, desde la primera hora. Ello constituye a la vez la clave de nuestra vigencia histórica y de nuestro ascendiente sobre las masas. De tal fuerza, de tales tradiciones, de tal ascendiente, no se podrá prescindir ni hoy ni mañana.

Así lo creemos firmemente. Por ello, si tuviéramos que resumir tan sólo en unas palabras lo más esencial de nuestra participación en la Secretaría General del Partido, diríamos que ha sido nuestro constante empeño por defender la personalidad, el perfil político, la vigencia y superación teórica y orgánica de ésto, en la convicción, hondamente arraigada, de que actuando así fortalecíamos el futuro de la revolución chilena.

No siempre encontramos en la Dirección que ahora pone término a sus funciones, plena comprensión. No atribuímos a nadie, sino a nosotros mismos, la responsabilidad de estas transitorias desinteligencias. Seguramente, como producto de nuestras propias limitaciones no logramos, a veces, concitar un apoyo a concepciones y planteamientos que estimamos correctos. En algunos aspectos cruciales del quehacer de estos años se produjo, en el seno de la Dirección, una suerte de polarización entre posiciones que recogían sólo parcialmente elementos de nuestro pensamiento, colocándonos en una situación de aislamiento que algunos han interpretado como un esfuerzo deliberado por constituirnos en árbitro de nuestro accionar político. Pienso, en cambio, que ella ocurrió porque no obstante que la mayor parte de las veces mis palabras encontraron una amplia acogida en el seno de la Dirección, cuando ellas debían traducirse en acciones políticas concretas cada quien enfatizaba tan sólo aquellos aspectos que, según su propia óptica, estimaba prioritarios. Así, por ejemplo, cuando se ha planteado el problema relativo a nuestras necesarias convergencias con la Democracia Cristiana en la perspectiva de una amplia lucha antifascista, algunos han acentuado tan sólo aquellas posiciones que he señalado como opuestas al alcance de dicha convergencia; otros en cambio han enfatizado tan sólo sus aspectos positivos olvidando que toda convergencia, todo acuerdo, toda política de acciones comunes, debe estar fundada en nuestro propio fortalecimiento, en la creación de nuestra propia fuerza como núcleo dirigente del pueblo y de la nación chilena y en la elaboración y agitación de nuestra propia propuesta socialista para Chile.

Igualmente, las discusiones y debates en torno a los problemas de la concepción y organización del Partido se han caracterizado por una aceptación diríamos formal, de mis planteamientos. Llegado el momento de darles concreción, algunos se han refugiado en mi permanente defensa de la democracia interna, en mi empeño por preservar la crítica y la creatividad del Partido, para aferrarse a prácticas orgánicas disolventes y anarquizantes y negar su apoyo a medidas esenciales de ordenamiento interno. Otros, en cambio, han recogido tan sólo mi condena a tales prácticas, para tratar de impulsar medidas de ca-

rácter puramente administrativas, no avaladas por la necesaria e indispensable discusión ideológica.

Pero nada de ello deja en mí afanes de reproche. Me siento, en último término - y lo digo desde lo más hondo de mi ser -, personalmente responsable por los errores cometidos y no pretendo transferirlos a nadie. Asumo dicha responsabilidad integralmente, frente a ustedes y frente a los militantes.

Aún más - si se me permite extenderme unos instantes en apreciaciones más bien personales - quiero expresar que estos siete años en la Secretaría General del Partido me han enriquecido, humana y políticamente. El contacto diario con nuestro maravilloso pueblo, que vivió con fe y pasión infinitas el el inicio del proceso revolucionario que encabezó nuestro Partido; el conocimiento personal más profundo de muchos valiosos compañeros; la adquisición de nuevas e inolvidables experiencias, incluso las más dolorosas. Todo ello ha reafirmado mi fe en el pueblo chileno y mi confianza indestructible en el futuro de nuestra Patria.

Por ello deseo agradecer a todos los militantes del Partido y, en especial, a cada uno de ustedes, miembros del Comité Central elegidos en nuestro último Congreso Ordinario de La Serena, por el trabajo realizado y el apoyo prestado a las tares de la Dirección.

Deseo también expresar —en nombre de todos los miembros del CC de La Serena— nuestro más vivo reconocimiento a la Dirección Interior del Partido y a quienes en ella han sucesivamente participado durante cuatro años, porque como siempre lo hemos expresado, ha mantenido la antorcha encendida del socialismo chileno, su continuidad histórica, la tradición de lucha del Partido y logrado, a pesar de las enormes dificultades, mejorar su pie orgánico y su nivel político. No me cabe la menor duda de que con la misma responsabilidad que han dirigido las tareas partidarias en Chile, los compañeros que hoy la representan aquí ejercerán el derecho que se les ha reconocido a participar en forma preponderante en las decisiones de este Pleno, con prudencia, espíritu unitario y sentido democrático.

También deseo manifestar mi reconocimiento a la importantísima labor cumplida por la Juventud Socialista en el exterior. De su capacidad de organización, de su fe y de su esfuerzo dependerá, en mucho, el futuro de nuestro Partido.

No podríamos, por otra parte, dejar de testimoniar nuestro agradecimiento sincero al compañero Adonis Sepúlveda, Subsecretario General del Partido, quien me acompañó en las tareas de dirección superior durante estos siete años. Actuó siempre con irreprochable lealtad al Partido y al Secretario General que habla, sin por ello dejar de plantear, con honestidad y pasión, sus propios criterios muchas veces —especialmente en el último tiempo—

discrepantes con los míos. En innumerables ocasiones asumió públicamente la defensa de posiciones que, sin duda, no compartía, dando estricto cumplimiento a las normas orgánicas que inspiran nuestra organización y un ejemplo que, equivocadamente, algunos no han sabido apreciar en su justo valor.

Deseamos además —en nombre de todos los dirigentes aquí reunidos— rendir el sentido homenaje de nuestro recuerdo a todos aquellos compañeros que, siendo miembros de nuestro Comité Central, no han podido hoy, por razones diversas, estar junto a nosotros. A Carlos Lazo, que aún permanece en las cárceles fascistas, dando un ejemplo de entereza; a Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos, heróicos dirigentes desaparecidos, que asumieron con enorme coraje y valentía la importante tarea de rearticular el Partido en la hora más dramática de su historia; a Eduardo Paredes, a Arsenio Poupin, Luis Norambuena, Víctor Zérega, Arnoldo Camú, caídos en combate, luchando contra la barbarie fascista en defensa de nuestros ideales.

Junto a los miembros del Comité Central del Partido fueron también ultimados centenas de militantes. Entre ellos queremos hoy recordar muy particularmente a José Tohá, noble compañero, socialista de una vida, hombre superior por sus grandes cualidades intelectuales y morales; a Orlando Letelier, inolvidable combatiente por la libertad de su pueblo y una de las más relevantes figuras del movimiento de solidaridad internacional; a Eduardo Charme, joven y heróico militante, que integró una de las direcciones clandestinas del Partido. En el homenaje a ellos queremos simbolizar nuestra emocionada gratitud a todos quienes asumieron con dignidad, con secuencia y lealtal sublíme su compromiso revolucionario. No podríamos, sin embargo, concluir estas palabras de conmovido recuerdo sin expresar nuestra admiración más fervorosa por el comportamiento de nuestros simples y modestos militantes de base: obreros, campesinos, intelectuales, mineros, jóvenes profesionales, estudiantes, participantes desconocidos de nuestra gesta, que entregaron sus vidas anónimas y sacrificadas en aras de una causa que ya ha pasado a ser patrimonio universal. Nombres comunes, casi desconocidos; nombres chilenos, nombres patriotas, cuyos ecos sonoros se han apagado transitoriamente para que renazca en cambio, viva y fulgurante, la tradición de heroísmo y sacrificio, el espíritu combativo y revolucionario que constituye la sustancia y el ser del Partido Socialista de Chile.

Sin duda el rasgo más sobresaliente de las vibrantes páginas escritas por nuestro pueblo en esta hora de barbarie la representa la entereza, la dignidad y el coraje de la mujer chilena. Pensamos que sus grandes virtudes están diáfanamente simbolizadas: Tencha de Allende. Por esto, los socialistas la recordamos hoy aquí, con respeto e inmenso cariño y afecto.

Todos estos nombres, que son millares, se funden e identifican en uno, en el más grande de todos nosotros, en quien representó a un movimiento de millones de seres humanos, a un pueblo entero, a un continente esperanzado: nuestro querido "Compañero Presidente" Salvador Allende.

Rendimos también homenaje, en nombre del socialismo chileno, a los innumerables mártires del Partido Comunista, del MAPU, y del MAPU Obrero y Campesino,del Partido Radical, de la Izquierda Cristiana, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y a quienes, sin militar, también se incorporaron a la lucha, entre ellos nuestro leal e inolvidable camarada y amigo, Augusto Olivares. Todos ellos con sus muertes heróicas sembraron las semillas generosas de un luminoso porvenir.

Finalmente, en el marco de este Pleno histórico, estimamos imperioso una significativa evocación. El Partido Socialista de Chile otorga especial relieve a la memoria insigne de los innumerables uniformados, constitucionalistas y democráticos, que ofrendaron sus vidas para salvaguardar el honor y la dignidad de la nación chilena,en el instante de la traición institucionalizada.

Han muerto defendiendo las más puras tradiciones de nuestra Patria, en heróica consecuencia con los valores que le han otorgado a Chile un lugar en la historia universal: su voluntad libertaria y su vocación democrática.

Emergen desde su sacrificio, con la más alta estatura moral, como luminosa excepción en el negro historial del militarismo americano, proyectando así una poderosa toma de conciencia en el seno de las fuerzas armadas.

Ellos han constituído un glorioso destacamento de avanzada en la nueva ideología en los hombres de armas. Ideología que ha de generar una auténtica doctrina de defensa nacional y ha de impedir transformar a los militares en enemigos y verdugos de sus pueblos; que ha de servir de sostén de los principios democráticos que deben informar a los gobiernos de nuestras naciones y no de fundamento a sangrientos regímenes opresores; que ha de inspirar el ejercicio pleno de la soberanía nacional y no avalar los intereses del imperio extranjero; que, en definitiva, los ha de hacer partícipes en la construcción de una sociedad consagrada al progreso, a la justicia y a la paz y no en guardianes de privilegios y en gestores de guerra.

Algunos de sus nombres ya están registrados en el bronce de la historia. Grandes monumentos conmemorarán sus actitudes inmortales. Pero lo que es más importante, su recuerdo y su ejemplo están inscritos para siemrpe en el corazón agradecido del pueblo de Chile y será motivo de veneración de las generaciones futuras.

Honra y gloria para René Schneider, para Arturo Araya, para Alberto Bachelet, para Carlos Prats, asesinados por la reacción chilena.

Honra y gloria para los 62 marinos inicuamente condenados.

Honra y gloria para las decenas de oficiales y sub-oficiales de aviación torturados y encarcelados.

Honra y gloria para las centenas de oficiales, sub-oficiales y soldados del ejército que en una u otra forma han sido víctimas de la dictadura.

Ellos, los miembros de las Fuerzas Armadas que sellaron para siempre con su lealtad el compromiso con el destino soberano de Chile, anticipan la concurrencia del gran caudal liberador de nuestra Patria.

CAMARADAS:

Nuestro Partido está próximo a cumplir 45 años de vida.

El signo distintivo de su historia ha sido siempre su pasión revolucionaria; Espero que, más allá de los avatares de la lucha, de las victorias y de las derrotas, mi presencia en la Secretaría General haya contribuído a mantener esa tradición que es nuestra mayor herencia.

Nunca vacilamos, ni en los instantes más amargos y difíciles, por mantener viva y en alto las rojas y gloriosas banderas socialistas, por contribuir a que nuestros militantes sintiesen el orgullo de llevarlas y la dignidad de compartirlas con miles de voluntades de común inspiración.

Formulo votos fervorosos porque la nueva Dirección que aquí se elija, fortalezca nuestra tradición revolucionaria, acreciente nuestra capacidad de lucha, y nos conduzca por sendas de victoria.

VENCEREMOS!

Argel, marzo de 1978

DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO CON MOTIVO DE LA CONMEMORACION DEL 45 ANIVERSARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Ciudad de México, 13 de Mayo de 1978.

El Partido Socialista de Chile cumple 45 años de vida. Hemos querido conferir a este aniversario una solemne significación. Por eso hemos decidido celebrar lo de Nuestra América, en la gloriosa y fraterna tierra de Hidalgo, Morelos, Juárez, Zapata y Cárdenas, tierra generosa y solidaria, donde han encontrado refugio miles de chilenos y latinoamericanos perseguidos por el oscurantismo, la barbarie y la tiranía.

Cumplimos 45 años de luchas.

Desde su fundación, en 1933, hasta nuestros días, el Partido ha constituído una pujante fuerza en ascenso que, salvo un período de abatimiento y confusión durante su adolescencia política, ha encarnado las aspiraciones más profundas de nuestro Pueblo, entregándole, simultáneamente, las indispensables herramientas políticas y orgánicas para su emancipación.

Durante estos 45 años y aún antes de su nacimiento, a través de la participación de sus fundadores en el fugaz pero luminoso episodio de la llamada "República Socialista", el Partido ha estado presente en cada expresión significativa de rebeldía popular y de exaltación de la conciencia nacional, democrática y revolucionaria. Por ello podemos afirmar sin exageración y con profundo orgullo, que su inquieta y apasionada búsqueda ha marcado con sello indeleble la etapa más rica y convulsionada de nuestro desarrollo nacional independiente.

No reconstituiré, por ser suficientemente conocido, lo que podríamos denominar el itinerario histórico del Partido.

Sólo me limitaré a señalar la afortunada conjunción, de la exigencia de liderazgo social y político en una época de profunda crisis, con su intuición certera de los grandes anhelos populares y la

visión penetrante de un destino nacional superior que, desde su nacimiento hasta hoy, sigue constituyendo la característica recurrente, la razón de ser del socialismo chileno.

El período que va desde la fundación de nuestro Partido, en Abril de 1933, hasta el golpe de Estado en Septiembre de 1973, constituye, sin duda alguna, la fase más dinámica de nuestro desarrollo como Nación, porque señala el advenimiento del pueblo de Chile al primer plano de la escena histórica. Durante estos cuatro agitados decenios nuestro Partido, junto al Partido Radical, al Partido Comunista y otras fuerzas democráticas, se transformó en uno de los principales impulsores del proceso de modernización y democratización de las estructuras fundamentales de la sociedad chilena y de su ordenamiento institucional.

En los años 30, en el marco dramático de la crisis mundial, el país entró en la historia contemporánea. El ascenso de las luchas obreras y de los sectores populares señaló el colapso definitivo de la sociedad aristocrática, quieta y patriarcal, conformada en el siglo XIX, sobre la base del pacto semi-colonial entre la oligarquía comercial-latifundista y el imperialismo inglés. La dinámica desatada por las fuerzas populares durante los años de crisis permitió, en 1938, bajo la presidencia de Pedro Aguirre Cerda, imprimir al desarrollo del país un rumbo congruente con los intereses de las grandes mayorías nacionales.

Las insuficiencias del intento —derivadas del débil liderazgo de la burguesía desarrollista y reflejadas en el carácter limitado de las transformaciones, no pueden llevar a desconocer el avance substancial que él significó, en términos de desarrollo industrial, diversificación de estructuras, democratización de la vida social y creación de las bases materiales e institucionales del Estado chileno moderno.

Después de un período caracterizado por el debilitamiento y aún por la división de las fuerzas de izquierda, tuvo lugar un nuevo auge en la lucha popular por los grandes objetivos nacionales, hasta entonces diferidos o traicionados.

Este nuevo impulso democrático y liberador tuvo nuevos protagonistas: la clase obrera urbana y minera, el proletariado rural, el campesinado pobre y la clase media radicalizada. Dichos sectores, organizados a partir de 1957, en una alianza política, bajo la dirección de los partidos obreros, se constituyeron paulatinamente en bloque alternativo al bloque burgués-oligárquico y lograron, después de sucesivos esfuerzos, dar vida a un proyecto político para disputar el poder a las clases dominantes y emprender un proceso

de hondas transformaciones democráticas y antiimperialistas, en la perspectiva histórica de la transición al socialismo.

Este nuevo impulso renovador no habría llegado a desafiar de modo tan drástico a las fuerzas conservadoras de no haber contado con un adecuado marco político a partir del cual fundamentar su unidad de acción y su coherencia programática. Tal función cumplió la línea política llamada "Frente de Trabajadores", propugnada por el Partido Socialista. Formulada a mediados de la década de los 50, dicha línea constituyó la respuesta del Partido a las frustrantes prácticas de colaboración de clases del Movimiento Popular con la burguesía desarrollista. Percibiendo la incapacidad de ésta para impulsar un desarrollo capitalista autónomo, ella asignó al proletariado, a la cabeza de una vasta alianza de clases subordinadas y explotadas la tarea de dirigir el proceso democrático y liberador.

La constitución de la Unidad Popular y el triunfo de esta coalición en 1970, pusieron de manifiesto el carácter esencialmente justo de dicha arientación estratégica, cual fue poner el énfasis en la autonomía política del Movimiento Popular. Pero no es posible desconocer que dichos aciertos estuvieron acompañados por interpretaciones restrictivas que, en la práctica de gobierno y en la áspera lucha por el poder, revelaría serias debilidades.

Lo cierto es que la victoria de 1970 constituyó la grandiosa culminación del arduo combate iniciado en 1933. Por ser dicha victoria el punto más alto de la "larga marcha" de las clases dominadas y explotadas hacia el poder del Estado, y del país hacia su liberación definitiva, resulta a todas luces evidente su diáfana relación de continuidad con los momentos más estelares de la Historia Patria. Por la razón estrictamente inversa, por constituir un golpe demoledor para las fuerzas patrióticas, democráticas y populares; por contrariar brutalmente esa aspiración secular del Pueblo de Chile a la libertad y a la justicia, es que la instauración fascista, más que una derrota terrible en la lucha por el poder y la temporal frustración de un proyecto revolucionario, constituye la negación más radical del sentido ascendente de la singular evolución histórica de la Nación Chilena.

Nuestro Partido, nacido al decir de Oscar Schnake, para "resumir las esperanzas y la fe del Pueblo...para hacer Historia dentro de Latinoamérica y de la Humanidad en días preñados de un futuro grandioso" ..., ha conocido momentos de supremo fervor revolucionario y noble impulso creador y momentos de derrota y extremo desaliento.

Entre los primeros, el triunfo de la Unidad Popular y de su

abanderado en 1970, constituyó, sin duda, el más resonante y preñado de posibilidades. Entre los últimos, la muerte gloriosa de Salvador Allende y de su pléyade de combatientes socialistas, primeras víctimas de la antipatria y la traición, fue el más duro y amargo.

Pero ni en medio del triunfo ni en medio de la adversidad, nuestro Partido jamás olvidó sus motivaciones iniciales: las de convocar y movilizar a las clases desposeídas a la lucha por sus derechos económicos y políticos de denunciar la explotación capitalista e imperialista y el servilismo oligárquico-burgués; de crear conciencia popular y nacional sobre verdaderas causas del retraso y la injusticia y de proponer como soluciones últimas, el logro de la Unidad del Pueblo y la realización de un Programa para la transformación social en dirección del socialismo.

Por esta fidelidad esencial a sus orígenes y a su legado histórico, el Partido Socialista se ha granjeado la confianza y la adhesión de vastos contingentes humanos, que han visto en él, no sólo al digno depositario de heróicas tradiciones de lucha, sino al Partido de la transformación social, de la democratización profunda de la vida política del país, de la ruptura de la dependencia y de la renovación espiritual y moral de la Nación.

Este ambicioso diseño político conoció su punto más álgido en 1970, con la elección del primer Presidente socialista en América. Entonces pareció que el esfuerzo de tantos años había culminado con el éxito; que se habían logrado reunir todos los requisitos orgánicos, políticos y programáticos para dar un impulso decisivo a la democratización de la economía y de la sociedad, en dirección de la autodeterminación nacional y del socialismo. La dramática situación creada durante 1972 y 1973 y la victoria contraofensiva de las clases dominantes, sellada con el sangriento golpe de Estado, dejarían de manifiesto las serias debilidades e insuficiencias de nuestro proyecto y de su implementación.

No por ello, el Pueblo de Chile y el Partido Socialista olvidarán, que junto a las demás fuerzas populares, protagonizaron el momento más estelar de nuestra Historia Patria, inscrito para siempre en los anales de las grandes luchas revolucionarias de nuestro siglo, como el primer intento de conquistar el poder político y de marchar al socialismo: en libertad, pluralismo y democracia.

De dicha experiencia magnífica y terrible, así como del combate sin cuartel contra la dictadura fascista emerge fortalecida, nuestra convicción de que el factor esencial en el avance del Movimiento Popular lo constituye el grado y amplitud de la unidad entre las fuerzas que se oponen a la regresión fascista y pugnan por la reanudación del curso democrático de nuestra singu-

lar evolución histórica.

La Unidad Popular, culminación de más de veinte años de un titánico empeño, constituye el pilar fundamental de la Unidad de todos los demócratas, antifascistas y antiimperialistas. Así como en el pasado inmediato ella interpretó y canalizó los difundidos anhelos de justicia y progreso del Pueblo de Chile, ella interpreta hoy su decidida voluntad de resistir y vencer a la tiranía.

Es cierto que dicha coalición política no está exenta de deficiencias. Pero la manera de enfrentar dichas deficiencias no consiste en postular —como lo han expresado algunas voces con sugestiva premura— que ella ha perdido justificación y deba simplemente autodisolverse. No es el apego a siglas ni la nostalgia del pasado lo que nos lleva a contrariar tales puntos de vista. Desde hace algún tiempo hemos venido insistiendo en la necesidad de reformular la concepción de la Unidad Popular, no para desahuciarla ni para cambiarle meramente de nombre, sino para readecuarla al objetivo prioritario de la hora presente, esto es: estimular la Unidad y convergencia de todas las fuerzas democráticas antidictatoriales y generar un vasto bloque de fuerzas políticas y de la cultura, en la perspectiva del socialismo.

La Unidad Popular debe buscar nuevas y superiores formas de integración de sus componentes, a objeto de llegar a constituir una alianza orgánica de fuerzas políticas, sociales e ideológicas con real representatividad en la vida del país.

En la histórica marcha hacia la Unidad del Pueblo hemos caminado en estrecha alianza con organizaciones políticas, representativas de diversas clases y estratos sociales y variadas motivaciones ideales. Tal ha sido el caso del Partido Comunista de Chile, colectividad a la que nos unen más de veinte años de arduos combates y leal cooperación. Es el caso también, del más que centenario Partido Radical, expresión de tendencias laicas y socialdemocráticas de avanzada y de jóvenes colectividades, como son el MAPU, el MAPU-OC y la iIzquierda Cristiana, con todas las cuales nos ligan fraternales vínculos, forjados primero en la áspera contienda política y sellados, luego, en la lucha clandestina y en el exilio.

Cada una de ellas ha hecho una contribución imprescindible a la causa de la liberación de Chile. Por ello, a cada una, dirigimos hoy nuestro saludo más fraterno y solidario y nuestra firme decisión de preservar y profundizar aún más nuestra inclaudicable disposición unitaria.

En razón de sus características propias, nuestro Partido ha desempeñado un papel fundamental, como animador principal de esta constelación de fuerzas políticas, constelación auténticamente chilena y pluralista. Sin duda contribuyó a ello el hecho de que contáramos en nuestras filas con una figura tan descollante como la de Salvador Allende, capaz de inflamar con su palabra

vibrante a enormes muchedumbres y de transformarse en el vocero de la vida y de las esperanzas de todo un pueblo. Pero si el mensaje del Partido encontró en Salvador Allende su intérprete y abanderado más convincente, esto se debió no sólo a la férrea voluntad y a las relevantes condiciones de Allende, sino también a que él personificó un pensamiento y un estilo específicamente socialista. Así, uno y otro, constituyeron su mutuo e indispensable complemento, partes indisolubles de una rara y eficaz simbiosis, no siermpre apacible, pero siempre vital y creadora. Cabría preguntarse: ¿Cuáles son estas características singulares, que explican el arraigo de nuestro Partido, y más aún, que le permiten resurgir con renovados bríos y con un nuevo mensaje de lucha y esperanza, a pesar de los durísimos golpes recibidos?

Creemos que la respuesta a esta interrogante debe ser buscada en el origen mismo del Partido Socialista; en su capacidad siempre renovada para cambiar, para asimilar lo nuevo sin negar su esencia e identidad, para recrear sus profundos vínculos con la Nación y con el Pueblo.

Esta fidelidad a la intención de sus fundadores, enriquecida por la praxis política y la reflexión teórica, debe seguir constituyendo nuestro sello distintivo y la clave de nuestro arraigo en las masas.

El Partido fue creado no como un grupo de presión más, sino con la intención de transformarse en un gran partido nacional de la clse obrera; en la vanguardia revolucionaria del campesinado, de las capas medias de la ciudad y del campo, de la intelectualidad progresista, de la juventud y de las enormes masas discriminadas y marginadas por el capitalismo. Fue concebido, para romper las cadenas del atraso y la explotación, reformulando desde sus bases el orden social y sus valores morales. Fue y es un Partido con vocación de poder, firmemente identificado con los sentimientos democráticos y populares de la Nación Chilena, que ha buscado y busca expresar lo mejor de sus tradiciones, para proyectarlas hacia superiores objetivos de liberación y grandeza.

El Partido Socialista nació poseído por un auténtico y noble impulso internacionalista y latinoamericano ,

Al proclamarse latinoamericanista, el Partido no ha hecho sino recoger e incorporar a sus motivaciones esenciales una rica tradición histórica de nuestro pueblo. Este, desde los días gloriosos de la guerra por la independencia, comprendió la relación estrecha que existía entre la lucha contra la dominación extranjera y el indispensable fortalecimiento de vínculos con los otros pueblos hermanos, en proceso de emancipación.

Es esta tradición internacionalista de la Nación chilena —consagrada en los campos de batalla de Chacabuco, Maipú, Callao y Ayacucho, la que nuestro Partido ha hecho suya y desea proyectar hacia la segunda y definitiva independencia americana.

Pero si como parte integrante de la Nación chilena hemos nacido empapados en una tradición secular de apoyo a las luchas nacionales de emancipación —comenzando con Perú y concluyendo con Cuba—, como Partido Revolucionario de la clase obrera y del Pueblo de Chile hemos actualizado dicha tradición, insuflándole nuevos contenidos. Es por eso que hemos manifestado nuestra solidaridad a diferentes movimientos y procesos en los que, con distintos matices y orientaciones, hemos visualizado una común aspiración libertaria y democrática: un vínculo auténtico con el ideal redentor de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Juárez y Martí:

Como Partido Socialista siempre valoramos la extraordinaria significación de la Revolución Mexicana, convertida, bajo el liderazgo de Cárdenas, en máxima expresión de la conciencia antiimperialista de América. Por lo mismo expresamos nuestra encendida solidaridad con la gesta libertaria de César Augusto Sandino y con sus combativos herederos de hoy. Como Partido también entregamos nuestro apoyo a la Revolución Boliviana, como una primera revolución nacionalista y agraria en América del Sur y manifestamos nuestro respaldo desinteresado a movimientos nacional-popularistas que, como el varguismo en Brasil y el peronismo en Argentina, pugnaban por abrir nuevos senderos de justicia y progreso.

Desde sus inicios, hemos estado invariablemente junto a la Revolución Cubana, primera revolución socialista en el hemisferio occidental. Con ellos no sólo nos hicimos eco de la enorme simpatía que la legendaria gesta de los revolucionarios de Cuba, encontraba en nuestro pueblo. Además, valoramos en esta gesta y en sus luminosas conquistas una nueva calidad en el proceso emancipador, una síntesis superior en la empresa transformadora, liberadora y democrática, el comienzo de una nueva etapa en la materialización del sueño bolivariano, adaptado a las condiciones históricas contemporáneas.

Como Partido Socialista hemos saludado y apoyado decididamente procesos antiimperialistas iniciados bajo liderazgo militar; en Bolivia con el General Torres y en Perú con el General Velasco Alvarado, como expresiones auténticas de renovación y afirmación nacional.

Hemos apoyado y seguiremos apoyando las luchas de Panamá por romper sus ataduras de dominación y recuperar su dignidad y su patrimonio. Hemos apoyado ardientemente y lo seguiremos haciendo, al pueblo hermano de Puerto Rico, en su sagrada causa por la independencia nacional. Hemos expresado nuestra resuelta solidaridad con nuevos estados, como Guyana y Jamaica que, junto con incorporarse a la corriente histórica de nuestra lucha, dan sus primeros pasos en la construcción de sociedades libres.

En épocas recientes, el Partido ha hecho suyo el empeño de movimientos revolucionarios y de coaliciones democráticas antiimperialistas que en Argentina, Bolivia, Brasil, Guatemala, Nicaragua, Paraguay y Uruguay, luchan

contra dictaduras sangrientas, contrarias a las aspiraciones más fundamentales de sus pueblos. Estamos plenamente conscientes de que nuestra solidaridad con estas fuerzas no está ni ha estado a la altura de nuestras tradiciones nacionales y partidarias y de nuestras posibilidades actuales. Su fortalecimiento —por tanto— constituye una necesidad imperiosa en el marco de la gran causa de la unidad y emancipación Latinoamericana.

Más de alguien se preguntará: ¿qué puede haber de consecuente en una conducta aparentemente tan contradictoria, que implica apoyar y solidarizarse con movimientos, coaliciones, procesos y gobiernos de tan diversa factura ideológica e intencionalidad política, como son —por ejemplo— el nacionalismo antiimperialista de Perú durante Velasco Alvarado; la lucha heróica del Che Guevara y Camilo Torres en Bolivia y Colombia; los Montoneros en Argentina y el Frente Amplio en Uruguay?

La respuesta es una y simple. El Partido Socialista de Chile nunca se ha guiado en la expresión de su solidaridad, por un espíritu pequeño y calculador. Su capacidad para identificar el sustrato progresista, popular y liberador, en fuerzas políticas y sociales tan disímiles, se halla en los propios orígenes de nuestro Partido; en su condición de vanguardia obrera, nacional, popular y revolucionaria, características presentes en muchas de estas fuerzas, y en su compromiso irrenunciable con el proyecto de transformar América Latina en una gran comunidad de naciones, hermanadas en la Historia, en la cultura y en una titánica empresa colectiva de liberación humana y transformación social.

Este objetivo de crear una gran comunidad de pueblos latinoamericanos, se halla inscrito en nuestras banderas y en nuestra declaración de principios. El se expresa hoy en la orientación de los socialistas de Chile, encaminada a crear los requisitos políticos y económicos de una específica "opción latinoamericana", que haga sentir la presencia de nuestro continente en las relaciones internacionales y cautele sus intereses, sin odiosos tutelajes ni dominaciones.

Es en virtud de esta orientación, bolivariana y socialista, que nuestro Partido ha apoyado los esfuerzos de integración económica continental y señalado sus debilidades y correctivos. Por lo mismo, apoyó y sigue apoyando la idea matriz del Pacto Andino y condena como irresponsable, antipatriótica y antilatinoamericana, la decisión del régimen fascista de desconocer los compromisos contraídos por nuestro país.

En estricta correspondencia con estas orientaciones cardinales, el Partido apoya todo esfuerzo tendiente a crear instituciones "propiamente latinoamericanas", designadas a romper los vínculos de la dependencia y la imposición imperialista en el plano económico, político, financiero, tecnológico y sobre todo, militar.

El Partido se declara partícipe y promotor activo en el esfuerzo continental por la coordinación y concertación de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas, en defensa de la libertad y la independencia de nuestra América y del patrimonio espiritual y material de sus pueblos.

Por todo lo anterior, no es el nuestro un internacionalismo restrictivo, que supedite la solidaridad a estrictas coincidencias ideológicas y programáticas. Es, por el contrario, un internacionalismo amplio y generoso, abierto a fuerzas con diversas inspiraciones filosóficas y doctrinarias, siempre y cuando demuestren en los hechos su adhesión a los altos objetivos mencionados, líneas directrices de un superior destino americano.

Por todo lo anterior, nuestra vocación latinoamericanista, lejos de ser una simple etiqueta, constituye un componente esencial de nuestra particular idiosincracia revolucionaria. Es la forma específica en que sentimos, expresamos y practicamos nuestra concepción internacionalista, en el ámbito, también específico, de Latinoamérica. Esta vocación no nos ha impedido —sin embargo— comprender las luchas y aspiraciones de otros pueblos de otros continentes ni de ser comprendidos por ellos. Representa una forma orgánica de unir nuestros intereses nacionales con nuestros deberes internacionalistas para con las fuerzas mundiales que luchan por la paz, el progreso, la liberación nacional y el socialismo.

Así se explican las cordiales relaciones de apoyo y comprensión mutua que nos unen con los países de la comunidad socialista, en especial con la URSS y la RDA; con los países líderes del Movimiento de No Alienados, como Argelia, Yugoslavia y Vietnam; con los movimientos de liberación nacional de Angola, Guinea Bissau y Mozambique;con la Organización de Liberación de Palestina.

Por otra parte, ha contribuído también a mantener y aumentar el ascendiente del Partido Socialista, la permanente y sobria cautela de su independencia conceptual y orgánica. Jamás hemos pertenecido a ninguna organización internacional.

Esta posición autónoma del Partido ha encontrado su expresión en cuestiones cardinales del acontecer histórico, así por ejemplo: en su afirmación sobre la diversidad de vías y formas en la lucha por la transformación democrática y socialista de la sociedad; en la defensa de la plena independencia de las vanguardias obreras y revolucionarias para elaborar sus líneas políticas; en sus enfoques, todavía preliminares, sobre la concepción de Partido y las relaciones entre Partido y proyecto social.

En el origen de estas definiciones fundamentales priva una actitud básica que rechaza, como igualmente nocivos, el particularismo subjetivista y la generalización mecanicista con rasgos de integrismo doctrinario. El Partido

busca articular dialécticamente el momento de lo singular con el momento de lo universal en el desarrollo histórico.

Concibe al marxismo y al leninismo, no como cuerpos doctrinales fosilizados, sino como guías para la reflexión crítica y la acción transformadora y como tales, abiertos a su verificación y perfeccionamiento, no sólo por la práctica social, sino también por el aporte de otras importantísimas contribuciones teóricas.

En virtud de esta opción —nada fácil— por la autonomía política y conceptual, hecha desde posiciones de compromiso activo con las fuerzas que están por el socialismo, es que nuestro Partido ha podido realizar, con plena libertad de análisis, la crítica de graves deformaciones surgidas en el proceso de construcción socialista y aportes originales a la interpretación de nuestro propio proceso histórico, entre los cuales cabe destacar su definición del carácter estratégico socialista de la Revolución Chilena y Latinoamericana. Gracias a esta actitud de "independencia comprometida", fuimos los primeros en plantear el carácter dependiente y limitado de nuestro proceso de desarrollo capitalista y a partir de ello, derivamos una conclusión que hasta hoy constituye uno de los aspectos medulares de nuestra línea política: la de que, en ausencia de una clase burguesa autónoma y verdaderamente hegemónica, con un proyecto propio y coherente para un desarrollo nacional independiente, corresponde al proletariado a la cabeza de un vasto conglomerado de clases explotadas y dominadas, a cometer las transformaciones democráticas y antiimperialista de base y, a través de un proceso ininterrumpido, de afirmación como clase dirigente nacional, crear las condiciones políticas e institucionales para efectuar la transición al socialismo.

Compañeros y amigos:

Este 45 aniversario, que hoy celebramos, sorprende al Partido en el término de una fase crucial de recuperación, después de los durísimos reveses sufridos durante el golpe de Estado y los tres primeros años de terror fascista. Este proceso de reafirmación y desarrollo orgánico y político ha llegado a un punto decisivo de consolidación, en el Pleno Extraordinario celebrado en la capital de Argelia, en el pasado mes de Marzo.

El puede, en lo esencial, ser caracterizado por la firme reconstitución de las estructuras de dirección clandestina en el interior del país, por la reimplantación del Partido en los principales frentes de lucha antidictatorial y por la notable elevación de su capacidad conductora y de su influencia en las masas.

Paralelamente a estos impresionantes logros en el interior, el Partido ha perfeccionado sus estructuras externas: ha elevado su nivel de actividad en la movilización de la solidaridad mundial contra la Junta Fascista, ha apoyado a los combatientes del Interior con ingentes recursos y establecido un amplio sistema de relaciones internacionales con Partidos y Gobiernos de Países So-

cialistas, de Países Capitalistas y con Movimientos de Liberación Nacional y Gobiernos Revolucionarios de varios continentes.

En medio de este enorme esfuerzo, el Partido ha debido sostener, tanto en el interior como en el exterior de Chile, una dura lucha ideológica contra desviaciones "izquierdistas" y "oportunistas de derecha" y en defensa de su "identidad política". Como consecuencia de esta lucha ideológica el Partido ha salido fortalecido en torno a una línea política coherente, producto de una manifiesta convergencia entre el Interior y el Exterior. Gracias a estos espectaculares avances, el Partido no sólo ha salvado exitosamente graves escollos que disminuían la eficacia de su actividad, sino que ha creado las condiciones iniciales que han de permitirle convertirse en auténtica vanguardia revolucionaria, unitaria de masas.

No por chovinismo partidario, sino por una honesta convicción, estimamos que el éxito del empeño antifascista depende, en medida importantísima, de que el Partido sea capaz de transformarse en una real fuerza dirigente del pueblo de Chile y de actualizar su cometido histórico, cual es el de representar e interpretar a las clases y grupos objetivamente interesados en la transformación de la sociedad; trazándole una perspectiva de lucha, a la vez que ambiciosamente concebida, sólidamente enraizada en nuestra experiencia como pueblo y como Nación.

De aquí la importancia crucial de lo que hemos venido en denominar una "Propuesta Socialista para Chile" que, entre otros objetivos esenciales, está el de ir dando respuestas —no necesariamente definitivas— a cuestiones ques están en el meollo del debate político contemporáneo: las relaciones entre democracia y socialismo; entre pensamiento cristiano y pensamiento marxista; entre transformación social, hegemonía política y carácter del Estado; por no mencionar sino algunas de las más importantes.

Para nosotros resulta claro que dicha Propuesta, aunque planteada y patrocinada por nuestro Partido, no debe limitarse a ser una "alternativa de socialistas para socialistas".

Esta premisa no obedece —por cierto— a una concepción táctica. Ella es, en sustancia, consistente con nuestro explícito reconocimiento de la existencia de diversas fuerzas políticas representativas del Pueblo Chileno, todas necesarias en la búsqueda de respuestas a sus problemas fundamentales y con nuestro rechazo a toda concepción restrictiva, que pretenda arrogarse la exclusividad de la representación obrera y del rol revolucionario.

Por ello, nuestra Propuesta supone un gran proceso de creación colectiva, de todas las fuerzas sociales, políticas, intelectuales y morales que, aún no teniendo ideas socialistas, sientan agudamente la necesidad de liberar al hombre y a la mujer de la explotación y de la alienación, y se encuentren

comprometidas con el superior destino de Chile y de su Pueblo, en definitiva, factor principal y destinatario esencial de esta interpelación profundamente patriótica, democrática y humanista.

Compañeros:

La existencia de un Partido Socialista revitalizado orgánica y conceptualmente; transformado en fuerza conductora de las clases trabajadoras y de la Nación chilena; la constitución de una coalición popular amplia, representativa y unitaria, con creciente aptitud hegemónica; una clase obrera con vocación y capacidad de clase dirigente; he aquí los factores decisivos del éxito en el combate antidictatorial y en la determinación del rumbo posterior a la caída del fascismo.

Esta Propuesta no la planteamos divorciada de las urgencias actuales de la lucha. Por el contrario, la entendemos como una necesidad imperiosa del combate, pero considerado éste con perspectiva histórica.

Dos son, a nuestro juicio, las hipótesis de trabajo fundamentales a considerar en la formulación de dicha propuesta. La primera, que ya hemos mencionado en otros documentos: no olvidar nuestra peculiaridad nacional, consistente en un desfase histórico entre una estructura económica atrasada y una superestructura política y civil relativamente avanzada, semejante a la de países europeos, sin ignorar los efectos del radical reajuste intentado por el fascismo.

De esta hipótesis de trabajo no deben extraerse conclusiones precipitadas que impliquen la adopción mecánica de "soluciones europeas" mal asimiladas. A este respecto, hemos expresado la opinión de los socialistas en relación a los intentos de dar consistencia a una "alternativa centrista" de inspiración social-demócrata, como respuesta y recambio al régimen fascista. Creemos que dicho intento carece de viabilidad real, no sólo ni principalmente por estar inserto en un diseño estratégico imperialista, sino por su clara artificialidad y por estar basado en una interpretación básicamente distorcionada de las tendencias estructurales de la sociedad chilena. —La segunda hipótesis dice relación de la necesidad, por decirlo así, de buscar las raíces americanas de nuestro proyecto histórico. Se trata, de llenar un vacío persistente en nuestros planteamientos, proveniente de no conocer a cabalidad la historia de nuestro continente en sus aspectos más relevantes. En otras palabras, se trata de recoger y asimilar, científica y críticamente, lo que de valioso poseen experiencias y movimientos sociales, aparentemente tan disímiles, y fenómenos de tanta trascendencia, como son —por una parte— la evolución extraordinariamente positiva observable en importantísimos sectores cristianos y, por otra, el entronizamiento de una ideología militar, brutalmente regresiva, antipopular y antinacional.

Sólo acercándonos a la experiencia americana —incluyendo la del pue-

blo Norteamericano— sin prejuicios, estaremos en situación de constituirnos en promotores eficaces de la Unidad de nuestros pueblos y de contribuir al necesario e impostergable diálogo entre las diversas fuerzas democráticas y revolucionarias del continente.

Además, la Propuesta Socialista deberá buscar, con imaginación y rigor, soluciones a los problemas fundamentales de Chile, de modo que ellas guarden continuidad esencial con nuestras tradiciones y desarrollo histórico. El Partido Socialista y el Movimiento Popular tienen la obligación de retomar el hilo central de dicho desarrollo, brutalmente cortado por la irrupción del fascismo. De aquí se deriva la necesidad insoslayable de combatir con decisión el intento del fascismo y de la reacción por presentarse como guardianes de nuestros valores nacionales; de desenmascarar sus designios impúdicos de mixtificar el contenido de nuestra historia, para justficar su empresa criminal, antidemocrática y antinacional.

Debemos restablecer el verdadero sentido y dimensión de nuestros grandes hechos nacionales. Por ello debemos rescatar de esta empresa de mixtificación reaccionaria la figura de Portales, el organizador del Estado de Derecho, el político que con mayor perspicacia y decisión puso —a comienzos del siglo pasado— término al caudillismo militar, estableció el gobierno impersonal, basado en el cumplimiento de la ley y echó las bases orgánicas y conceptuales de nuestro ordenamiento institucional.

La obra de Portales, expresada en una adaptación original de los principios de la democracia burguesa europea a las condiciones del Chile post-colonial, no puede ser reducida —como lo quiere el interés reaccionario y fascista— a la simple imposición del orden y la autoridad como fines únicos y últimos.

Portales, en un sentido específico, dio unidad y coherencia a una realidad política y todavía difusa y convirtió la sola virtualidad surgida de la gesta emancipadora en actualidad orgánica. Fue el audaz inspirador de un orden social que, aunque limitado, en cuanto inscrito en el marco de la dominación, oligárquica —terrateniente, contribuyó a organizar el Estado, y por esta vía, a consolidar la naciente República y la Nación chilena. Sólo a través de esta indispensable rectificación podremos establecer la continuidad entre la empresa portaliana de construcción de un Estado y de fortalecimiento de una Nación y la gesta balmacedista de afirmación y defensa de los intereses de esa Nación, vulnerados por el imperialismo extranjero.

Sólo de esa manera estaremos en condiciones de desenmascarar al fascismo y al autoritarismo militar, como intrínsecamente contrarios al espíritu portaliano, no sólo por transgredir el juramento de obediencia al poder civil constituido —elemento clave de la concepción portaliana—, sino por convertir al Estado en instrumento de debilitamiento de la Nación, en mero gen-

darme y ejecutor de la voluntad de caudillos militares al servicio de intereses minoritarios y extranjeros.

Por lo mismo, también, debemos rescatar el significado profundo de la experiencia del Gobierno presidido por Salvador Allende, como una auténtica emanación de la Historia Patria, como un intento, si bien incompleto y frustrado, indiscutiblemente fecundo y afincado en nuestras mejores tradiciones y valores, destinado a cristalizar los grandes objetivos históricos de O'Higgins, Portales y Balmaceda: construir un Chile fuerte, pacífico, progresista, independiente y solidario.

El fascismo, sí que constituye la ruptura violenta con la continuidad de la conciencia histórica de Chile. Más aún: es el fascismo el que amenaza con vulnerar, tal vez de manera irreversible, la obra de casi dos siglos de construcción de una Nación, hasta ayer admirada por su civilidad, por el carácter específico y original de sus soluciones institucionales, por su estimulante clima cultural, por su hondo apego a la libertad y al progreso. Gracias a la obra nefasta del fascismo, Chile ha pasado a ser símbolo siniestro de todo aquello que ofende a la razón y a los sentimientos humanitarios más elementales.

Después de haber sido uno de los países que constituía una referencia necesaria para el resto de Latinoamérica —más que por su dimensión física, por sus dimensiones morales, culturales y políticas— ha pasado a ser un país empobrecido material y espiritualmente, con respecto al cual, incluso otras tiranías bárbaras y sangrientas, buscan establecer distancias.

Pero si enorme es la responsabilidad de la dictadura en el aplastamiento del impulso creador de la Nación, en el avallasamiento del país por los grandes centros de decisión imperialista; en la destrucción irracional, inhumana y antipatriótica de su patrimonio cultural y científico; en el sacrificio de sus expectativas de desarrollo económico y progreso social en el altar de intereses antinacionales y espúreos, su responsabilidad en la creación de una situación de extremo aislamiento y de extrema vulnerabilidad, es simplemente monstruosa.

Jamás, en todo el transcurso de la Historia Patria, nos habíamos encontrado en presencia de un régimen que, pese a haber nacido bajo la divisa de proteger la seguridad de la Nación, la impugne de manera más radical por sus concepciones y por sus actos; de un régimen que, de modo más palmario que el fascista, demuestre una carencia de aptitudes tan brutal para cautelar los intereses históricos fundamentales del Estado y la Nación chilena. Por si faltaran evidencias de lo que estamos afirmando, bastaría con señalar la forma débil e incompetente con que el régimen ha enfrentado el conflicto limítrofe con la oprobiosa dictadura argentina, con evidente peligro para los legítimos derechos de Chile en la región austral de América. Ciertamente, frente a estas delicadas cuestiones, no estamos preconizando como método el de

responder a las bravatas belicistas y al chovinismo con más bravatas y con un chovinismo redoblado. Como socialistas nacimos defendiendo la unidad y la hermandad latinoamericana y por ello repudiamos toda actitud tendiente a exacerbar los regionalismos, las divisiones y las querellas entre los pueblos.

Más aún: siempre hemos creído y seguimos creyendo que diferencias como las que separan a Chile y a Argentina en relación a materias limítrofes, deben ser resueltas pacíficamente, con estricta sujeción a derecho, sobre la base del respeto escrupuloso a los acuerdos y tratados convenidos y de una indesmentible disposición a proteger valores trascendentes, vinculados al común origen y destino de nuestras naciones.

En razón del grave deterioro que ha ocasionado a la unidad de la Nación y por hallarse Pinochet, destituído de toda legitimidad internacional, está incapacitado para dirimir conflictos con países limítrofes, desde posiciones consecuentes, solventes dignas.

Por esto y por su conducción irresponsable en materia de tan decisiva importancia para el interés nacional y para la faz del continente, su manutención en el poder constituye una terrible amenza que no puede ser subestimada por las fuerzas democráticas y patrióticas del país.

La posición del Partido Socialista es clara y terminante. Como Partido profundamente patriótico y nacional, se pronuncia por la defensa serena y firme de los intereses históricos de Chile, con estricta sujeción a derecho.

Conscientes de que ello es imposible con la simultánea permanencia de la dictadura, llamamos a todas las fuerzas democráticas y de verdadera inspiración patriótica, a redoblar los esfuerzos por llegar a un acuerdo político que acelere la caída del régimen y cree condiciones para el restablecimiento de la vida democrática y para la salvaguardia de la dignidad y soberanía del país.

El régimen liderizado por Pinochet, esto es, la dictadura fascista de la burguesía monopólica, en su variante más autoritaria y terrorista, ha entrado en una fase final de agudización de sus contradicciones. Naturalmente resulta aún prematuro hablar de una crisis abierta y, más injustificado aún vaticinar, junto con el término previsible del gobierno pinochetista, el fin del régimen militar. Pero de lo que a estas alturas no cabe duda es que el dominio de la actual camarilla gobernante,concentrada en torno al tirano, es cada vez más precario y menos monolítico; que la frustración social generalizada y los conflictos a ella asociados han permeado las estructuras superiores del poder; que han surgido y se desarrollan aceleradamente los elementos que conllevan a su debilitamiento y a su forzoso reemplazo.

Tres constituyen a juicio de nuestro Partido, las causas principales de

este gravísimo deterioro: –En primer lugar, la lucha y resistencia heróica del pueblo de Chile que, guiado por sus vanguardias, no se ha dejado avasallar, a pesar del terror y la violencia sin límites desatados en su contra.

– El segundo factor lo constituye la situación de absoluto aislamiento internacional en que se encuentra el régimen como consecuencia de su política de represión y exterminio, de sus métodos repugnantes e inhumanos, y, en medida no despreciable, de la actividad del Movimiento Popular en el estímulo y canalización de la solidaridad internacional.

– Un tercer factor fundamental, debe ser buscado en los nuevos planteamientos del Gobierno Norteamericano, orientados a resguardar sus intereses estratégicos, puestos en serio riesgo por regímenes pretorianos brutalmente represivos, que no ofrecen perspectiva alguna de respaldo, a largo plazo, a su política en América Latina.

Ello está exigiendo a la potencia hegemónica presionar a dichos regímenes, forzándolos a adoptar formas que permitan un mejor afianzamiento de la viabilidad estratégica del esquema de dominación. Esta evolución de los centros dirigentes del imperialismo explica los anuncios de "democratización" hechos casi simultáneamente por numerosas dictaduras del continente.

Consecuentes con estos factores básicos existen otros concomitantes. Desde luego, está la grave situación diplomático-militar creada en nuestras fronteras sur y nor-oriental, como consecuencia de la nefasta política internacional de la dictadura.

A lo anterior ha venido a sumarse el efecto producido por las revelaciones de la justicia norteamericana en torno a la participación de esbirros de la dictadura en el asesinato vil y cobarde de nuestro inolvidable compañero Orlando Letelier. La sangre del valeroso militante socialista ha caído con la fuerza de un latigazo sobre sus asesinos intelectuales, el principal, Augusto Pinochet, exponiendo al desnudo, frente al mundo civilizado, su miseria moral y su insana determinación aniquiladora.

Todos estos elementos configuran una situación compleja y difícil que ha obligado a la dictadura a incurrir en importantes concesiones tácticas y maniobras diversionistas. Tal es el caso de la farsa plebicitaria de Febrero, en respuesta a la condena abrumadora de las Naciones Unidas; de la promulgación de una amnistía fraudulenta, que más que beneficiar a la oposición democrática constituye una autoabsolución de los crímenes cometidos por los sicarios fascistas; de la reorganización de un gobierno con presencia civil, para camuflar la naturaleza del poder dictatorial; y del ofrecimiento presurado de un rápido retorno al "mundo feliz" de la "democracia autoritaria".

Todo ello habla muy claro de la conciencia que el propio dictador tie-

ne con respecto a la erosión de su base de apoyo interno y externo y de cómo está dispuesto a debatirse como fiera acorralada, intuyendo que ha comenzado una lucha de vida o muerte por su supervivencia. No es extraño que así sea. No tiene alternativa. Como en el drama de Shakespeare, el déspota perseguido por la imagen de sus víctimas y por los sobrevivientes a su furia asesina, presiente el fin ineluctable del poder conquistado a traición.

Habiendo comenzado la cuenta regresiva del gobierno de Pinochet, no es sorprendente que empiecen a perfilarse las opciones estratégicas de recambio visualizadas por el imperialismo y sus interlocutores nativos.

No cabe duda, de que las preferencias actuales de los centros de poder político económico y militar de los Estados Unidos y de la gran burguesía monopólica, se inclinen por el reemplazo del régimen militar, con algún maquillaje civilista democrático. Por otra parte, todo indica que la opción preferencial de los círculos dirigentes de la República Federal Alemana, apunta al establecimiento de una alianza entre sectores no fascistas, pero decididamente procapitalistas y anticomunistas de las FF.AA., con una coalición de fuerzas políticas —excluídos los partidos populares y obreros— centristas, hegemonizada por la D.C., a falta de un poderoso partido social-demócrata.

Para nadie resulta un misterio que el requisito fundamental de credibilidad de esta alternativa excluyente, lo constituiría la existencia de un Movimiento Popular, presuntamente debilitado y carente de alternativa propia, dispuesto a asumir "su parte de compromiso", a través de la aceptación de un pacto social y político que contribuya a asegurar la subsistencia del régimen capitalista, a cambio de la posibilidad de insertarse en el orden post-fascista.

Los socialistas hemos sido claros en nuestros planteamientos. No nos mueve un ciego afán revanchista, inspirado en el resentimiento, ni una obstinación irracional, basada en estereotipos doctrinarios.

Por encima de todo ponemos los intereses de Chile y de su Pueblo. Por lo mismo no cejaremos en nuestro empeño de lograr la más vasta unidad de los patriotas y demócratas chilenos, civiles y militares. Pero no para establecer y legitimar un régimen autoritario, con fachada de "democracia social", bajo la caución del militarismo reaccionario y del imperialismo, sino para derrotar al fascismo, para extirpar sus raíces y secuelas y materializar así, una alternativa verdaderamente nacional, amplia y popular, que garantice la defensa consecuente de los intereses superiores de Chile, el acceso a formas cada vez más elevadas de democracia económica y política y el logro de la más plena soberanía y seguridad de la Nación. De lo anteriormente expresado, resulta clara la magnitud enorme de la responsabilidad que recae sobre todas las fuerzas democráticas y populares, en especial, sobre el Partido Socialista y sobre el Partido Demócrata Cristiano, en tanto organizacio-

nes políticas de fundamental importamcia para la resolución de la gravísima crisis que afronta el país y aún más, para la supervivencia misma de la Nación chilena, al menos, con las características que le dieran autoridad y prestigio internacional en el pasado.

Ciertamente, cada partido tiene su propia interpretación de las causas de la crisis actual, así como sus propias concepciones acerca de los medios y objetivos del desarrollo nacional. Pero la experiencia del pasado y la responsabilidad que nos cabe por el futuro de Chile, imponen a las colectividades democráticas un esfuerzo supremo de entendimiento político y de acción conjunta.

Dicho esfuerzo debe estar orientado fundamentalmente a precisar áreas de concenso, sobre las cuales fundamentar una política de acciones comunes contra la dictadura, a hacer posible un fructífero diálogo entre todas las fuerzas antifascistas y, simultáneamente, ir abriendo paso a la Renovación Democrática del país. Esta es la única solución real a la crisis; la única forma de anticipar el término de la dictadura; el único camino para evitar nuevas regresiones; la única alternativa que posibilitará el reencuentro de Chile con su Historia.

Deseo concluir estas palabras de conmemoración de nuestro 45 aniversario, con algunas expresiones de cálido y fraternal saludo y homenaje.

Dirijo, en primer lugar, un saludo caluroso y entusiasta a nuestros compañeros del Partido en el interior de Chile y especialmente a nuestros heróicos combatientes de la primera línea, sólidamente agrupados en torno a la Dirección Central del Partido en la clandestinidad. Saludo en ellos a los dignos depositarios de las tradiciones y glorias partidarias, y en los compañeros del Comité Central que los dirigen, a los sucesores de Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos.

Saludamos fraternal y combativamente a los partidos aliados de la Unidad Popular, a los cuales nos une una común inspiración patriótica y libertaria. Ante sus dirigentes aquí presentes, reafirmamos nuestra profunda vocación unitaria, nuestra decisión inquebrantable de luchar junto a ellos por el triunfo de la democracia y la justicia en nuestra Patria.

Rendimos un homenaje a nuestros héroes y mártires, de ahora y siempre, caídos en el combate anifascista y por el socialismo, así como a los héroes de los demás partidos de la Unidad Popular y del MIR, hermanados todos en la lealtad al Pueblo y en un sublime ejemplo de generoso idealismo.

En la figura de Salvador Allende, nuestro recordado fundador y máxima figura, rendimos a todos ellos el tributo solemne de nuestro recuerdo. Honor y gloria para José Tohá, Eduardo Paredes, Arnoldo Camú, Arsenio

Poupin, Víctor Zérega, Luis Norambuena, Freddy Taverna, Reinaldo Posek, Eduardo Charme y tantos otros.

Saludamos —además— a todas las fuerzas democráticas y revolucionarias de América Latina y del Caribe que en toda la extensión de nuestro continente combaten por la liberación y felicidad de nuestros Pueblos.

Saludamos también a las fuerzas revolucionarias y democráticas de todos los países y continentes y agradecemos con emoción las múltiples expresiones de apoyo a nuestra justa causa.

Rendimos un homenaje fraterno y caluroso al gran pueblo mexicano y a su Gobierno. En su actitud comprometida y solidaria con los demócratas de Chile y de otros países hermanos, perseguidos por feroces y espúreas tiranías, vemos una esencial consecuencia con las honrosas tradiciones de esta tierra generosa y con el honor, tantas veces pisoteado, de nuestra América.

Enviamos, finalmente, un saludo vibrante, de confianza y de lucha, al heróico Pueblo de Chile.

En este 45 aniversario renovamos solemnemente el compromiso de Grove, Matte, Schnake, González y Allende, sellado con sangre de socialistas, de combatir sin descanso a las fuerzas de la regresión y de conquistar para nuestra Patria un porvenir de dignidad y grandeza.

VENCEREMOS

PREMISAS DE UNA ESTRATEGIA SOCIALISTA PARA CHILE

Las exigencias de conducción del PS, y en general del movimiento obrero popular, en las complejas condiciones del combate antifascista nos obligan a un esfuerzo permanente por conferir mayor precisión a nuestros análisis y esquemas interpretativos. Para lograr tales propósitos, nuestra perspectiva no puede ser otra que la de buscar en la rica experiencia histórica -propia y ajena- y en la reflexión en torno a ella desarrollada, los elementos necesarios para la crítica de dicha experiencia y para su superación dialéctica, en el doble plano de la acción política y de la elaboración teórica.

Por cierto, las motivaciones de esta actividad reflexiva no pueden reducirse a la aspiración -por lo demás legítima- de explicar las razones que nos condujeron a un pasado signados tan dramáticamente por el fracaso y la tragedia.

Es obligación nuestra trascender la simple reconstrucción crítica del pasado y tratar de avanzar en la clarificación de las opciones política futuras para, a partir de las mismas, otorgar sentido a la acción contingente.

Estas consideraciones me han impulsado a intentar un nuevo esfuerzo de reexposición y profundización acerca de las líneas fundamentales de un proyecto o propuesta socialista para Chile, entendido como formulación provisoria y general y, por tanto, necesariamente susceptible de enriquecimiento y rectificaciones. Dicha reexposición va precedida de algunas breves consideraciones sobre nuestra experiencia pasada, que estimo de absoluta pertinencia y actualidad, seguida por algunas reflexiones sobre tópicos específicos, para la mejor comprensión de nuestra propuesta.

1. Algo más sobre nuestras "insuficiencias históricas"

En diversos documentos se ha ido precisando el espectro de factores que, a juicio de los socialistas chilenos, permiten explicar el fracaso de una de las experiencias revolucionarias más originales y complejas de nuestro siglo.

En dichas formulaciones destacan nítidamente, como factores determinantes de la derrota, ***la ausencia de una estrategia coherente de poder y el insuficiente tratamiento de los factores superestructurales de la formación social chilena.*** Es precisamente, por su condición de "pecados originales", que, si bien no hacían inevitable la derrota, dificultaban enormemente el empeño revolucionario; y por constituir indudables carencias en la base conceptual, es que hemos preferido llamarlas ***"insuficiencias históricas"*** y no simplemente "errores", dejando esta última denominación para designar fallas en la implementación del Programa o en la apreciación de la coyuntura.

De ambas insuficiencias -por lo demás complementarias- se desprenden

muchas otras, entre las cuales -sólo para mencionar las más decisivas- se encuentran ***la ausencia de una política militar orgánica,*** capaz de evitar el aventurerismo pequeño-burgués y la ilusión reformista; ***la carencia de una política correcta frente a los llamados sectores medios,*** y ***las imprevisiones e inconsistencias de nuestra Política Económica.***

Anteriormente, me he referido con alguna latitud a estos problemas.

En esta oportunidad me parece más pertinente, por su finalidad sistematizadora, señalar la relación indudable que existió entre las referidas insuficiencias y lo que podríamos definir como la ***deficiencia fundamental,*** a la que es forzoso remitir todas o casi todas las demás. Me refiero con ello al ***insuficiente desarrollo de la teoría marxista de la formación social chilena*** en sus diversos órdenes, instancias y articulaciones. Sólo a partir de ella era y es posible buscar respuestas rigurosas a los complejos problemas del ***carácter de la revolución, de las vías para el avance hacia el poder y la conquista del mismo, de la naturaleza de las alianzas sociales y políticas, del contenido y carácter de las reformas estructurales*** y su sincronía con la Política Económica de corto y mediano plazo, ***del carácter y estructura del Estado.***

Como es natural, un objetivo tan ambicioso exigía, de parte nuestra, una actitud resuelta y definida por transformar la actividad teórica en una ***práctica sistemática,*** adoptando las medidas necesarias para lograr el desarrollo de una "intelectualidad revolucionaria orgánica", capaz de suministrar una base teórica sólida a sus formulaciones políticas.

La falta de una teorización seria, no sólo impidió visualizar los problemas esenciales de una estrategia orientada a la transformación social y a la liberación nacional, sino que convirtió los esquemas interpretativos en meras racionalizaciones de posiciones ideologizantes. Esto es lo que explica el verdadero "diálogo de sordos" ocurrido en torno al problema de las vías y el carácter de la revolución nacional, por lo demás cardinales para el diseño estratégico.

Al amparo de esta atonía en el desarrollo de la teoría revolucionaria tuvieron lugar las desviaciones clásicas de derecha e izquierda, reformistas y ultristas, caracterizada la segunda por la asimilación mecánica de otras experiencias revolucionarias triunfantes, por su interpretación voluntarista del problema de la violencia y de las formas armadas de lucha, como demiurgos de la conciencia social, por su interpretación restrictiva de las alianzas, por sus concepciones simplistas sobre la naturaleza y papel del Estado capitalista; y aquélla, la reformista, por sus inclinaciones al pragmatismo y al positivismo, expresiones de "realismo" y "sentido común", al enfoque antidialéctico de la política y de la historia; al gradualismo y a la colaboración de clases; al tecnocratismo, a la apología de la legalidad y de la democracia burguesa; a la percepción mecanicista de las articulaciones entre las diversas esferas de la vida so-

cial; así como por sus visiones, a la postre, también reduccionistas y simplistas, del cambio social y del socialismo.

Sería una tarea desprovista de sentido tratar de determinar en abstracto cuál de estas dos desviaciones resultó más dañina en la colosal empresa de liberación nacional y social en que nos empeñamos.

Ambas fueron perjudiciales y ambas fueron, en definitiva, consecuencias de la debilidad orgánica, ideológica y política de los partidos conductores del proceso.

Cuestión diferente es, sin embargo, determinar cuál de ambas desviaciones resultó predominante en la base histórica concreta del Gobierno de la Unidad Popular. A este respecto hemos adelantado nuestras conclusiones. En dicha fase la desviación fundamental fue de ***carácter reformista.***

Como Partido y como dirigentes hemos hecho la crítica y autocrítica de esta desviación. En general, sus rasgos y consecuencias más importantes residieron: en su idealización de la "plasticidad" de las instituciones del Estado de Derecho, en su versión chilena; en su interpretación meramente cuantitativa del problema de la correlación de fuerzas, haciendo abstracción de éstas en el plano militar; en el tratamiento mecanicista de las relaciones entre las determinaciones estructurales de las clases y las posiciones políticas de las mismas y en su esquematismo economicista al concebir la transformación social.

¿Quiere esto decir que no hubo en el proceso una desviación de claro perfil ultraizquierdista?. Desconocerlo sería simplemente ceguera o deshonestidad política.

Pero de allí a conferir al fenómeno ultraizquierdista las proporciones y rango que permitan convertirlo en la explicación última de la desnaturalización y fracaso de "la vía político-institucional al socialismo" y de la sedicente "deserción" de las capas medias, hay una diferencia significativa.

Dos razones, en definitva, nos conducen a reafirmar lo anterior. La primera dice relación con el carácter explícitamente declarado del proceso -político-institucional- y con la secuencia de la acción implementada, esto es, partiendo de las transformaciones socio-económicas llegar a la transformación de las instituciones políticas y del Estado -y no al revés, como en el caso clásico-. En este contexto de transformaciones profundas de las relaciones de propiedad y de dislocación de los mecanismos económicos del capitalismo monopólico dependiente, el error fundamental residió en no prever la posibilidad de un adelanto de la definición del poder, como consecuencia de la ruptura del juego democrático provocado por el bloque dominante. Esta incapacidad de previsión, expresada políticamente en la negativa a considerar la eventualidad de la ruptura contrarrevolucionaria, constituyó el resultado inevitable de

una desviación de carácter reformista.

La segunda razón es de orden histórico: en las tradiciones y prácticas del movimiento obrero y popular chileno, las deformaciones economicistas, clientelistas, parlamentaristas y reformistas, antecedieron cronológicamente -y con mucho- a las deformaciones ultristas pequeño-burguesas.

Así pués, a modo de resumen de estas consideraciones preliminares, en nuestra opinión, las desviaciones de izquierda y derecha -ultristas y reformistas- tienen su ***origen común*** en el ***rezago de la práctica teórica*** de nuestros partidos y en su correlato orgánico-economicismo, colaboracionismo, parlamentarismo, caudillismo, etc. En nuestra experiencia histórica concreta, sin embargo, forzoso es reconocer el ***papel determinante de la desviación reformista*** que, además de sus limitaciones y contradicciones propias, estimula la creación de premisas para el desarrollo del subjetivismo ultrarrevolucionario. Entre dichas limitaciones, ninguna nos parece tan significativa como la incapacidad de percibir la importancia crucial de una estrategia de poder en torno a la cual articular y dar organicidad a una política militar.

Así mismo, para comprender que el carácter revolucionario y la ***fuerza real*** de un bloque socio-político popular dependen, en última instancia, no sólo de su ponderación numérica, sino de su aptitud para organizar la rebeldía contra la explotación y la dominación tras un proyecto político estratégico para la transformación social.

Comenzamos esta líneas refiriéndonos a las motivaciones de una reflexión crítica sobre nuestra experiencia.

Si bien constatamos la presencia de fenómenos como el izquierdismo y el reformismo en nuestro proceso político, no buscamos proceder a un falso cuanto precipitado "ajuste de cuentas con la historia", ni el mero prurito analítico y pedagógico- de establecer ejemplos paradigmáticos de desviaciones revolucionarias. Ella se inspira en nuestro convencimiento íntimo de que las deformaciones reformistas continuarán siendo por mucho tiempo más, fuente de serias distorciones en el Movimiento Popular Chileno, por lo cual resulta urgente analizar sus formas y desenmascarar sus móviles y objetivos.

2. Líneas directrices de un proyecto Socialista.

En otro documento hemos establecido los parámetros fundamentales de dicho proyecto. Decíamos allí que él constituye el marco general orientador de una empresa nacional y popular de largo aliento, que comienza en el combate antifascista y culmina en la transición al socialismo.

Hemos insistido de manera muy rotunda en el carácter necesariamente abierto de esta propuesta, cuya condición necesaria de aplicación y viabilidad

reside, precisamente, en su carácter de creación colectiva y permanente de *todas las fuerzas que están por el socialismo y no sólo de las del Partido Socialista.*

Variados son los componentes o factores de un proyecto tan complejo. Por razones no simplemente expositivas, sino por la necesidad de ir avanzando en la profundización de sus diversos aspectos, creemos pertinente distinguir en él diversos planos o dominios.

En razón de ello, más que una mera repetición de enunciados generales, estimamos conveniente intentar un esfuerzo de sistematización, orientado a precisar los ***supuestos básicos, los requisitos e instrumentos, sus medios y las finalidades y agentes*** de nuestro proyecto histórico.

Supuestos básicos.

El primer supuesto es relativamente obvio y constituye, por así decirlo, el "requisito de existencia" del proyecto nacional y popular, de liberación y transformación social. El dice relación con el reconocimiento de la necesidad de contar con una concepción estratégica general.

No por simple deja esta cuestión de ser altamente problemática, toda vez que ella supone contravenir una práctica firmemente arraigada en nuestro medio político y en nuestro temperamento de pueblo, la de situar el énfasis permanentemente de los problemas en las decisiones coyunturales y, consecuencialmente, por vencer la desconfianza innata que existe, por toda disgresión sobre objetivos no inmediatos o concretos y por toda planificación no inscrita en nuestra actividad diaria.

Afortunadamente, nuestra trágica historia reciente proporciona los mejores argumentos en favor del desarrollo de una meditada y profunda concepción estratégica, basada en sólidos principios metodológicos.

Resulta de este modo indispensable la producción de un instrumento orientador, capaz de superar la experiencia inmediata o la práctica consagrada; un instrumento que permita integrar, dando sentido y jerarquía, a la enorme masa de datos de la realidad directamente perceptible. Dicho instrumento, basado en la teoría marxista del desarrollo histórico y la transformación social, en la experiencia del pasado, sometida al tamiz de la crítica, y en la actividad práctica de vanguardias y masas, es precisamente, el proyecto social transformador.

Naturalmente, la existencia de tal instrumento, aun concebido sobre la base de una teorización rigurosa, no nos pone totalmente a resguardo de reveses y equivocaciones, ni constituye un "seguro de vida" contra el fracaso. Pero sin duda, su existencia y la seriedad en su formulación, aumenta las posibi-

lidades de éxito de la empresa revolucionaria y constituye la mejor garantía de organización y ejecución de una poderosa ***voluntad colectiva de cambio.***

Esta voluntad, afirmada en la conciencia de su necesidad histórica, representa el ***segundo supuesto*** del proyecto estratégico. Sin la existencia de una irrevocable determinación política de luchar por la conquista del poder del Estado para las masas trabajadoras, única garantía de irreversibilidad de las transformaciones, no habría motivo para la elaboración de un proyecto que, si no ha de contar con una de las condiciones más importantes de su implementación, la voluntad colectiva de cambio, carecería de razón de ser.

Si hubiera que pasar revista a las ***motivaciones de una propuesta*** como la que planteamos, una bastaría para dejar el resto relegadas a un segundo plano: la conciencia de la magnitud del fracaso experimentado por nuestros partidos y el Pueblo de Chile en 1973.

De la dolorosa experiencia recogida surge diáfano el imperativo de desarrollar al máximo nuestras propias potencialidades de análisis, para así remontar más rápidamente, la pendiente de frustraciones y abatimiento, reconstruir la confianza del Pueblo en sus propias capacidades y en las de sus destacamentos dirigentes, recuperando la iniciativa social y política muy gravemente deteriorada.

Pero existen, además, otras motivaciones no menos importantes. Como lo hemos expresado, la primera proviene del convencimiento que nos asiste de que el fracaso de 1973 constituyó algo más que la frustración de una gran esperanza revolucionaria. El marca el colapso brutal de un proyecto político y de una práctica política y la refutación categórica de una forma de concebir la dialéctica social y el proceso de transición.

La segunda encuentra su fundamento en la idea, apoyada en la experiencia histórica, de que el proceso de liberación nacional y social ha pasado a adquirir las características de una ***"larga marcha",*** plagada de enormes obstáculos, cuya resolución exitosa exige el desarrollo, a nivel muy superior, de nuestras facultades de prognosis y planificación estratégica.

Requisitos e Instrumentos

Dos son los requisitos fundamentales de nuestra propuesta. Ellos constituyen productos de una vasta experiencia, verificados en la suprema prueba de la derrota y de la resistencia antifascista.

El primero dice relación con la necesidad irrenunciable de preservar y profundizar la ***unidad de acción y liderazgo social y político de la clase obrera.*** Expresión y garantía de dicha unidad y de su desarrollo ascendente, es la unidad de los grandes partidos de la clase obrera, la unidad socialista-comunis-

ta, entendida no como un simple dato, sino como logro histórico y como proceso dialéctico de emulación y crítica fraterna, animada por la conciencia clara de las especificidades y raíces históricas diferentes de ambas vertientes fundamentales de la conducción obrera y popular y por el rechazo a toda concepción esquemática de su interacción y convergencia.

El segundo requisito se refiere al desarrollo cuantitativo y cualitativo de la ***fuerza propia del movimiento obrero popular,*** base y garantía de la autonomía política de la clase obrera y su puesto de su ascensión al sitial de clase dirigente nacional. Consecuentes con este planteamiento, hemos afirmado repetidamente la vigencia de la ***Unidad Popular como instrumento básico de una voluntad popular, unitaria, nacional y revolucionaria,*** y como coalición política representativa de vastos sectores sociales, unidos por una común aspiración democrática, libertaria y socialista. Pero simultáneamente hemos alertado sobre los peligros de incurrir en actitudes contemplativas frente a sus deficiencias políticas y orgánicas que frenan su ascenso a superiores niveles de representatividad social, conducción política y movilización de masas.

Pero tratándose de los requisitos de una propuesta estratégica, indispensable resulta centrar la atención en el instrumento político por excelencia, esto es, en la instancia creadora y animadora del proyecto estratégico: el Partido Revolucionario de la Clase Obrera.

Al respecto ya hemos avanzado algunos criterios generales, no extraídos ciertamente de divagaciones abstractas, sino de nuestra experiencia colectiva de 45 años de lucha, y en lo personal, de mi experiencia como dirigente máximo del socialismo chileno en el periodo más apasionante y dramático de su existencia.

En nuestra concepción preliminar de Partido hemos hecho hincapié en ***tres componentes o aspectos esenciales*** que inciden de modo determinante en la conformación del carácter y el estilo partidario. Dichos aspectos son: ***los principios o bases de la orgánica partidaria, la ideología y la práctica teórica del Partido*** y, en estricta relación con ella, su definición frente a los problemas cardinales de la época contemporánea, que podemos denominar globalmente como ***la posición o perfil internacional*** de nuestra organización revolucionaria.

Cada uno de estos ingredientes exige, por su complejidad, un tratamiento extenso, serio y sistemático. En esta versión nos limitaremos a señalar tan sólo sus aspectos medulares, en torno a los cuales deben articularse las proposiciones específicas.

Así, por ejemplo: en relación con los principios o bases de la organicidad partidaria, el debate debe girar por fuerza en torno a ***la concepción del centralismo democrático,*** es decir a la doble y simultánea exigencia de la cen-

tralización del mando con el mantenimiento y desarrollo de la democracia en la vida interna partidaria.

La concepción leninista del centralismo democrático no debe ser objeto de deformaciones y simplificaciones.

En primer lugar, ella no constituye un patrón rígido, standard, una suerte de específico farmacológico, con una composición preestablecida de sus ingredientes básicos.

Es ésta una interpretación mecanicista y dogmática de la orgánica partidaria. Ella tiene, una versión que no por menos grotesca deja de ser igualmente errada: nos referimos a aquella que consiste en pretender imitar ***-por la vía de la copia o de la adaptación forzada-*** casos concretos de la práctica del centralismo democrático, invocando para ello la autoridad de partido vanguardia de una experiencia consolidada de transformación social. Estas concepciones tienden a ignorar cuestiones, a nuestro juicio, de fundamental importancia, a saber:

a) Que las categorías del ***centralismo*** y la ***democracia,*** lejos de constituir antinomias cerradas, constituyen momentos dialécticamente conectados, de una práctica compleja, que supone simultáneamente, ***legitimidad de las instancias centralizadoras,*** existencia de ***mecanismos contralores democráticamente generados*** y ***método en el ejercicio de la democracia partidaria.***

b) Que la dialéctica: centralismo-democracia no puede ser reducida a fórmulas simples.

c) Que la democracia y el centralismo en la vida del Partido no escapan a las determinaciones, límites y posibilidades del contexto socio-histórico concreto. Con esto queremos significar dos cosas: por una parte, que las formas específicas de centralismo y democracia deben guardar referencia al lugar y condiciones de la lucha; y por otra, que la síntesis de ambos momentos, esto es, la práctica concreta del centralismo democrático, no está dada de una vez y para siempre. Ella requiere un desarrollo o perfeccionamiento, derivado de la influencia que el avance de las ciencias de la organización y la dirección, tienen sobre el funcionamiento de la institución partidaria.

d) Que el problema de las relaciones entre centralismo y democracia, en el funcionamiento partidario, excede con mucho al ámbito interno de la organización. La forma de expresión de ambas categorías y de sus relaciones mutuas contribuyen en alto grado a configurar ***la imagen externa del Partido,*** la que, a su vez, constituye un factor determinante de su audiencia y ascendiente social. Como es fácil comprender, para un partido que aspira a asumir un rol dirigente, a constituirse en el animador central de una ambiciosa propuesta para el rescate y profundización de la democracia y el avance hacia la libera-

ción nacional y el socialismo, esta cuestión es fundamental. Aunque no compartimos la idea de que el conjunto de estructuras, relaciones y prácticas internas de un partido revolucionario debe ser el anticipo de la sociedad que aquél se propone instaurar, no es menos cierto que como instrumento de la *revolución social, de la lucha por la democracia y la dignidad humana*, el Partido debe evidenciar en sus procedimientos internos, en su clima humano, en la calidad de su reflexión y de sus decisiones, una aspiración constante por encarnar los valores básicos de su propuesta, no tan sólo política, sino también moral.

En relación con la formulación ideológica y la práctica teórica del Partido Vanguardia hemos insistido siempre sobre la imperiosa necesidad de cautelar y desarrollar el quehacer autónomo del Partido Socialista; de no renunciar a la tarea de proseguir, con independencia de criterio y rigor científico, su contribución propia y original al desarrollo de la teoría revolucionaria marxista, sometiendo a la libre confrontación, las formulaciones de aliados y adversarios. Por lo mismo, hemos defendido con decisión el principio de asimilar creadoramente, esto es, de modo activo y no meramente imitativo y consignista, la herencia intelectual del movimiento obrero y revolucionario mundial, evitando por igual las deformaciones particularistas o localistas y el dogmatismo escolástico.

Este es un aspecto decisivo de la práctica teórica.

En el pasado, el Partido ha sido objeto, por la falta de un esfuerzo sistemático de reflexión y educación política, de olas sucesivas de influencia ideológica, con perniciosos efectos para la coherencia de sus planteamientos y discursos.

La única defensa posible contra la irrupción de esta verdaderas -"modas ideológicas"- con todas sus negativísimas secuelas reside en impulsar con decisión el proceso de reflexión teórica y de formación política de la militancia, bajo el principio de que un partido vanguardia no puede descuidar, ni menos transferir, sus responsabilidades teórico-formativas, a riesgo de perder cohesión y vitalidad, renunciando de este modo a sus posibilidades de transformarse en fuerza conductora del pueblo y de la Nación.

El tercer elemento integrador del perfil y estilo partidario es su posición internacional.

¿Cuáles son, a nuestro juicio, los elementos o criterios centrales de dicha concepción, que confieren a nuestro Partido un sello tan particular?

1) En primer lugar, su autonomía ideológica y orgánica: El partido nació y creció cautelando su independencia frente a las grandes organizaciones internacionales de partidos obreros. El desarrollo de las relaciones internacio-

nales -especialmente a partir de mediados de la década de los 60- ha traído consigo la necesidad impostergable de enriquecer el contenido de dicha autonomía, a objeto de eliminar sus connotaciones restrictivas, neutralistas y autarquisantes y al mismo tiempo desarrollar creadoramente su momento positivo, esto es aquél que dice relación con la necesaria independencia en el diseño de sus orientaciones estratégicas y tácticas.

2) El Partido reconoce -a partir de su análisis de los procesos históricos- que la época contemporánea está determinada, en sus aspectos esenciales, por tres grandes parámetros, a saber:

a) La transición del capitalismo al socialismo a escala mundial y el carácter necesariamente diferenciado de dicha transición, como consecuencia del carácter desigual del desarrollo capitalista.

b) La lucha de los pueblos y naciones dominados y dependientes, sometidos a la explotación imperialista, por la autodeterminación nacional y la búsqueda de formas superiores de organización y convivencia social.

c) La lucha de la clase obrera y vastos sectores populares en los países capitalistas avanzados, en contra de la explotación y la dominación de las burguesías monopólicas, por la profundización de la democracia y la tendencia a producir una ruptura con la lógica del capitalismo en su fase monopólico-imperialista.

3) En estricta relación con esta interpretación del desarrollo contemporáneo, el Partido Socialista aspira a practicar una política de cooperación y apoyo activo con las organizaciones sociales y políticas que constituyen los ***agentes históricos*** de los movimientos anteriormente mencionados, esto es, 1) el movimiento de liberación nacional de los pueblos y países sometidos al yugo colonial, semi-colonial e imperialista y específicamente, el movimiento de países no alienados; 2) la comunidad de países socialistas y 3) el movimiento obrero, democrático y socialista en los países capitalistas avanzados.

4) La experiencia adquirida por nuestro partido a lo largo de sus 45 años de vida y, en especial, a partir de 1973, en el campo de las relaciones internacionales, le ha permitido percibir el carácter complejo y contradictorio que presenta el avance en cada uno de estos frentes de la lucha anticapitalista y antiimperialista, por la democracia y el socialismo. Ello plantea un ***doble imperativo:***

a) Por una parte, coadyuvar -en la medida de nuestras modestísimas posibilidades- al avance de las fuerzas socialistas, democráticas y antiimperialistas y a la exitosa resolución de las contradicciones en cada frente del desarrollo histórico actual.

Este imperativo tiene su origen en el reconocimiento del ***carácter interdependiente*** de las luchas y avances en cada dirección y de la improcedencia, más aún, la imposibilidad, de asumir posiciones neutrales o "tercerista" en relación a los dilemas básicos de nuestro tiempo. Es, para decirlo de una vez, el imperativo de un ***compromiso activo*** con los agentes históricos objetivos de la liberación nacional, social y humana.

b) Por otra parte, y en razón de la experiencia histórica y del carácter complejo y contradictorio del desarrollo contemporáneo, se hace necesario asumir una actitud de autonomía metodológica y política que, sin incurrir en las limitaciones de la pseudo imparcialidad académica, garantice la objetividad en el análisis de esa multiplicidad dialéctica y, a partir de allí, la eficacia de la acción política emprendida en su contexto.

5) La síntesis dialéctica de estos criterios, en el dominio de las relaciones externas, encuentra su expresión en una forma específica de praxis política, basada en la ***noción de autonomía comprometida,*** esto es, ***activa*** y ***crítica,*** frente a las fuerzas determinantes del devenir histórico.

Esta autonomía, más que en la observancia pasiva de una tradición partidaria, se basa en un análisis dialéctico de la realidad contemporánea y en una involucración directa y consciente en los conflictos que caracterizan dicha realidad.

A nuestro entender, ésta constituye la única posición coherente con nuestra trayectoria, como partido obrero revolucionario, de masas, nacional y popular y con nuestro objetivo histórico, de constituirnos en fuerza inspiradora y conductora de una ambiciosa experiencia de transformación social y renovación espiritual y moral de la sociedad, todo ello en un país dependiente, semiindustrializado, situado en la esfera de influencia directa de la primera potencia imperialista del mundo.

Muchos aspectos más podrían citarse de nuestra posición internacional. Hemos preferido, sin embargo, limitarnos al problema de la autonomía, a lo menos, por dos razones:

-Primero, para no prolongar exageradamente estas reflexiones con el catálogo de nuestras posiciones en materia de relaciones externas.

-Segundo, porque la cuestión de la autonomía a nuestro juicio constituye un punto neurálgico de la actividad política, teórica y práctica del partido revolucionario y el eje de articulación dialéctica entre el momento de lo internacional y lo nacional en su conducta y en sus móviles.

A mayor abundamiento constituye un punto en torno al cual y, no por mera casualidad, se manifiestan con singular fuerza las principales deformacio-

nes que amenazan al socialismo chileno: el oportunismo de derecha, el voluntarismo ultraizquierdista y el sectarismo burocrático "pseudo-leninista".

Así como el primero reivindica un concepto restringido y reaccionario de la autonomía, *para terminar abjurando de la misma al dictado de fuerzas* procapitalistas y contrarrevolucionarias; el segundo vacila entre el aislacionismo y un internacionalismo tan abstracto como inoperante; y el tercero, desnaturaliza la esencia misma del internacionalismo, al destituirlo de su necesaria connotación crítica, al transformarlo, de instrumento de integración y convergencia de las diversidades revolucionarias nacionales, en una estéril apologética.

Estos son, a grandes rasgos, los elementos centrales de nuestra concepción de Partido obrero revolucionario, comprendido no como una élite de cuadros político-militares, sino como vanguardia revolucionaria de masas; no como simple instrumento para la conquista del poder estatal, sino como organizador de una poderosa voluntad política colectiva, para la cristalización de un vasto proyecto nacional, popular, democrático y transformador, orientado *a establecer un nuevo modo de vida.*

Medios y finalidades.

Sin duda, éstos constituyen dos de los aspectos más problemáticos de un proyecto político para la transformación revolucionaria de la realidad social.

Los ***puntos nodales*** de una reflexión acerca de los medios y los fines de la acción revolucionaria deben ser identificados, sin duda, en torno a las cuestiones ya clásicas de "las vías de la revolución" y del "carácter del proceso revolucionario".

Por de pronto, estimamos metodológicamente errada la perspectiva de análisis que tiende a *reducir las opciones de la revolución chilena entre "vía* pacífica" y "vía armada".

Ello se debe, ***no*** a que por razones acomodaticias hayamos decidido conceder a cada una de dichas concepciones estratégicas "su parte de verdad" y, en consecuencia, nos hayamos decidido por una solución ecléctica o "intermedia".

Para ir derechamente al meollo de la cuestión diremos que rechazamos los términos habituales de dicha alternativa, por estimar que ellos no tienen asidero en un esquema interpretativo solvente de nuestra realidad histórica, que incorpore creadoramente la experiencia revolucionaria internacional a un análisis propio, original, de la transformación social, en un contexto o situación específica, como es el de nuestro continente y el de nuestro país.

Como ya lo hemos dicho: el pensamiento de los partidos obreros chilenos se había bifurcado, en el curso de las dos últimas décadas, en la aceptación ya sea de la "vía pacífica" o bien de la "vía armada", como caminos de acceso al poder. Ambas alternativas, concebidas como excluyentes, carecieron de un desarrollo teórico político riguroso. Su aceptación o rechazo se hizo sobre la base de análisis que hoy tendríamos que calificar de elementales, de la imitación de otras experiencias, de elaboraciones ajenas y, en parte también, de intuiciones políticas expresadas en una suerte de "sentido común revolucionario".

Estas líneas sintetizan sólo lo esencial de nuestra crítica a las formulaciones "históricas" acerca del "problema de las vías" en el movimiento popular chileno.

Nuestro rechazo a los términos habituales de la alternativa -"vía armada" o "vía pacífica"- no proviene exclusivamente de la crítica a las simplificaciones u omisiones que están en su origen. El proviene, en grado no menor, de la conciencia que nos asiste de que dichas opciones estratégicas están históricamente asociadas a enunciados sobre el carácter y los objetivos de la revolución nacional, que carecen de la debida fundamentación teórica. Estos enunciados encuentran su expresión sintética en la falsa alternativa de "revolución democrático-burguesa" o "revolución proletaria".

Consideramos que la tesis del Partido Comunista de Chile basada en el par: "vía pacífica-revolución democrático-burguesa" es equivocada por las siguientes razones:

1) Involucra un error de consideración la interpretación de la evolución histórica del capitalismo en nuestros países, al ignorar su ***carácter dependiente.***

Como consecuencia de ello se insiste en ***sobrevalorar*** la incidencia económica, social y política de las estructuras y relaciones de producción precapitalistas, sin advertir que el desarrollo del capitalismo como sistema mundial y del imperialismo como patrón de las relaciones económicas internacionales, ha conducido a un debilitamiento, subordinación y transformación paulatina de dichas estructuras y relaciones, sometiéndolas a la lógica de un desarrollo capitalista "de nuevo tipo"; esto es "dependiente".

2) Como consecuencia de lo anterior, esto es de la casi absoluta pérdida de autonomía de las burguesías y del surgimiento de "polos" sociales y políticos alternativos -clase obrera, partidos obreros, etc.- no sólo el impulso revolucionario de la burguesía ha llegado a desaparecer sino que se ha hecho anacrónico. Conjuntamente con esta desactualización del programa jacobino de la burguesía y con la transformación de ésta en clase "dominante-dominada" ha experimentado un aumento la audiencia social para proyectos reformistas no-burgueses.

3) Los defensores de la tesis de la revolución democrático-burguesa incurren en una evidente ***deformación determinista de sello economicista.*** Esta deformación proviene de una interpretación errónea de las estructuras y relaciones fundamentales de la formación socio-económica, pero alcanza su expresión concreta en la aceptación de ***un límite preestablecido al proceso de transformación*** (transformaciones democráticas) y un ***carácter forzosamente burgués*** al sistema de dominación y al estado encargado de implementarlo. En otros términos, de la aceptación de un capitalismo semi-colonial, con fuertes enclaves pre-capitalistas, se infiere la ***necesidad*** de conceder el liderazgo social y político a la "burguesía democrática".

De más está decir que este enfoque se halla en oposición con una concepción verdaderamente dialéctica entre la instancia estructural, base de la formación social y la instancia superestructural -político-ideológica-. Dicha concepción, dialéctica, antideterminista, antieconomicista, se caracteriza no sólo por la aceptación de una significativa autonomía de la superestructura sino, además, por la idea de que el contenido del proceso de transformación social no se agota en la mera esfera de lo socio-económico.

4) Las deformaciones economicistas de los partidarios de la revolución "democrático-burguesa" encuentran su complemento en los errores observables en la tesis estratégica de la "vía pacífica". En este plano de la teorización, se procede a una extrapolación, no sólo histórica sino geográfica y de clase, de la experiencia europea. El núcleo central de argumentación reposa en la premisa de que una burguesía nacional, animada por un espíritu democrático, progresista y transformador puede, a la cabeza de una vasta alianza de fuerzas sociales, ocupar el aparato del Estado y utilizarlo para impulsar un proceso de cambio democrático, antioligárquico y antiimperialista.

Sin ánimo de prolongar estas observaciones podemos decir:

- Esta tesis adolece de un error de contexto histórico, por cuanto hace referencia a una burguesía democrático-revolucionaria inexistente y a una alianza oligarquía-imperialismo superada por el desarrollo histórico. El "socio" principal del ***actual imperialismo*** no es ya la vieja oligarquía agrario-minera y comercial, en proceso de rápida transformación y extinción, sino la burguesía monopólica organizada como capital financiero dependiente.

- Esta tesis contradice la experiencia histórica concreta. Por una parte, cuando fracciones burguesas han liderizado el proceso de cambio en América Latina, éste nunca ha adquirido el carácter de una revolución verdadera, esto es, consecuentemente democrática y antiimperialista.

Por otra, en el caso de Chile, -que constituye, a no dudarlo, el experimento crucial de la vía pacífica- el proceso de transformación, verdaderamente democrático y antiimperialista, estaba liderizado por los trabajadores, bajo

una ideología de clase, con un proyecto político estratégico de orientación socialista. El resultado constatado -la derrota- tuvo su origen en la inconsistencia fundamental de la experiencia, esto es, de la línea de "vía pacífica" en su expresión concreta chilena. Tal inconsistencia se expresó en la factibilidad de una imitación, por parte del proletariado, del modo de ascenso a la dominación seguido por la burguesía europea, esto es, ocupar institucionalmente el aparato del Estado para impulsar un proceso revolucionario, conducido por una alianza con hegemonía proletaria, sin desencadenar una reacción violenta de las clases afectadas.

Alguien podría aducir que el error fundamental no es imputable a la concepción de la "vía pacífica", en sí misma, sino, más bien, al error de extender su validez más allá del límite natural de su factibilidad, ésto es más allá de la ***"fase democrática"*** de la revolución nacional.

Suponiendo que tal fase sea discernible en un proceso ***bajo liderazgo proletario,*** esta observación conduce a un callejón sin salida, toda vez que la vigencia de la "normalidad institucional" -ingrediente esencial de la "vía pacífica"- pasa a depender exclusivamente de la tolerancia o ingenuidad de la burguesía.

Así, no cabe sino condenar a la dirección revolucionaria por no tener la "sensatez" o el "realismo" de reducir las transformaciones al límite permitido por la burguesía, evitando el quiebre institucional. En otras palabras: por no comprender que la asunción del rol conductor por la clase obrera debe estar limitado regidamente al calendario de las transformaciones "democrático-burguesas", más allá del cual sólo quedan en pie dos salidas; reducir los devaneos revolucionarios y llegar a un "compromiso" o asumir las consecuencias de una conducta principista.

La crítica a las tesis estratégicas apoyadas en el par: "vía armada-revolución socialista" puede ser desarrollada eficazmente como contrapunto de la crítica anterior.

El izquierdismo voluntarista, epígono de la "vía armada", cultiva dos variantes justificadoras:

- Según la primera de ellas el clientelismo, el reformismo y los beneficios económicos otorgados por el sistema, pese a sus limitaciones, han adormecido la conciencia en la clase revolucionaria por excelencia, la clase obrera; ésta ha sido incorporada en grado considerable al establishment urbano-industrial, convirtiéndose en clase "privilegiada". De allí la necesidad de recurrir a la movilización de las clases y fracciones no incorporadas al sistema -campesino pobre, proletariado agrícola, sub-proletariado urbano- para emplearlos como desestabilizadores del mismo y detonadores de una revolución agraria destinada a "contagiar" al resto de la sociedad. Es la variante en que la vía arma-

da reviste la forma de la guerra de guerrillas, que en su fase superior se transforma en guerra popular.

En la segunda hay implícito un análisis simplicatorio del proceso del desarrollo histórico. La formación social está dominada por relaciones de producción capitalista, lo que determina el liderazgo obrero de las clases dominadas y la implementación de un proyecto para el "asalto al poder", en medio de una situación revolucionaria creada por la crisis económica.

El carácter catastrofista y mecanicista de esta tesis es demasiado obvio para requerir mayores comentarios. Todo lo que podemos decir es que la irrelevancia de la ecuación "revolución socialista" "vía armada" sólo es explicable a partir de la crudeza del análisis de la formación social y de la estructura de clase en nuestro país.

Ya nos hemos extendido suficiente en la crítica a las posiciones tradicionalmente predominantes en la izquierda chilena, caracterizadas por un marcado sello dicotómico; revolución democrático-burguesa-vía pacífica; revolución socialista-vía armada. Una vez analizada someramente la precariedad de las premisas de cada una de estas tesis estratégicas, resulta indispensable contestar a algunas interrogantes cruciales.

Trataremos de ofrecer respuestas concisas, a riesgo de sacrificar algunos matices.

A partir de la constatación de la inviabilidad de la revolución democrático-burguesa, ***en los países dependientes,*** todo conduce a concluir que el carácter de la transformación social no puede ser sino socialista. Efectivamente esta es nuestra posición, en ***términos generales.*** Creemos que ello es así, en virtud del grado de desarrollo de las contradicciones del capitalismo dependiente, incapaz de crear las condiciones clásicas de expansión económica y de integración social y en virtud del despertar de enormes masas que ven en una alternativa socialista de desarrollo, la solución integral a la dependencia, la explotación y la marginalidad.

Pero aceptar que el ***carácter general estratégico de la revolución sea socialista,*** no significa compartir posiciones que derivan en conclusiones apresuradas.

Esto, por varias razones:

a) Creemos que la revolución social constituye un ***complejo proceso histórico,*** de creación colectiva, sometido a una multitud de determinaciones provenientes de las diversas instancias de la formación social. En caso alguno resulta posible aceptar una explicación fácil, lineal, acerca de la cadena causal que desemboca en una situación revolucionaria. Así como tampoco podemos

postular la repetición de coyunturas históricas específicas que han proporcionado el marco a la misma.

b) En estricta relación con lo anterior, creemos que en nuestra ***situación histórica concreta,*** -en la de Chile- reducir ***el problema de la revolución a la conquista del poder político por la sola derrota militar del adversario de clase,*** constituiría un error. Ello no quiere decir, en absoluto, que las vanguardias pueden ofrecerse el lujo de desatender las cuestiones militares y mucho menos hacer abstracción de la probabilidad cierta de la reacción violenta de las clases dominantes amenazadas. Pero entendemos que el problema militar de la revolución debe ser encarado en el contexto de una estrategia política global, no pudiendo ser circunscrito a la asimilación mecánica de determinados "casos históricos".

c) Aceptar el ***carácter estratégico socialista*** de la revolución no equivale a negar la pertinencia de una etapa previa a la transición al socialismo, etapa caracterizada por objetivos predominantemente democráticos-antifascistas, pero inserta en la secuencia histórica de la ***revolución nacional hacia el socialismo.***

Junto con señalar que la derrota de 1973, lejos de acercar la revolución implicó una grave regresión, hemos advertido acerca del peligro que implicaría inferir de aquí que la etapa democrático-antifascista ***debe ser liderizada por las fracciones democráticas de la burguesía reformista.*** Ello es incompatible con la idea que nos asiste de que dichas fracciones no están en condiciones de asegurar el logro de los objetivos de la etapa, a saber: destrucción de las bases estructurales, económicas, políticas y militares del autoritarismo fascista y desarrollo de una democracia con fuerte anclaje en la "sociedad civil", de cuya consumación exitosa depende estrechamente la ulterior marcha hacia los objetivos de la liberación nacional plena y el socialismo.

d) Sobre el sistema estatal y de relaciones políticas que ha de caracterizar la etapa de transición hacia el socialismo en nuestro país, sólo estamos en condiciones de decir que concebimos dicho sistema como fundamentado en una vasta y poderosa alianza social y política, gestada en la etapa de la democratización antifascista y de lucha por la independencia nacional y las transformaciones socio-económicas, antimonopólicas y antiimperialistas. Sin pretender eludir el aspecto coercitivo de las relaciones políticas -presentes en toda organización social de clases- aspiramos a que dicho sistema se exprese en el marco de una democracia de masas, dinámica, participativa y pluralista.

Nuestra concepción del sistema de organización y de relaciones políticas en el periodo de transición se concentra en el objetivo de instaurar una "democracia revolucionaria de trabajadores", manuales e intelectuales, democracia real y no meramente formal, democracia dinámica y eficaz, capaz de crear, en su desarrollo, las premisas para el tránsito de estadios aún más altos

de convivencia, de contenido y expresión socialista.

e) De lo anterior se desprende que el carácter estratégico de nuestra revolución nacional es socialista, sin querer con ello decir que el ***contenido concreto*** de ese socialismo debe ser deducido mecánicamente a partir de experiencias revolucionarias realizadas en contextos históricos distintos.

Nuestra revolución y ***nuestro socialismo*** deben, por fuerza, constituir ***soluciones originales*** a ***situaciones originales,*** que no corresponden ni a las prevalecientes en países coloniales o semicoloniales de Asia o de Africa, ni a la de los países de Europa Oriental, ni tampoco a la de los países capitalistas avanzados de Europa Occidental.

Tal revolución tiene un ***carácter estratégico socialista,*** aunque tenga como antecedente un periodo de lucha social y política con marcado énfasis democrático y antiimperialista. Dicho periodo no puede ser definido como la fase democrático-burguesa de la revolución nacional, por cuanto ***sus agentes sociales protagónicos, sus medios de acción, sus contenidos programáticos y sus perspectivas*** exceden el marco de la revolución burguesa clásica, estando inscritos en la perspectiva de ***una nueva forma histórica de transición hacia el socialismo.***

f) De lo anteriormente expuesto sobre el carácter y la secuencia previsible de implementación de nuestra revolución, se desprenden ciertas orientaciones generales que permiten perfilar una respuesta original a ciertas interrogantes planteadas.

Al no ser esta revolución ni democrático-burguesa ***ni inmediatamente socialista,*** está claro que ella ha de comportar formas de implementación específicas, que no pueden ser deducidas a partir de los esquemas clásicos de la "vía pacífica" o "vía armada". En definitiva es simplemente ***una vía distinta,*** que requiere nuevas formas y prioridades de acción, en ámbitos múltiples y diferenciados de la realidad social.

En términos generales dicha vía estratégica tiene como ***instrumento*** socio-político ***fundamental*** la lucha de masas en un sentido complejo, esto es económico, social, político y cultural, orientado en un primer momento a reconstruir y reforzar la organización, la conciencia y la combatividad de las fuerzas populares y a debilitar las bases sociales de sustentación de la Dictadura. La reconstrucción de dicha organización, conciencia y combatibidad es prerequisito para el logro de la necesaria dinámica social y política, que en su culminación ha de llegar a permear instancias decisivas del aparato estatal -incluido, por cierto, la instancia miliatar- desagregando las estructuras de la dominación autoritaria-fascista y abriendo cauce a su derribamiento.
berá experimentar inflexiones, de acuerdo a las características del periodo histórico enfrentado. Es nuestra certeza de que la definición del poder político

no puede ser circunscrita al estricto plano técnico-militar. En consecuencia nuestra política no puede, tener un sesgo militarista, ni menos aventurerista o putschista. Debe ser una política de masas compleja y multifacética, cuyos ingredientes militares -por demás fundamentales- deben guardar una relación natural, orgánica y permanente, con el total del proyecto estratégico..

Agentes sociales y ámbitos de acción.

El proyecto estratégico de la ***revolución nacional, popular, democrática, antiimperialista y de construcción socialista,*** exige, como aspecto muy central de su concepción e implementación, una reflexión seria y sistemática acerca de los ***agentes sociales del proceso transformador.*** Para decirlo en otras palabras, el proyecto transformador debe incluir una concepción clara y coherente acerca de la ***alianza social estratégica.***

Diversos factores justifican esa reflexión y esa teorización. Por una parte, los precedentes históricos, que ponen en evidencia la correspondencia dialéctica existente entre el carácter de la revolución y la política de alianza.

En otros documentos hemos señalado las graves insuficiencias de la política de alianzas del Movimiento Popular y su incidencia en la frustración del proceso de cambio.

Estos elementos de juicio, sumados a los derivados de nuestras actuales concepciones sobre las condiciones y perspectivas de la revolución chilena, nos conducen a esbozar nuestro planteamiento sobre la política de alianzas estratégicas del Partido basado en las siguientes líneas fundamentales:

a) El Partido debe desarrollar una concepción de Política de Alianzas, basada en un análisis realista y científico de la formación social del capitalismo-dependiente, en su versión chilena.

Ello supone la comprensión rigurosa de la estructura social y de clases en sus tendencias fundamentales, así como de las motivaciones y prácticas de clase.

b) En el pasado, nuestro Partido ha enunciado una concepción de política de alianzas estratégicas, inspirada en dos ideas matrices: la creación de una fuerza autónoma propia y el carácter estratégico socialista de la revolución chilena. Dicha concepción, se conoció por Política de "Frente de Trabajadores".

La derrota de Septiembre de 1973 y las exigencias de la lucha antidictatorial, nos obligan a actualizar dicha política, en consonancia con la realidad social actual y previsible y con las orientaciones centrales de nuestro proyecto estratégico hacia el socialismo.

c) En este sentido partimos del postulado de que la discusión acerca de las nuevas formas y contenidos de la transición al socialismo y de la organización del Estado durante la misma, han de constituir un aspecto esencial en la implementación de esta convergencia. En particular, pensamos que en las luchas ideológicas por venir, deberemos precisar, sin oportunismo ni hipocresía, las nuevas y complejas modalidades de acción de la clases obrera, en términos de una expansión sin precedentes, de su capacidad de liderazgo político y de conducción intelectual y moral de las clases laboriosas.

d) Nuestra insistencia en el carácter estratégico de la alianza social se deriva del hecho de concebirla como el "agente social masivo" de un proyecto verdaderamente transformador. En modo alguno, el énfasis puesto en el análisis de las alianzas estratégicas puede ser interpetado como síntoma de desinterés o prescindencia por las alianzas tácticas o los acuerdos políticos de carácter coyuntural.

e) Esta política de alianza estratégica tiene como plano privilegiado de ejecución, la acción en la base social, esto es, en el dominio de las relaciones directas entre y dentro de los sectores populares, en la lucha por la defensa de sus aspiraciones fundamentales, sin la necesaria mediación de acuerdos políticos de cúpula.

f) En especial, nuestra política de alianza con "sectores medios", no obstante reconocer la importancia del ***factor económico corporativo,*** debe trascendèr ese nivel, para proyectarse rigurosa y eficazmente al ámbito ideológico, çon un discurso desmistificador, abierto y orientador. Esto es particularmente válido con relación a las "nuevas capas medias", por su doble característica de ser un producto del desarrollo capitalista y, simultáneamente, experimentar formas agudas de alienación política e ideológica.

g) Los sectores aliados o potencialmente aliados deben percibir en la clase obrera y en sus fuerzas de vanguardia una disposición y aptitud para asumir la representación de la Nación, esto es, para elevarse por sobre el nivel habitual de la defensa de intereses corporativos inmediatos. Además deben poder advertir un alto grado de coherencia entre los lineamientos básicos del proyecto estratégico y los contenidos y formas de expresión del discurso socialista. Sin esto, toda aspiración a conformar la alianza estratégica del pueblo está destinada a estrellarse contra un muro de justificado rechazo y desconfianza.

En definitiva, la clase obrera y sus vanguardias deberán someterse al exigente test de compatibilizar e integrar los intereses de los diversos sectores populares en el proceso transformador, y de articular motivaciones ideológicas no exentas de conflictos, sin renunciar por ello a construir su hegemonía política, cultural y moral.

Esta compatibilización e integración de intereses corporativos y valoraciones ideales, bajo el principio motor de la hegemonía ideológica, cultural y moral de la clase obrera, constituye no sólo la esencia del proceso de cristalización de la alianza social estratégica, sino el prerequisito para el desarrollo de dicha alianza y consolidación en un nuevo bloque histórico por el socialismo.

3. El discurso socialista.

Un proyecto tan ambicioso como el descrito, destinado a construir una poderosa alianza estratégica y a impulsar una original cuanto compleja experiencia de transformación social, exige importantes cambios cualitativos en la conducción obrera y revolucionaria, a objeto de proyectar su presencia y su pensamiento, con oportunidad y lucidez, en todos los ámbitos más relevantes de la vida nacional.

Tanto en el proceso de autocrítica de nuestras "insuficiencias" pasadas, como en el de definición de una nueva alternativa revolucionaria, democrática, nacional y popular hacia el socialismo, hemos insistido acerca de la primerísima y fundamental prioridad que el Partido y el Movimiento Popular deben asignar a la lucha ideológica, orientada a penetrar y resquebrajar el sistema de hegemonía de las clases dominantes.

Esta lucha ideológica no tendrá por exclusiva finalidad segregar a los sectores de la pequeña burguesía del dominio ideológico del gran capital. Es sí uno de nuestros objetivos estratégicos. Requisito previo es construir la fuerza propia -orgánica, política e ideológica- ***de la clase obrera,*** también sometida a la fuerza de atracción de ideologías burguesas, bajo formas diversas.

Pero, ciertamente, no basta la conciencia de la importancia de la lucha ideológica para que ésta tenga lugar en la forma y con los resultados deseados. Es necesario, además, adquirir conciencia de la necesidad de desarrollar, todo un poderoso instrumental teórico y técnico adecuado a la confrontación ideológica, en las nuevas y difíciles circunstancias porque transitamos.

En tal sentido, pensamos que la maduración de un nuevo proyecto socialista, como el esbozado en sus líneas gruesas, debe tener un correlato ineludible en el plano del "discurso ideológico".

Hasta hoy, el discurso tradicional de la izquierda ha oscilado entre el polo clasista, purista, estereotipado e ideologizante y el polo reformista, pragmático y populista, con sus inevitables ingredientes economicistas y positivistas. Dichas formas ideológicas, precisamente en virtud de su sesgo economicista y determinista, han tenido eficacia en la denuncia y en la condenación, especialmente durante fases de agudización de la lucha de clases.

Pero esa indudable eficacia en la denuncia ha tenido como contraparti-

da una manifiesta ineficacia, tanto en el proceso de definir alternativas concretas de desarrollo social, como en el plano de la crítica y superación de los esquemas valorativos y de las motivaciones dominantes.

Dicho de otro modo: el Movimiento Popular ha estado en condiciones de horadar el discurso de las clases conservadoras, pero sin poder oponerle, otro discurso, con similar eficacia de sugestión colectiva y capacidad de crear imágenes deseables y posibles de una vida futura mejor.

Pensamos que la superación de esta atonía ideológica del Partido y del Movimiento Popular comporta una redefinición del discurso revolucionario, adecuándolo a las exigencias del nuevo proyecto transformador. Naturalmente no estamos sugiriendo un mero cambio de lenguaje para expresar las mismas o similares conceptualizaciones del pasado, ni menos una mediatización de nuestras definiciones -hasta el punto que pierdan su clara orientación revolucionaria y de clase- para adaptarse a los fines de una práctica política oportunista.

De lo que se trata, por el contrario, es de que nuestro lenguaje y las conceptualizaciones que él expresa, posean una capacidad acrecentada de articular su contenido clasista con eficaces interpelaciones ideológico-culturales, de tipo democrático, nacional y popular. Para ello es previo despojar a nuestros esquemas de interpretación de la realidad, de todo vestigio escolástico, determinista o positivista, que atente contra su esencia crítica, dialéctica, materialista y humanista. Sólo un marxismo vivo, fiel a su tradición revolucionaria y por tanto antireduccionista, antideterminista, antidogmático, antiescolástico, puede constituir el núcleo o punto de partida para la articulación de un discurso original, nuevo, renovado y realista, con un multiplicado potencial de sugerencias y de convocación.

Sólo a partir de una comprensión y de una práctica teórica del marxismo-leninismo como la que mencionamos, será posible evitar el aislamiento ideológico de la clase obrera y de que asuma su rol histórico de dirigente de la nación chilena. Sólo a partir de ella será posible que las posiciones de la clase trabajadora puedan constituir la base de integración del interés nacional, democrático y popular y que distintas conceptualizaciones, como las cristianas y racionalistas, puedan adquirir una proyección contraria al sistema hegemónico dominante y favorable al proyecto transformador.

El objetivo estratégico de cristalizar una vasta y sólida coalición que exceda los límites tradicionales de la alianza obrero-campesina, ***sin abandonar la perspectiva histórica del socialismo,*** requiere de una práctica ideológica renovada, expresada en un discurso en que la definición de clase, no dogmática ni sectaria, pueda potenciarse mutuamente con valores y representaciones nacionales, populares y democráticas. Sólo así la ideología del proletariado perderá su apariencia de cuerpo extraño a la cultura y al ser nacional.

Hemos visto que nuestras formulaciones acerca del "carácter" y "la vía" de nuestro proyecto revolucionario, no obstante rechazar la "etapa" democrático-burguesa de la misma, no implica desconocer la importancia de la lucha por la democracia, ni desvalorizar el concepto democrático como contenido esencial de las relaciones políticas.

Muy por el contrario: la valoración de la vigencia de los principios democráticos y su permanente desarrollo y enriquecimiento, deberá constituir un aspecto substancial de nuestra concepción estratégica por razones diversas, pero, en el fondo, concomitantes:

- Porque la lucha por la democracia y por su desarrollo es el ámbito en que más eficazmente puede la clase obrera poner a prueba sus aptitudes conductoras y por tanto, materializar sus objetivos políticos;

- Porque la lucha por una real democracia apunta cada vez más a trascender su significado como sistema de dominación burguesa y a cuestionar las bases estructurales de dicha dominación;

- Porque, históricamente, el desarrollo de las instituciones democráticas y más que eso -de una vida democrática-, no constituyen un monopolio de la iniciativa burguesa y mucho menos en las actuales circunstancias;

- Porque nuestra concepción del Estado y de las relaciones políticas durante la transición al socialismo, lejos de considerar la supresión de la democracia debe contemplar su vigoroso desarrollo, como traslación al orden político del carácter liberador y desalienador de las nuevas relaciones sociales.

Todo lo anterior, esto es, el énfasis en una concepción original, si no "nacional", de transición al socialismo, con "vía" o métodos peculiares; el acento en la autonomía -aún con la calificación de "comprometida"- de las vanguardias revolucionarias; la valoración de la democracia como factor estratégico en la lucha por el socialismo; la importancia concedida a la readecuación del discurso ideológico, para articularlo con interpelaciones diversas, que aumentan su capacidad de convocación, etc., etc., parecerán sugerir una inflexión "eurocomunista" en nuestras concepciones políticas. Estamos conscientes de la tendencia que existe en sectores de la izquierda chilena a incorporar, sin el necesario esfuerzo crítico, categorías y esquemas de análisis surgidos en el marco de la lucha política europeo occidental. Tal asimilación -fuera de contexto- bien podría constituir el preludio de una nueva "moda-ideológica" destinada, como las anteriores, a disfrazar la impotencia teórica y la ausencia de una meditación seria sobre nuestra situación concreta.

Desde luego, lejos estamos de subvalorar ni menos rechazar a priori ciertos aportes teóricos del marxismo post-leninista que han venido a suplir ciertas lagunas del discurso clásico y han abierto nuevas perspectivas a la reflexión

y a la acción política. Nos referimos, en especial, a ciertas formulaciones gramscianas relativas a la superestructura ideológica de la formación social que, en la mejor tradición leninista, han conducido a contravenir la tendencia de la teorización ortodoxa, de la deformación stalinista y de la hipostasía de la base económica, posibilitando así el reencuentro con el enfoque dialéctico, antieconomicista y antideterminista del auténtico marxismo.

Difícil resulta no apreciar en la búsqueda de Gramsci un componente popular y consensual, hasta hoy no presente en el discurso revolucionario, así como su rechazo al "sentido común", basado en la realidad social descriptiva, caballo de batalla de las deformaciones pragmática de la teoría marxista.

El uso que hemos hecho de categorías tales como hegemonía, bloque ideológico, sociedad civil, de clara impronta grasmciana, no implica sino su aceptación como conceptos generales. En modo alguno implica suscribir en globo su concepción estratégica expresada en el símil militar de "guerra de posición".

Menos aún, implica suscribir las concepciones tácticas de los partidos comunistas llamados "eurocomunistas" que se reclaman de la herencia intelectual de Gramsci.

Aunque en otra oportunidad nos extenderemos específicamente sobre este tema, dos razones en general, bastarían para invalidar una incorporación mecánica de las concepciones eurocomunistas al contexto latinoamericano y chileno:

- Por una parte, el desarrollo de la sociedad civil, de los aparatos de hegemonía, que supone la concepción gramsciana, guarda relación con el grado del desarrollo histórico general alcanzado por la sociedad europea occidental. Ignorar este hecho, implicaría hacer abstracción del principio de determinación, en última instancia, de lo económico e incurrir en una hipostasía de signo contrario a la del economicismo, expresada en la autonomización casi absoluta de la instancia superestructural.

- Por otra parte, el proceso de remodelación de las relaciones de producción e intercambio capitalista a escala mundial, que tiene lugar a partir de los últimos años, exige drásticos ajustes sociales y económicos en las sociedades dependientes, lo cual tiende a determinar una situación de aguda inestabilidad de los sitemas de dominación con elementos consensuales y democráticos y a su reemplazo periódico por formas indisimuladas de autoritarismo político, sino fascistas. No es ésta, por cierto, la situación ideal para la práctica del eurocomunismo.

El Partido y el Movimiento Popular deben prestar atención a estas cuestiones, a fin de distinguir los aspectos útiles o sugerentes del análisis gramscia-

no, de una práctica teórica fuera de contexto que pueda servir de fundamentación a serias deformaciones oportunistas.

De más está decir que no aspiramos a que las reflexiones que acabamos de presentar constituyan un cuerpo teórico acabado, ni menos que den respuestas exhaustivas a todos los problemas aludidos.

No se nos escapa igualmente el carácter altamente polémico del campo político e ideológico en que hemos incursionado, así como la posibilidad de que nuestro análisis sea objeto de interpretaciones múltiples, bien y mal intencionadas.

No importa. Es el riesgo inevitable en que por fuerza tiene que incurrir todo dirigente político que no rehuya sus responsabilidades conductoras ni acepte, en medio de las obligaciones que aquéllas le imponen, la parálisis teórica o el seguidismo conceptual.

Hemos afirmado que el Partido Socialista siempre ha sido un partido creador. Tal vez sea esta una afirmación un tanto temeraria. Pero de lo que no hay duda es de que una buena parte de los logros del Movimiento Popular han tenido su origen en las buenas intuiciones del socialismo chileno. La lucha revolucionaria exige, sin embargo, algo más que buenas intuiciones. Exige constancia y método para convertir la intuición en teoría, la teoría en línea política y ésta en acción práctica. Nuestro punto de vista central es simple. Si el Partido Socialista aspira a liderar la clase obrera y las masas trabajadoras en la difícil fase histórica que atravesamos, deberá realizar un gigantesco esfuerzo, orgánico e intelectual, para transformar el debate ideológico en ingrediente normal y permanente de su actividad política. Ello supone no sólo crear las estructuras y órganos destinados a animar esta búsqueda y ese debate sino, además, crear el clima y los procedimientos adecuados al objetivo de aprovechar los intereses y vocaciones de nuestra militancia en este dominio.

Las difíciles condiciones que enfrentan nuestros compañeros del interior, traslada a nuestros hombros parte importante de la responsabilidad de asegurar el desarrollo de un pensamiento socialista adecuado a nuestras circunstancias.

El Partido debe enfrentar esta tarea con decisión, con pasión creadora, pero con serenidad, evitando, por igual, las tentaciones del pragmatismo, que nutre la diversión ideológica y el oportunismo político; y el esquematismo, que separa de la vida y de las masas nuestra simiente y niega nuestra razón de ser.

Alertar sobre estos peligros; estimular la búsqueda, sistemática y orgánica, para avanzar en la definición de nuestra opción revolucionaria y socialista; y contribuir a superar la fijación y los traumas del pasado, buscando en él

inspiración y fuerza creadora para enfrentar el futuro.

He aquí resumidas la necesidad y la intención de estas líneas.

Berlín, Diciembre 1978

Carlos Altamirano

Impreso en
Offset Caya **Miravalle 618, Col. Portales, México, D. F.**